TAMARA

Gill



El Tesoro de la Alta Sociedad

El Tesoro de la Alta Sociedad

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Otras Obras de Tamara Gill
Acerca de la autora

Créditos

El Tesoro de la Alta Sociedad
La Heredera, Libro 2
Copyright 2025 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

Sinopsis

Un espía marcado por cicatrices, una debutante audaz y un amor demasiado peligroso para resistirse.

Ezra Ashworth, Lord St. George, nunca tuvo intención de regresar a la resplandeciente sociedad londinense. Marcado en cuerpo y alma por sus años en el extranjero sirviendo a la Corona, no tiene deseo alguno de cumplir con su deber como conde, ni de tomar esposa. Especialmente cuando la última mujer que amó pereció bajo su protección. Pero cuando una sombra de su pasado amenaza a Lady Evangeline Ravensmere, Ezra no tiene más remedio que regresar al mundo que abandonó para garantizar su seguridad.

Recién puesta bajo la tutela de su cuñado, el nuevo Duque de Ravensmere, Evangeline está decidida a forjar su propio camino, uno que la conduzca al tipo de amor que anhela. Pero cuando el enigmático y herido Lord St. George regresa a la sociedad, sospecha que alberga algo más que viejas heridas. Sus secretos la tientan, su presencia la desafía y pronto se encuentra atraída hacia su peligroso mundo... y hacia sus brazos.

Mientras la pasión se enciende y el peligro acecha, Evangeline y Ezra deben decidir si están dispuestos a arriesgar sus corazones por un amor que podría sanarlos a ambos... o destruirlos.

Capítulo

Uno

1802, Londres

Ezra Ashworth, Lord St. George, entró con paso desenfadado al baile de presentación de los Ravensmere demasiado tarde para que alguien notara su presencia. Se movió por la sala, buscando a Ravensmere, o como lo conocía antes, Lord Harrow, cuando ambos eran jóvenes. Una época que parecía demasiado lejana para contar los años.

Pasó junto a un lacayo y tomó una copa de champán, dando un sorbo muy necesario. Estaba de vuelta en Londres y una vez más inmerso en una sociedad de la que esperaba no tener que formar parte nunca más.

Y sin embargo, con la salud deteriorada de su madre, y su propio cuerpo habiendo sufrido demasiado abuso físico de empleos anteriores, había decidido regresar a Inglaterra y asumir el puesto de Conde de St. George, como era su derecho de nacimiento. Si podía hacer feliz a su madre en sus últimos años, entonces eso le satisfaría lo suficiente.

Divisó a Ravensmere de pie junto a quien presumía era su esposa, la duquesa. Observó a la pareja: sin duda, un atractivo

matrimonio. La Duquesa de Ravensmere más de lo que había imaginado. Pero entonces, Ravensmere siempre había tenido debilidad por las cosas exquisitas, así que no debería sorprenderle que su esposa no fuera diferente.

Ezra se dirigió hacia su más antiguo, y prácticamente único, amigo, deslizándose entre la multitud sin ser notado —un truco que había aprendido hace muchos años mientras trabajaba para la Oficina de Asuntos Exteriores. Afortunadamente, le resultaba útil aquí y ahora, al regresar al mundo vampírico del *ton*.

Ravensmere lo vio y sonrió antes de dirigirse hacia él.

—St. George. Ezra. Qué bueno verte, mi viejo amigo — Ravensmere lo envolvió en un abrazo.

Ezra le dio unas palmadas en la espalda a su amigo, también contento de verlo.

—Y a ti, viejo amigo. Qué bueno es verte.

—Después de todos estos años has vuelto a Londres. Apenas puedo creerlo —El duque lo examinó de arriba abajo, y por un momento Ezra se preguntó si le pediría dar una pirueta.

—Esta es mi esposa, la Duquesa de Ravensmere. Rosalind, permíteme presentarte a mi más antiguo y cercano amigo, Ezra Ashworth, Lord St. George.

La hermosa esposa de Ravensmere extendió su mano, con un destello travieso en sus ojos.

—Es un placer conocerle, milord. Mi esposo mencionó que asistiría esta noche, y es usted muy bienvenido. Espero que haya venido preparado para bailar.

Ezra negó con la cabeza, sintiendo simpatía por la agradable y hermosa dama que había capturado el corazón de su amigo.

—Debo suplicar que se me permita descansar esta noche, Su Gracia. Acabo de llegar a Londres esta mañana, y bailar, me temo,

está más allá de mis capacidades por el momento.

—No me importa en absoluto —dijo Ravensmere—. Cenaremos juntos y nos pondremos al día. Hay mucho que discutir.

Ezra asintió, pero también sabía que habría mucho que ocultar. Partes de su vida que la buena sociedad no necesitaba conocer ni descubrir. De hecho, durante los últimos meses había intentado olvidar lo ocurrido simplemente para poder funcionar como una persona normal.

Hasta ahora, lo había conseguido bastante bien.

—¿Podríamos quizás tomar una bebida tranquila en tu biblioteca? Estoy cansado, lamento decirlo, y cuanto más mayor me hago, menos capaz soy de mantener el ritmo como antes lo hacíamos.

Esperaba que su súplica a su más antiguo amigo fuera aprobada, pero si el duque declaraba que deseaba incondicionalmente que asistiera a la cena, por supuesto que lo haría. Pero preferiría dejar este gran evento a quienes deseaban participar y tomar un brandy tranquilo en otra parte menos concurrida de la casa.

—Sí. Hay tiempo, ¿no es así, querida, antes de que cenemos esta noche?

—Una hora al menos —afirmó la duquesa, sonriendo a su esposo, con amor prácticamente irradiando de su rostro—. Ve y disfruta de tu whisky, esposo. Te veré en una hora.

El duque se inclinó y besó a su esposa, y Ezra se aclaró la garganta, nunca habiendo visto tal muestra pública de afecto entre una pareja tan altamente posicionada en el *ton*.

Era tan refrescante como un poco impactante.

Se disculparon ante la duquesa y se dirigieron hacia la biblioteca. El duque habló sobre chismes intrascendentes, y antes de que hubieran salido del salón de baile, fueron interceptados varias veces por los invitados de Su Gracia.

—Adelántate. La biblioteca está justo al otro lado del vestíbulo, St. George. Me reuniré contigo enseguida.

—Por supuesto.

Ezra se dirigió hacia la biblioteca y, al abrir la puerta, inmediatamente le golpeó el dulce aroma del cuero y los libros, mezclado con un toque de polvo.

El mejor aroma del mundo, en su opinión, después del de las sábanas recién lavadas. Se dirigió hacia la chimenea apagada y se sentó en uno de los grandes sillones de cuero con respaldo alto. Miró fijamente el fuego, limpio y preparado para cuando fuera necesario encenderlo, y reflexionó sobre su vida: qué haría ahora que estaba en Londres.

Lo que su madre deseaba que hiciera era más bien el punto.

Casarse, por supuesto. Para que ella pudiera instalarse en la casa de la viuda y disfrutar de su vejez y su tiempo como matrona dominante del *ton*.

Sonrió ante el pensamiento de su querida mamá, quien, ahora que él había regresado, podía finalmente relajarse y disfrutar de sus frivolidades en la ciudad.

La puerta del estudio se cerró de golpe y Ezra dio un respingo. El resoplido y el murmullo de una voz femenina detuvieron su reacción, y permaneció sentado durante varios latidos, preguntándose si quizás estaba en la habitación equivocada después de todo.

—Maldito pomposo necio —maldijo la mujer.

Ezra entrecerró los ojos. ¿Acababa de oír un pisotón? Se movió para asomarse por detrás del sillón de cuero y se quedó boquiabierto. Un escalofrío le recorrió la espalda, y tragó el grito que casi se le escapa. Se aferró a los bordes del sillón, sin estar seguro de si quería anclarse, permanecer oculto, o esperar que la aparición —mujer— que había entrado en la biblioteca se disipara.

—Egoísta snob.

Una silla raspó el suelo y Ezra se arriesgó a mirar de nuevo a la mujer, que caminaba por la biblioteca como una manada de elefantes. ¿Qué le pasaba a la muchacha para estar tan alterada?

Sin mencionar... ¿quién demonios era?

Entrecerró los ojos, absorbiendo sus rasgos que se parecían extraordinariamente a los de *ella*.

Su corazón dolió ante el pensamiento, e intentó apartarlo, tratando de no dejar que la melancolía se apoderara de sus sentidos.

Había luchado duramente este último año, intentando seguir adelante, permitir que lo ocurrido pasara, como se le había indicado. Y sin embargo, al ver esta visión ante él, le recordaba una vez más su fracaso.

Su incapacidad para buscar venganza sobre aquellos que habían dañado a quienes más le importaban.

La mujer, que caminaba frente al escritorio del duque, y como si sintiera que no estaba sola, levantó la mirada y lo vio.

Él no dijo una palabra. No es que pensara que hablar fuera posible para él en este momento.

No es que necesitara conversar en absoluto...

—¿Quién es usted? —preguntó ella, colocando las manos en sus esbeltas caderas y levantando una ceja inquisitiva—. Debería haber dado a conocer su presencia.

Ezra se puso de pie, no porque deseara enfrentarse a esta diosa ante él, sino porque eso era lo que se hacía. Lo correcto como caballero en la sociedad educada y en la casa de su amigo.

—Mi señora, soy Lord St. George. Es un placer conocerla.

—No nos han presentado correctamente. No debería estar hablando con usted en absoluto —dijo ella con paso decidido hacia él, a pesar de que sus palabras eran poco amistosas.

Ya más cerca, él devoró sus rasgos, notando que eran extraordinariamente familiares. Sus ojos, en particular, eran como mirar atrás en el tiempo, y se encontró deseando alcanzarla, abrazarla y acunarla junto a su corazón palpitante para recordarse a sí mismo que estaba a salvo.

Viva.

Cerró los ojos y luchó por no caer en el pasado.

—¿Se encuentra bien, Lord St. George? ¿O acaso la visión de mi persona es tan grandiosa que es usted como tantos otros petimetres del salón de baile, y pretenderá admirar mi belleza e ingenio, mientras en realidad solo espera el momento de marcharse con su ramera en Covent Garden?

Él la miró fijamente, nunca habiendo escuchado a una mujer de su clase hablar tan groseramente. —Disculpe. ¿Debería una joven como usted conocer tales cosas?

—Bueno, cuando una escucha a un grupo de caballeros que acaban de fingir admirarme y luego hablan tan groseramente como yo lo acabo de hacer, entonces sí. Supongo que ahora conozco estas cosas. Y debo decir que me dejan insatisfecha.

Capítulo

Dos

Evangeline no sabía mucho sobre quién era aquel caballero lord o qué hacía en la biblioteca de su cuñado, pero no podía negar que el hecho de que se escondiera del baile —que todos los demás parecían estar disfrutando— resultaba bastante intrigante.

No es que pareciera especialmente comunicativo o sociable. Durante los últimos minutos, había hablado poco y la había mirado con descaro.

¿Sería un simple? Quizás estaba estupefacto ante su belleza. Casi se burló de tan absurdo pensamiento. —¿Se supone que debe estar en la biblioteca? El duque está con mi hermana en el salón de baile. Quizás debería regresar allí si desea hablar con Su Gracia.

—El duque vendrá en breve. Le estoy esperando aquí —Lord St. George se apartó de su silla —por fin— y se acercó a ella. Extendió la mano y tomó la suya, besando la parte superior de sus dedos enguantados.

Algo en la manera en que la miró cuando la besó hizo que se le contrajera el estómago. Era un hombre apuesto, aunque luciera lo que ella supuso era un desagradable corte en la cara de algún altercado pasado. La cicatriz le confería un aire de peligro y misterio, y su interés se despertó.

—¿Es usted la cuñada del duque? —preguntó él, retrocediendo y soltando su mano.

Ella asintió y luchó por no contemplarlo como una mujer que no hubiera bebido una copa de vino en varias horas. Era alto, musculoso, y su rostro estaba cincelado con tanta perfección que tuvo el impulso de alargar la mano para comprobar por sí misma si estaba tallado en mármol.

Por encima de su apuesto físico, sin embargo, se mostraba reservado, pero sus ojos eran su mejor cualidad. Eran del azul más oscuro que jamás había observado, y la miraban con amabilidad. No era un ogro, entonces.

Evangeline decidió en ese instante que le agradaría este hombre, y si el duque era su amigo, entonces él también podría ser el suyo.

—Lo soy, mi lord. Soy Lady Evangeline Ravensmere. Mi padre fue el difunto Duque de Ravensmere.

Su mirada descendió hasta sus labios, y ella se preguntó qué estaría pensando. Un pequeño ceño de dolor atravesó su frente antes de que él girara sobre sus talones y regresara hacia su silla.

—¿Le gustaría acompañarme mientras espero a Ravensmere? No estaba haciendo nada en particular, y agradecería su compañía. No parece usted demasiado fastidiosa.

Evangeline resopló y se sentó frente a él. —Bueno, mi lord, no me conoce usted demasiado bien. Pero intentaré no ser una mujer fastidiosa y débil que le angustie y aburra. ¿Le parecerá suficiente?

Sus cejas se arquearon, pero tuvo la delicadeza de no discutir.

—Parecía usted angustiada cuando entró en la habitación —dijo él, cambiando de tema—. ¿No está disfrutando del baile? ¿No es esta noche su presentación en sociedad?

Evangeline suspiró y se recostó en la silla. Por costumbre, levantó los pies para sentarse de lado y se apoyó en el reposabrazos.

—Lo es, por desgracia. Pero después de escuchar lo que esos supuestos admiradores caballeros tenían que decir, ahora lo encuentro todo bastante insuficiente. Pensaba que los hombres que cortejaban a las damas solo lo harían una vez hubieran terminado con todas esas tonterías en las zonas más sórdidas de la ciudad. Parece que estaba equivocada.

—Son muchachos, Lady Evangeline. Quizás debería buscar a un hombre que la corteje.

Aunque impactante, lo que dijo no era falso. Esta noche había pensado que los jóvenes que se inclinaban y le pedían bailar eran tan jóvenes como ella, pero mucho más inmaduros en cuanto a sus gustos y pasatiempos.

Si tenía que escuchar una cosa más sobre la temporada de caza en el campo y qué buen deporte era —aunque disparar no era para el sexo más delicado— gritaría.

Que ella probablemente podría disparar mejor que cualquiera de ellos, si se le diera la oportunidad, ni siquiera era una posibilidad para ellos. Y ese tipo de hombre nunca podría ser su marido. Quizás Lord St. George tenía razón, y debería buscar a un caballero de más edad.

—¿Qué edad tiene usted, mi lord?

Él se rió, y aunque pareció sorprendido por su propio arrebato, al menos continuó sonriendo mientras se recomponía. Si Evangeline lo había encontrado apuesto antes de que sonriera, bueno... cuán equivocada estaba.

El hombre era absolutamente hermoso cuando sonreía, y no pudo evitar estudiar sus labios durante varios momentos, preguntándose si serían tan suaves como ella suponía. Sus ojos se iluminaron y todo su comportamiento cambió, haciéndolo cercano y deseable.

No es que ella pudiera conocer jamás tales hechos. Él parecía mucho mayor que ella, y más maduro, por no mencionar que era amigo de Ravensmere. No la vería como una posible candidata para esposa. Probablemente la vería como parte de su familia extendida, si su amistad con su cuñado era tan cercana como ella suponía.

—Soy demasiado mayor para usted.

Ella frunció el ceño, inclinándose hacia adelante para verlo mejor bajo la luz de las velas. —No puede ser mayor que Ravensmere, y él se casó con mi hermana.

—¿Y qué edad tiene usted? —preguntó él, tan audaz como ella lo había sido.

Ella sonrió y se recostó en su silla. —¿Qué edad cree que tengo?

—Dieciocho —soltó él, sin más preámbulos.

—Tengo veintidós, mi lord. Mayor de lo que pensaba, me imagino.

Sus ojos se entrecerraron hacia ella, y a Evangeline le habría encantado saber qué estaba pensando, qué pasaba por esa mente suya, dentro de esa cabeza tan apuesta. —Tiene razón. Y me pregunto por qué solo ahora tiene su presentación en sociedad. ¿No es lo habitual cuando se tienen dieciocho?

—Es cierto, normalmente lo es. Pero nuestro difunto padre no nos apreciaba mucho —siendo nosotras las horribles mujeres que engendró— y por eso nunca se nos concedió una Temporada cuando deberíamos haberla tenido. Si no fuera por mi encantador cuñado, diría que todas seguiríamos pudriéndonos en el campo. No es que me importe tanto el campo —adoro estar al aire libre— pero sí deseaba una Temporada, aunque solo fuera para casarme y alejarme de papá cuando llegábamos a verlo.

Evangeline cerró la boca de golpe, esperando no haber dicho demasiado. A veces tenía tendencia a hablar más de lo debido, y

quizás ahora era una de esas ocasiones.

Su señoría la miró fijamente, asimilando sus palabras, y ella esperaba que no dijera demasiado sobre el tema. Aunque ella lo había sacado, no le gustaba hablar de su padre porque siempre acababa siendo un poco demasiado cortante con él. Y ahora había fallecido, y no se debía hablar mal de los muertos.

—Bueno, lo lamento por usted si ese es el caso. Y me alegra que por fin haya llegado a Londres. Espero que encuentre lo que busca esta Temporada, ya que ha tardado tanto en llegar.

—Yo también. Y gracias, mi lord.

Le agradaba mucho. No era lo que había esperado encontrar en la biblioteca, pero agradecía la distracción. De lo contrario, quizás aún estaría pisoteando y expresando su descontento con el mundo... sola.

Al menos ahora podía expresar sus preocupaciones a alguien que no parecía querer descartarlas como tonterías femeninas.

—La Temporada acaba de comenzar, y estoy segura de que mejorará, ahora que conozco la verdadera naturaleza de algunos de mis pretendientes —lo estudió un momento, absorbiendo la visión de él y su rudeza—. ¿No le apetecía unirse al baile, mi lord? ¿Es por eso que se ha encerrado aquí, en la biblioteca de Ravensmere?

—Su suposición es correcta. Pero por favor, no piense que fue por el hecho de que el baile fuera en su honor. Aún estoy cansado de mis viajes y no me apetecía mucho socializar esta noche. Pero sí deseaba hablar con Ravensmere. Es un buen amigo al que no he visto en algunos años.

—Bueno, lamentamos que no esté en el baile, pero es bastante comprensible. Viajar desde Hampshire a Londres me agotó, y me llevó varios días dejar de bostezar por todas partes. ¿De dónde ha viajado usted, mi lord? ¿York? ¿Escocia, quizás?

—Italia.

Evangeline se quedó boquiabierta, sin haber esperado esa respuesta. Pero con ella llegó una serie de preguntas. —Qué maravilloso. ¿Cómo es allí? ¿Hace más calor que en Inglaterra? ¿Es la gente amable?

—Es un lugar maravilloso. Y si alguna vez surge la oportunidad, debería viajar allí. Quizás su marido la lleve en su luna de miel.

—Quizás. Solo puedo esperar conseguir un marido que esté dispuesto.

—No se case con un hombre que no lo esté.

—Lo hace parecer tan fácil, mi lord —sonrió, y sin embargo, escuchó la burla en su tono. Hasta ahora esta noche, dudaba que algún caballero viajara más allá del peaje de salida de Londres.

Él asintió.

—Porque lo es.

Capítulo

Tres

—Ah, aquí estás, querida.

Evangeline se levantó al oír la voz de su hermana justo cuando la duquesa y el duque entraban en la biblioteca.

—Estoy aquí, Rosalind, y acabo de conocer al buen amigo de Ravensmere, lord St. George.

Evangeline se acercó a su hermana y se colocó a su lado mientras el duque servía dos copas de whisky antes de entregarle una a su señoría.

—Ven, Evangeline. Dejemos a los caballeros ponerse al día. Tienes que asistir a un baile de presentación.

—Buenas noches, milord. Ha sido un placer conocerle.

Su señoría inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Lo mismo digo, milady. Disfrute del baile.

Evangeline se marchó con Rosalind, un poco decepcionada por no poder seguir conversando con su señoría.

—¿Qué tipo de título ostenta St. George? —preguntó. Él nunca lo había mencionado, y ella había olvidado por completo obtener esa información.

—Es conde. Conocerás a su madre esta temporada; es encantadora. Aunque me atrevería a decir que ahora que tiene a su

hijo de vuelta en Londres, estará ansiosa por verlo casado y establecido.

—No creo que su señoría esté tan entusiasmado. Pero quizás encuentre a una mujer que capture su atención y su corazón y haga muy feliz a su madre.

Su hermana le lanzó una mirada extraña justo cuando volvían a entrar en el salón de baile.

—Suenas un poco melancólica, Evangeline. ¿Sientes curiosidad por St. George? Me atrevería a decir que es apuesto, elegible y muy apropiado si decides poner tus miras en él.

—Oh, no. No lo veo de esa manera en absoluto —mintió, sabiendo perfectamente que durante toda la conversación no había podido dejar de imaginar cómo sería ser amada apasionadamente por un hombre así.

Su estómago se agitó ante la idea. Había visto a su hermana y a su nuevo cuñado tocándose o mirándose de una manera que solo las parejas casadas tenían el privilegio de conocer, y quería lo mismo para ella.

Pensar en lord St. George como el hombre que la adoraba era algo que nunca podría imaginar que se hiciera realidad. Quien conquistara su corazón sería afortunada, sin duda. Él parecía estable y amable, apuesto, muy apropiado según los estándares del *ton*...

—Hay opciones peores disponibles —dijo Rosalind, mientras su mirada se fijaba en lord Templeton, que deambulaba por la sala con una copa de vino que había conseguido derramar por toda la parte delantera de su camisa de lino blanco y su corbatín de seda.

—Aún no sé lo que quiero, y tengo varias semanas para decidirme, si es que elijo a alguien este año.

—Así es —Rosalind entrelazó sus brazos y le dirigió a Evangeline una pequeña sonrisa—. Y no voy a apresurarte, querida. Solo

elegirás al hombre que capture tu corazón, y nada más servirá. Y si tienes que comprometerte a una, dos o incluso tres temporadas más para hacer tu elección, que así sea.

—Gracias por ser tan buena hermana. Y mis estándares son altos. Debo encontrar un amor tan grandioso como el que tú tienes con Ravensmere.

—Y lo encontrarás.

Su hermana miró hacia arriba cuando un caballero que Evangeline nunca había visto antes se dirigía hacia ellas. Tenía la piel olivácea, era alto y llevaba una sombra de barba a lo largo de su mandíbula. Apuesto, también, pero ¿sería tan amable como lord St. George? ¿Tan agradable y abierto? Esa era la cuestión.

Hizo una reverencia ante ellas y Rosalind hizo las presentaciones.

—Evangeline, te presento al señor Fournier. Señor Fournier, mi hermana, lady Evangeline.

El apuesto caballero —aunque Evangeline observó que no era tan alto ni tenía los hombros tan anchos como lord St. George— se inclinó ante ella, y luego sonrió como si fuera un delicioso bocado que quisiera devorar.

No es que estuviera convencida todavía de que deseaba ser devorada por él o por cualquiera en este baile.

Sin embargo, el caballero que estaba en la biblioteca actualmente bebiendo whisky con Ravensmere era otra cuestión completamente distinta.

—Encantado de conocerla, lady Evangeline. Y estoy agradecido a la duquesa por la invitación.

—Es usted muy bienvenido, señor Fournier. Pero si me disculpáis un momento, veo que uno de los lacayos ha tenido un pequeño percance con el vino.

Evangeline observó a su hermana alejarse flotando como anfitriona para solucionar cualquier pequeño desastre que hubiera ocurrido. Volvió su atención al señor Fournier, que estaba ante ella, bloqueando su vista de los bailarines.

—¿Está pasando la temporada en la ciudad, señor Fournier? ¿Es usted de Londres o tiene propiedades en el campo?

Él se colocó a su lado, con las manos a la espalda, como solían hacer muchos caballeros. Ella se rió para sus adentros, conociendo todos los pequeños matices en los que participaban los hombres cuando estaban en compañía de una dama.

—Tengo una finca campestre, pero no en Inglaterra. Un château en Francia, de hecho.

—Ah. Me pareció detectar un ligero acento. Así que vive usted en Francia cuando no está pisando los tablones aquí en Inglaterra.

—Así es, milady. Mi padre es francés, pero mi madre era inglesa, hija de un vizconde.

—Y su casa en Francia... es un château, que es otro nombre para castillo, si no me equivoco —Evangeline podía imaginar una casa tan bonita, tan diferente a las grandes mansiones que salpicaban el campo inglés. Un castillo era mucho más intrigante.

—Está en lo cierto. Y mi hogar no es una excepción. Es un castillo muy grande, de hecho, y necesitará ocuparse, algo que mi madre, antes de fallecer, me instaba a hacer.

Evangeline se rió, apreciando lo directo y abierto que ya se mostraba.

—Imagino que hay muchas madres como la suya que desearían lo mismo para sus protegidos, tanto hombres como mujeres. Supongo que eso es lo que le trae a Londres para la temporada.

—Sí —suspiró, mirando a la multitud de invitados—. Pero hasta encontrarme en la presente compañía, he quedado muy

decepcionado. Sin embargo, creo que la temporada va mejorando, especialmente con usted ahora en sociedad.

Evangeline sonrió, disfrutando de sus palabras coquetas.

—Gracias, señor Fournier. Es muy amable por su parte decir eso.

—Y cierto.

Él tomó su mano y besó sus dedos enguantados. Aunque su estómago no aleteó ante el gesto, se sintió halagada e intrigada por el interés que notó brillar en su mirada castaña.

—¿Le gustaría bailar conmigo, milady? No puedo pasar a mi siguiente entretenimiento sin bailar un vals con la mujer más hermosa de esta velada.

—Me encantaría —el señor Fournier la condujo hasta la pista de baile, y pronto estaban flotando y entrelazándose con muchos otros bailarines que participaban en el primer vals de la noche.

—Baila usted muy bien, lady Evangeline. Parecemos encajar perfectamente, ¿no cree?

Ella sonrió, tratando de no sonrojarse ante su atrevimiento. En lugar de responder —y posiblemente hacer la situación más incómoda de lo que ya era con sus modales coquetos—, dirigió su atención a quienes observaban a los bailarines.

Su corazón dio un brinco al ver a lord St. George de pie junto a Rosalind y Ravensmere, con su atención fija en ella, su rostro severo e inexpresivo, y sin embargo sus ojos observaban cada uno de sus movimientos.

Evangeline sintió como si, aunque hiciera el más mínimo movimiento, él lo sabría.

El baile la alejó de la vista de St. George, y se alegró de ello. El hombre era la esencia misma de la palabra *caballero*, y no estaba completamente segura de estar preparada para tal presencia en su vida.

Habían hablado de que se casara con un hombre, no con un muchacho, muy parecido al señor Fournier, que bailaba con ella ahora. Aunque hablaba muy bien, le prestaba atención y decía todas las cosas correctas, no despertaba mucho más en ella. Pero quizás eso cambiaría a medida que llegara a conocerlo mejor.

Ciertamente, había caballeros por los que una vez se había sentido un poco encaprichada y que ahora estaban descartados, especialmente después de oír sus atroces palabras sobre sus actividades nocturnas fuera de la buena sociedad.

—La he sorprendido con mi declaración. Mis disculpas, lady Evangeline.

Evangeline miró a los ojos al señor Fournier y negó con la cabeza.

—En absoluto. Pero la temporada es joven, y no busco hacer una unión apresurada. Debe saber eso antes de decir tales cosas.

—Así que, en esencia, me está diciendo que detenga mi bombardeo de coqueteos o se aburrirá de mí y me enviará a paseo por ser una molestia.

Ella asintió, riendo.

—Lo expresa tan perfectamente que no podría haberlo dicho de otra manera, señor Fournier. Espero que no esté decepcionado de que tenga que detener sus coqueteos y simplemente ser usted mismo. Prefiero mucho más una conversación natural que algo forzado y rígido.

—Yo también. Y prometo que detendré las palabras bonitas. Tiene mi más sincera promesa en eso.

—Entonces nos llevaremos bien... como amigos. Para empezar —dijo ella, dándole un poco de esperanza.

—Ciertamente que sí.

Capítulo

Cuatro

Evangeline terminó su baile con el señor Fournier, quien la condujo hacia un lado de la sala, con su atención inquietantemente fija en ella. O bien el hombre estaba demasiado interesado en su persona, o ella tenía algún tipo de comida pegada en el labio.

Con cierta inseguridad, se llevó la mano a la cara para comprobar que no tuviera nada antes de dar un paso atrás para darse más espacio. —Gracias por el baile, señor Fournier. Estoy segura de que nos veremos por la ciudad en las próximas semanas.

—Sin duda lo hará, y espero con ansias otro baile con Lady Evangeline. No perderé su tiempo y le diré directamente que busco esposa, y creo que si nuestros futuros encuentros resultan tan agradables como este, me verá con más frecuencia de lo que piensa.

Evangeline sonrió y extendió su mano. Él tomó sus dedos enguantados y los besó, demorándose mucho más de lo que resultaba apropiado.

—Lady Evangeline, Ravensmere ha solicitado que la acompañe a cenar.

La voz de Lord St. George la sobresaltó, y arrancó sus dedos del agarre del señor Fournier. Miró al conde y se sorprendió al ver el

desagrado en su rostro, como si escoltarla a la cena fuera una molestia de la que no deseaba participar.

—Está usted en el baile, milord. No pensé que asistiría después de nuestra conversación anterior.

—Me persuadieron para venir —Lord St. George miró al señor Fournier, quien seguía de pie junto a ellos, con un gesto de fastidio cada vez mayor.

—Lord St. George, este es el señor Fournier. Señor Fournier, Lord St. George.

—Un honor —dijo el señor Fournier, con una sonrisa burlona cruzando sus labios antes de volver su atención a Evangeline—. Pero, lamentablemente, debo marcharme. Tengo otro baile al que asistir. Le deseo una velada agradable.

—Igualmente, señor Fournier —Evangeline observó cómo el señor Fournier se abría paso entre la multitud antes de volver su atención al conde—. ¿Nos unimos al duque y a la duquesa?

—Sí.

Su señoría no dijo ni una palabra más, simplemente la condujo por la sala hasta el gran comedor que ya se llenaba de invitados ansiosos por un refrigerio y un momento de descanso del baile. Encontraron a Rosalind y al duque esperándolos en una mesa, con cuatro copas de vino ya servidas y, afortunadamente, Rosalind había conseguido algunas de las delicias favoritas de Evangeline desde su llegada a Londres.

Se sentaron, y Evangeline luchó por ignorar al imponente caballero sentado a su lado. Había algo en él que la ponía nerviosa, y por mucho que luchara por no verse afectada por su presencia, se sentía como si estuviera en ascuas. No quería mirarlo demasiado tiempo y dar la impresión de ser simplona. Ni quedarse boquiabierta

ante su altura. Ni fijarse en su boca, que mantenía una forma muy hermosa.

Besaría muy bien, estaba segura.

Suspiró y tomó su tenedor.

—¿No estás disfrutando de la velada, querida? —preguntó Rosalind—. Ese suspiro ha sido muy revelador.

El calor invadió el rostro de Evangeline, y luchó por no mirar a Lord St. George, quien sentía que la observaba atentamente.

—Estoy perfectamente. Simplemente me estoy cansando. Ha sido un día y una noche muy ajetreados, pero estoy muy agradecida a ambos. Gracias por el maravilloso baile de presentación.

Rosalind sonrió —como una hermana mayor orgullosa— y Evangeline agradeció que creyera que esa era la razón de su suspiro.

Durante un tiempo se sentaron a comer, disfrutando del pato asado, las peras azucaradas y los delicados petits fours con el vino, antes de que la música comenzara de nuevo y se reanudara el baile.

—Y ahora a disfrutar de la segunda parte del baile —dijo Rosalind, poniéndose de pie. El duque enlazó sus brazos, y Evangeline los siguió de regreso al salón de baile, mientras la presencia de Lord St. George hacía que se le erizara el vello de la nuca.

Era mucho más pequeña que el caballero. Estaba segura de que él podría levantarla y lanzarla por la habitación como una muñeca si quisiera. Aun así, su presencia captaba la atención de muchas damas asistentes, y sus miradas de aprecio no pasaban desapercibidas.

—Me temo que se verá obligado a bailar muy pronto si continúa en este baile, milord —bromeó Evangeline, sonriéndole.

Él encontró su mirada, y algo en su expresión se suavizó al mirarla, haciendo que su estómago revoloteara dulcemente.

—No me interesa bailar con ninguna de las damas presentes. Excepto una.

Evangeline volvió su atención a la multitud reunida, odiando la pequeña punzada de celos que la recorrió ante la idea de que su señoría estuviera interesado en alguien allí. No había nada malo en ello, por supuesto. El hecho de que ella lo encontrara apuesto y tan interesante no significaba que él sintiera lo mismo.

—Debería pedirle a la dama que baile, milord. Sé que ha estado alejado de la sociedad durante algún tiempo, pero creo que le sentaría bien un poco de diversión, aunque sea solo por esta vez.

—Quizás ella diga que no si se lo pidiera.

Evangeline se rio y negó con la cabeza. —No lo creo. Creo que encontraría a muchas damas muy ansiosas por su mano en un baile.

—Bien, entonces...

La mano de Lord St. George apareció ante ella, y lo miró, preguntándose qué pretendía.

—No podría bailar con nadie más que con la dama en cuyo honor se celebra este baile —sonrió, y ella contuvo otro suspiro, no queriendo delatarse, que su suspiro anterior había sido, de hecho, por él—. ¿Me haría el honor?

Evangeline tomó su mano mucho más rápido de lo que probablemente debería. Pero ella nunca había sido de fingir, ni quería que él retirara su oferta y se marchara. Quería estar en sus brazos. Flotar por la habitación y perderse en su calidez y fuerza, aunque solo fuera por unos minutos.

Su mano apretó la suya —sin guante, fuerte y grande. Fue con él sin cuestionarlo, luchando contra los nervios que se agitaban en su interior.

Sonaron las primeras notas de un vals, y él la atrajo hacia sus brazos. A pesar de ser alto, ella encajaba perfectamente bien,

dándole la oportunidad ideal para estudiarlo mientras bailaban. Para absorber todo lo que había empezado a gustarle del hombre.

Y eso era exactamente lo que él era. Un hombre. Un caballero viril y completamente adulto. No un muchacho. No un petimetre que adulaba porque así le habían enseñado a comportarse con las damas.

Era el tipo de hombre que le recordaba al marido de Rosalind. Y quería uno así para ella. Pero, ¿era Lord St. George el único caballero en la ciudad de su calibre? Seguramente ese no sería el caso.

—Gracias por el baile, milord. Por si se me olvida agradecérselo después. Baila usted muy bien —encontró su mirada, y él la observaba. Sus ojos brillaron con interés, pero su rostro permanecía indescifrable.

Era un enigma, lo que solo lo hacía más intrigante. No es que ella creyera que él deseaba ser intrigante para nadie. Le estaba haciendo un favor. Bailando con la cuñada de su amigo en su presentación. Eso era todo, y se estaría engañando a sí misma si pensara que iba más allá.

—De nada, Lady Evangeline.

Esperaba que dijera más, pero tercamente permaneció callado, simplemente moviéndolos por la pista con gracia sin esfuerzo. Sus pasos eran impecables, su conducta intachable.

¿Qué se necesitaría para alterar a este tipo de caballero? ¿Qué se necesitaría para alterarlo a *él*...

—Es usted muy alto, milord. Y corpulento. ¿Alguien se lo ha mencionado antes?

Él encontró sus ojos, con las cejas levantadas. —Una mujer de su clase ciertamente no lo ha hecho —hizo una pausa—. ¿La intimido, milady?

—No —soltó antes incluso de pensar en su respuesta. Pero ahora que lo había hecho, la respuesta seguía siendo verdadera. No lo hacía. Y dudaba que él quisiera oír lo que, de hecho, *sí* despertaba en ella.

Deseo.

Atracción.

Esperanza.

—No, no lo hace. Creo que es usted bastante encantador. Y espero verlo más durante la temporada.

—Y yo espero con interés verla hacer un gran partido y casarse. Sé por lo que he hablado con Ravensmere que tienen grandes esperanzas de que tenga una temporada exitosa.

—Sí, estoy segura de que las tienen. Y gracias.

Su respuesta disminuyó su disfrute. No quería que él se mantuviera al margen y observara. Quería que *participara*. Que se presentara ante ella y posiblemente la cortejara también.

No es que creyera que alguien más tendría oportunidad si él lo hiciera.

Ya estaba un poco prendada.

Y eso no serviría de nada con un caballero que no estaba interesado a su vez.

Capítulo

Cinco

A la mañana siguiente, Ezra estaba sentado a la mesa del desayuno revisando su correspondencia matutina: numerosas invitaciones a los próximos bailes en la ciudad.

Su asistencia al baile de presentación en sociedad de los Ravensmere había sido aparentemente una señal para todas las ansiosas *mamás* del *ton* de que había regresado a Londres, participaba en la temporada y quizás —solo quizás— estaba dispuesto a conseguir una esposa.

No es que estuviera buscando un matrimonio por amor o una esposa en estos momentos.

Nunca volvería a cometer ese error. No porque no deseara sentir el afecto absoluto que uno podía desarrollar hacia otra persona, sino porque su corazón no podría soportar otra fractura.

Perder a Luisa había sido el momento más duro de su vida, una imposibilidad de la que recuperarse. No podía casarse con otra mujer y amarla tan profundamente como la había amado a *ella*.

Egoísta, sí, pero no podía hacerlo.

No sobreviviría a otra pérdida tan grande como la suya.

—Querido, he recibido una misiva de Lady Abernathy esta mañana diciendo que asististe al baile de los Ravensmere anoche.

No pensaba que tenías intención de ir.

Dobló una breve nota de su administrador y la metió en el bolsillo de su chaqueta. —Quería ver a Ravensmere de nuevo. Han pasado muchos años. Y aunque no tenía intención de asistir al baile, acabé uniéndome a la celebración durante una hora o dos. Pero no fue nada, de verdad.

Su madre agitó su propia misiva en el aire antes de alcanzar su taza de té, con los ojos brillando de emoción por las noticias de las andanzas nocturnas de su hijo.

—Bueno, Lady Abernathy escribe que bailaste con la joven Ravensmere. Dicen que es una belleza y una criatura encantadora. ¿Qué te pareció? Es hija de un duque, ya sabes. Sería muy adecuada...

Miró a su madre antes de coger los cubiertos y empezar a comer su bacon con huevos. —Es una mujer agradable, no una chica, mamá. Tiene veintidós años —frunció el ceño, preguntándose cómo recordaba tal detalle.

No es que pudiera olvidar fácilmente a la muchacha. Se parecía tanto a Luisa que su mente no pudo evitar pedirle un baile, para volver al pasado, aunque solo fuera por unos minutos, y olvidar la verdad en la que ahora vivía.

Una verdad en la que *ella* ya no existía.

—¿De veras? —su madre parecía complacida consigo misma, antes de recuperarse—. Vas a intentar encontrar una esposa, ¿verdad? No tiene por qué ser la chica de los Ravensmere. Sé que apenas os habéis conocido, pero deseo tanto verte establecido.

—Mmm. Sí —dijo sin comprometerse. Su madre no estaba al tanto de lo que había ocurrido en Italia, y nunca lo estaría. No deseaba revivir ese horrible recuerdo si podía evitarlo. Ya era

bastante malo que, por la noche, cuando estaba solo en la cama, su mente evocara la escena y lo atormentara.

—Oh, querido mío, esto me hace la más feliz de las *mamás*. Me aseguraré de decir a quienes deban saberlo que has vuelto a Londres para quedarte y establecerte.

—Por favor, no lo hagas —miró a los ojos de su madre y esperó que atendiera su petición—. Permíteme avanzar por la temporada. Quizás conozca a alguien que despierte mi interés lo suficiente como para cortejarla. Y si no se asusta por mi aspecto tosco, entonces veremos qué ocurre. Pero no deseo ser bombardeado en cada evento. No iré si vas a entrometerte.

Su madre dirigió su mirada de vuelta a su plato, aunque él podía ver que aún deseaba discutir. Sin embargo, afortunadamente, atendió su advertencia.

—Muy bien. Haré como pides. Pero deseo que seas feliz. Esa es la única razón por la que me entrometo. Lo hago por el amor que te tengo, hijo mío.

Ezra extendió la mano a través de la mesa y apretó la de ella. —Lo sé, y te lo agradezco. Pero por favor, permíteme reintegrarme en la sociedad poco a poco. No he formado parte de ella durante muchos años, y anoche, esas breves horas en el baile de Ravensmere, fueron más que suficientes.

—¿A qué asistirás después? ¿Al baile de los Compton en Grosvenor Square? ¿O al evento de los Wilcox en la residencia de Lord y Lady Norgrave? Ese se supone que será todo un acontecimiento este año. He oído que Lady Norgrave tendrá sus jardines abiertos para bailar al aire libre. ¿Puedes creerlo? ¡Será como tener Vauxhall en medio de Mayfair!

Ezra se rio entre dientes. Que su mamá pensara que algo tan inofensivo comparado con lo que algunos caballeros del *ton* hacían a

puerta cerrada —o al menos en St. Giles—. Un baile al aire libre no parecía en absoluto escandaloso.

—También es un baile de máscaras, mamá. ¿Cómo sobrevivirás al escándalo?

—¿Lo es? —preguntó, claramente sin haberlo sabido.

Ezra le entregó la invitación que estaba a su derecha, y ella la leyó, con los ojos iluminándose de emoción.

—Oh, será una noche agradable. Un baile al aire libre y de máscaras. ¡Qué diversión tendremos!

—Todavía no he dicho que vaya a asistir.

—Oh, pero lo harás. Y, querido, hoy tenemos té de la tarde aquí. Pensé que debía avisarte, por si ves a diferentes *mamás* con sus protegidas llamando a la puerta y temes que estén a punto de abordarte en tu biblioteca, caer de rodillas y suplicarte que seas su marido.

Negó con la cabeza, notando la pulla de su madre y su intento de burla al mismo tiempo. —Me quedaré en la biblioteca y permaneceré sin ser abordado. Podrás disfrutar de tu té en paz.

—Pero debes pasar a saludar a nuestros invitados, querido. Aunque las jóvenes presentes no despierten tu interés, es lo que corresponde hacer.

—Así que ahora *tengo* que asistir. Creía que este era tu té de la tarde. Me temo que esto podría considerarse entrometerse...

Su madre desechó sus preocupaciones con un gesto. —Es simple etiqueta, nada más. El té comienza a las dos. He hecho que el cocinero prepare algunas de tus galletas de mantequilla favoritas. Sé que las has echado de menos.

De hecho, así era, y su madre sabía exactamente cómo atraerlo fuera de su santuario. —Pasaré a asegurarme de que nadie tenga nada impropio que decir sobre tus habilidades como anfitriona. Pero

si no me quedan galletas, nunca volveré a asistir a otra de tus reuniones.

—Me aseguraré de que guarden algunas para ti.

Continuaron con su desayuno en un pacífico silencio durante varios minutos antes de que su madre aclarara la garganta. —¿Qué te pareció Lady Evangeline? ¿Crees que hará un matrimonio tan grandioso como su hermana el año pasado?

Podía oír la curiosidad en la voz de su madre y sabía que esperaba que la joven le hubiera gustado más de lo que dejaba entrever.

Lo cual, en verdad, era el caso.

Le gustaba demasiado. Y el hecho de que se pareciera tanto a Luisa no ayudaba en sus esfuerzos por mantener su corazón encerrado tras una puerta segura, inalcanzable e inquebrantable.

—Es muy habladora e inteligente, creo. Agradecida por su temporada. Respetuosa con su hermana y el duque. Pienso que es una mujer muy hermosa.

—¿Hermosa? —jadeó su madre—. He oído que es una de las mujeres más bellas de Londres este año. Estoy deseando conocerla, no porque hayas bailado con ella y asistido a su baile, sino porque es la cuñada de uno de tus amigos más cercanos. Y cualquier amigo tuyo es amigo mío.

—Gracias, mamá —cogió su café y apuró lo que quedaba—. ¿Tienes algún plan esta mañana? ¿O el té de la tarde es tu único compromiso hoy?

—Solo el té —dijo, sonriendo mientras él se levantaba—. Ponte tu nueva chaqueta de Weston, querido. Resaltará el azul de tus ojos.

Negó con la cabeza. Su advertencia a su madre de no entrometerse ya parecía olvidada. Caminó hasta donde ella estaba sentada y le besó la parte superior de la cabeza.

—Llevaré lo que llevo ahora, mamá. No voy a cambiarme diez veces al día como una dama. Esto es nuevo y será más que suficiente.

Su madre suspiró, y el sonido le recordó a Lady Evangeline la noche anterior.

Frunció el ceño mientras se dirigía hacia la puerta, no le gustaba que su mente saltara hacia ella casi inconscientemente.

No presagiaba nada bueno para él. Al menos no tan temprano en la temporada.

Capítulo

Seis

Ezra se estremeció internamente y se puso de pie, habiendo dejado pasar todo el tiempo posible antes de dirigirse al té de la tarde que su madre había organizado.

Se ajustó la corbata y revisó su atuendo, apurando el último sorbo de su café antes de encaminarse hacia el salón para enfrentarse a quienquiera que su madre hubiera invitado.

Cuanto más se acercaba a la sala, más presión sentía en el pecho. El sonido de voces femeninas, risas y todo lo demasiado femenino le bombardeaba, y se detuvo en el umbral, vacilando entre entrar o retirarse a su despacho, o quizás abandonar la casa por completo.

Su madre se enfadaría, probablemente le regañaría como cuando era un niño, pero también superaría su enojo con bastante rapidez. Sería perdonado.

—No le tomaba por un caballero que se asusta ante un grupo de mujeres, Lord St. George. Qué interesante me resulta. Guardaré ese pequeño detalle en mi bolsillo por si lo necesito más adelante.

Ezra giró al escuchar la voz de Lady Evangeline Ravensmere. Ella estaba detrás de él, con los ojos brillantes de diversión y una

pequeña media sonrisa adornando sus labios mientras le observaba debatirse entre la valentía y la cobardía.

No es que fuera un cobarde. Se había puesto en muchas situaciones peligrosas durante su tiempo sirviendo en la Oficina de Asuntos Exteriores. Pero las damas... las damas representaban su propio tipo de peligro. Uno al que aún no estaba preparado para enfrentarse.

—Lady Evangeline. Ciertamente me ha pillado. Estaba a punto de entrar para dar la bienvenida a todas.

Hizo una pausa, absorbiendo su imagen. El parecido con Luisa siempre le oprimía el pecho. No debería mirar a Lady Evangeline y pensar en otra. Ambas eran personas distintas, pero no podía evitarlo. Lady Evangeline, viva y radiante, bromista y dulce, era la viva imagen de Luisa, si es que alguna vez creyó en tal cosa.

Era extraordinario e inquietante a la vez.

—¿Acaba de llegar? —preguntó, cambiando de tema.

—Oh, no —dijo ella, desechando sus palabras con un gesto—. Estoy aquí con mi hermana, la duquesa, pero necesitaba, ah... —Un leve rubor se extendió por sus mejillas, y Ezra se aclaró la garganta, comprendiendo perfectamente por qué había abandonado el té.

—¿Desea que la acompañe al interior?

Ella frunció los labios pensativa antes de negar con la cabeza. —No. Soy perfectamente capaz de regresar a la sala. Pero me gustaría un recorrido por la casa. Es magnífica. Para ser de un conde...

Se rio de su propia broma, y Ezra no pudo evitar reírse también. El sonido le sobresaltó. Hacía tanto tiempo que no se reía espontáneamente. Con la explosión vino la culpa que siempre le seguía: culpa por ser capaz de reír, de disfrutar, cuando otros bajo su cuidado no podían.

—Estoy seguro de que no desea ver la casa, mi lady. Usted es hija de un duque. Ha visto propiedades mucho más grandiosas que esta.

—Podría sorprenderse. —Su sonrisa se desvaneció ligeramente ante su negativa, y él no podía permitir eso.

—Venga. —Ezra le ofreció su brazo, y como las nubes apartándose del sol, su sonrisa volvió a su lugar correcto—. Le mostraré rápidamente, antes de que ambos regresemos al té.

—Suena celestial, milord.

La condujo hacia el frente de la casa y le señaló el comedor, su biblioteca y el salón privado de su madre que daba a Berkeley Square. Sin duda, era una sala que su madre echaría de menos cuando se mudara a la residencia de la viuda. Le encantaba cotillear y observar los acontecimientos más allá de sus ventanas en cualquier momento.

Ezra se aseguró de mantenerse a la vista de los sirvientes, no queriendo que circularan rumores indebidos si les veían. Luego la acompañó hacia la parte trasera de la casa, pasando por la puerta donde su madre recibía a sus invitados, hasta el invernadero.

—Esto es encantador —dijo ella, soltando su brazo y caminando hacia la fuente. El suave tintineo del agua tocaba su melodía relajante, calmando su alma habitualmente vigilante.

Ella se sentó en el borde y pasó sus dedos por la superficie del agua. Varios peces dorados se alejaron nadando de su tacto, y él sonrió ante la suave risa que se escapó de sus labios.

—¿No son adorables estos peces? Nosotros solo teníamos caballos en casa. Padre no nos permitía tener mascotas.

Ezra se unió a ella junto a la fuente y se sentó a su lado. —No sé si llamaría mascotas a los peces, mi lady. Eso podría ser una exageración.

—Pero lo son —argumentó ella, encontrando su mirada—. Los alimentas. Les das un hogar. No los maltratas ni te los comes. ¿Qué son, si no mascotas?

Supuso que tenía razón. Sin pensar, deslizó su mano en el agua junto a la de ella, pasando sus dedos por la fresca superficie. —Cedo ante su argumento. Tengo peces como mascotas.

Ella volvió a reír, y por un momento, él no pudo apartar la mirada. Era tan hermosa, tan amable, tan llena de vida. ¿Cómo podría uno no mirar fijamente cuando se encuentra frente a tal obra maestra?

—Está mirándome fijamente otra vez, Lord St. George. Si tengo que seguir recordándole su conducta en lo que respecta a mi persona, empezaré a pensar que su disposición a añadirse a mi lista de pretendientes es inminente.

—Lo siento. Mis disculpas, mi lady. Me recuerda a alguien que conocí. —Sonrió ante el agridulce recuerdo—. A veces no puedo evitar mirarla y pensar en esa persona.

Ella frunció ligeramente el ceño y, antes de que él pudiera detenerla, le tomó la mano bajo el agua. —¿Por qué habla de esa persona en tiempo pasado? ¿Ya no mantienen contacto?

Ojalá ese fuera el caso. Oh, cómo deseaba que fuera tan simple como haber perdido el contacto. —Desgraciadamente, no. Falleció. Así que verla es como ver un... —No podía decir la palabra. No expresaría la crueldad de ello.

—¿Un fantasma? —terminó ella por él—. En ese caso, tiene permiso para mirarme cuanto desee, siempre que no le entristezca. —Sus dedos apretaron los suyos, y sin pensarlo, él entrelazó completamente los suyos con los de ella—. Solo deseo que sea feliz, milord. He tenido mi cuota de tristeza en la vida, y no quiero más.

—Así que ambos tenemos vidas melancólicas. Qué aburridos debemos ser. —Su intento de aligerar el ambiente funcionó, y ella sonrió, volviendo a ser la mujer feliz y radiante que había conocido la noche anterior.

—Deberíamos hacer un acuerdo, milord. Que no estaremos así cuando estemos en presencia del otro. Que nos animaremos mutuamente si nos encontramos revolcándonos en el pasado.

Él inclinó la cabeza, curioso. —¿Ha ocurrido algo desafortunado en su vida que yo pueda conocer? No deseo entrometerme, pero tampoco quiero decir nada que pueda herirla.

—Nuestro padre, el difunto duque, no nos amaba, milord. De hecho, nos dejó en el campo sin ningún plan para llevarnos a Londres. No deseo sufrir un matrimonio como el de mi madre. Quiero una unión por amor. Un caballero que ame a los hijos que podamos tener y sea feliz con cualquier resultado que la vida traiga. No deseo que ninguna de mis hijas sea dejada para marchitarse hasta que sean casi demasiado mayores para debutar en Londres.

Dándose cuenta de que todavía sostenía la mano de Lady Evangeline, Ezra la soltó y sacó su pañuelo, secándose los dedos. —Usted no es vieja, mi lady. Apenas está comenzando su vida y tiene muchos años maravillosos por delante. No se pierda en el pasado. No hay futuro allí. Lo sé. Lo visito con bastante frecuencia.

Ella le observaba, y él sabía que sentía curiosidad sobre de quién hablaba, pero no podía obligarse a mencionar a Luisa. De alguna manera se sentía incorrecto hablar de ella con otra mujer. Como si estuviera siendo infiel de algún modo. Quizás algún día, le contaría a Lady Evangeline la triste historia. Pero no hoy.

—¡Evangeline, aquí estás!

Ezra dio un respingo al oír la voz de la Duquesa de Ravensmere, y Evangeline también. Afortunadamente, estaban sentados a una

distancia respetuosa, y ya no se cogían de las manos, pero aun así, su corazón latía como si hubiera hecho algo malo. Como si le hubieran pillado siendo inapropiado.

Pero la repentina interrupción sobresaltó a Evangeline tan profundamente que se tambaleó en el borde de la fuente y cayó hacia atrás en el agua, agitando los brazos mientras aterrizaba con un chapoteo.

Peor aún, un pequeño pez amarillo saltó de la fuente al suelo de baldosas, dando coletazos mientras intentaba sobrevivir fuera del agua.

—¡Oh no, milord! ¡Un pez! ¡Ayúdele! —oyó gritar a Lady Evangeline mientras se ponía de pie en el agua, empapada y con los ojos muy abiertos.

Ezra se apresuró a recoger el pez y lo arrojó de vuelta a la fuente antes de volverse hacia ella.

Un error.

Porque cuando miró, cuando realmente miró, lo que el agua había revelado le privó de todo pensamiento coherente.

Capítulo

Siete

Evangeline no podía creer lo que acababa de ocurrir.

Estaba de pie en la fuente, con el agua hasta las rodillas, que olía vagamente a hierbas y le recordaba al lago de su casa en el campo donde ella y sus hermanas solían nadar.

A pesar de lo cálido que era el día, el agua estaba fría, y se le puso la piel de gallina. Observó cómo Lord St. George recogía el pequeño pez que había caído fuera de la fuente antes de devolverlo al agua con un chapoteo.

—Gracias, mi lord.

—Evangeline, ¿qué ha sucedido? —jadeó su hermana, corriendo hacia ella, pero Lord St. George ya estaba allí.

Sus ojos estaban muy abiertos, su boca formaba una línea tensa y angustiada mientras se acercaba a ella. Sus manos le rodearon la cintura, y Evangeline luchó por ignorar el perverso anhelo que la atravesó con aquel contacto. La levantó de la fuente como si no pesara más que una pluma. Desafortunadamente, ella resbaló al intentar ayudar, y cayó con fuerza contra su pecho.

Se aferró a sus hombros, sujetándose firmemente mientras su cuerpo se presionaba contra el suyo. Era todo un hombre cálido, sólido y musculoso, tal como ya había imaginado, y su corazón latía

erráticamente en su pecho. —Disculpadme, mi lord. No os lo estoy poniendo fácil.

Sin decir palabra, la tomó en sus brazos y la llevó a un banco cercano, lejos del agua. Ella goteaba sobre él, su vestido completamente arruinado, pero él no parecía importarle. La dejó en el banco y se apartó, quitándose la chaqueta antes de colocarla suavemente sobre sus hombros.

Evangeline miró hacia abajo y ahogó un grito.

Su vestido, empapado, era casi transparente. Sus pechos, y en particular sus pezones, se erguían bajo la tela helada.

Se cerró la chaqueta rápidamente, la mortificación ardiendo por todo su cuerpo. Tan fría como estaba, el calor le recorrió la piel e inundó sus mejillas.

—Gracias, Lord St. George. Os devolveremos la chaqueta una vez que esté lavada, pero me temo que debemos retirarnos antes de que alguien vea lo que ha ocurrido aquí hoy. ¿Puedo imponerle la molestia de pedir a nuestro cochero que venga a la entrada de servicio? Partiremos desde allí.

—Por supuesto que puedo arreglarlo, Su Gracia.

La duquesa se volvió hacia su hermana y le dedicó una sonrisa reconfortante. —Ven, querida. Caminaremos por los jardines hasta la entrada de servicio y nos marcharemos discretamente. Nadie sabrá lo que ha pasado. Incluso si fue un accidente, creo que es lo mejor.

—Por supuesto —susurró Evangeline, mientras la humillación aún palpitaba en sus venas—. *Dios mío, ¿qué habría visto?*

Todo. Ha visto cada pequeña parte de tus pechos, Evangeline, y posiblemente otras partes también. Gracias a Dios su chaqueta es lo suficientemente larga como para ofrecer alguna forma de decencia.

Interiormente se estremeció y temió que la expresión se hubiera reflejado en su rostro.

—No ha ocurrido ningún daño —dijo su señoría, extendiendo una mano para ayudarla a levantarse.

Por mucho que no deseara tomarla —no porque no quisiera tocarlo, sino porque significaría mirarlo, y eso era insoportable— colocó su mano enguantada en la suya.

¿Qué pensaría de ella?

¿Estaría tan mortificado como ella? ¿O peor aún, la encontraría insuficiente?

No estaba tan bien formada como otras damas de Londres. De hecho, a menudo se había lamentado de no ser tan femenina como su hermana mayor. *¿No le habría gustado lo que vio?*

Evangeline sacudió esos pensamientos absurdos de su mente. Qué importaba si le gustaba o no lo que veía. ¡No debería haber visto nada en absoluto!

—Gracias, mi lord. Es usted muy amable.

—No es molestia alguna —Se dio la vuelta y las dejó por unos momentos, sin duda para dar instrucciones a los lacayos.

—Querida, tu vestido... —susurró su hermana cuando estuvieron solas.

—Lo sé. Es transparente —Las lágrimas nublaron su visión, y ella las apartó parpadeando, decidida a mantener la compostura—. Creo que ahora ha visto todo lo que hay que saber de mí. Desearía dejar de existir, estoy tan humillada.

—Vamos, vamos —Rosalind le dio un rápido abrazo, sabiendo que no tenían mucho tiempo antes de que regresara el conde—. Todo irá bien. Es amigo de Ravensmere y no dirá una palabra a nadie. Trata de no darle vueltas. Piensa en ello como un incidente desafortunado, quizás incluso divertido, durante tu primera Temporada.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo, Rosalind. No te ha pasado a ti.

Su hermana suspiró, luego la condujo hacia una puerta que daba a los jardines. —No te lo he contado a ti ni a nadie, pero a principios de mi Temporada el año pasado, me lancé sobre el duque bajo un sauce llorón. Afortunadamente, no me avergonzó y se comportó como un caballero, igual que Lord St. George ahora. En la vida ocurren cosas que conmocionan, avergüenzan y remueven el alma, pero no merecen tu preocupación. No cuando el hombre en cuestión es honorable. No dirá una palabra sobre tu caída en su fuente.

Ante la forma de expresarse de su hermana, Evangeline no pudo evitarlo. Se rio, cubriéndose la boca con su mano enguantada y empapada, la diversión burbujeando dentro de ella. —Debe pensar que soy la mujer más descoordinada e inútil que jamás ha conocido.

—¿Por qué te sobresaltaste tanto con mi voz? A menos que... —Rosalind arqueó una ceja. Una mirada que a Evangeline no le gustaba y a la que tampoco deseaba responder.

—¿Estuvieras haciendo algo con su señoría que de otro modo no estaría permitido?

El calor en las mejillas de Evangeline ardió con más intensidad. —Por supuesto que no. Simplemente estábamos conversando.

—Se puede decir mucho con unas pocas palabras, hermana.

El sonido de pasos apresurados llegó hasta ellas, y ambas se volvieron cuando Lord St. George regresó.

—Venid. Os acompañaré a la entrada de servicio. Vuestro cochero ya viene en camino.

—¿Podría dar nuestro agradecimiento y disculpas a su madre, mi lord? —preguntó la duquesa—. Probablemente se esté preguntando qué nos ha sucedido.

—Hablaré con ella después de dejaros partir a salvo. Pero no os preocupéis. Mi madre lo entenderá cuando se lo explique.

—Lo siento muchísimo —dijo Evangeline cuando su carruaje apareció a la vista, deteniéndose frente a la entrada de servicio. El cochero bajó de un salto y colocó los peldaños, esperando pacientemente junto a la puerta abierta—. He mojado su ropa, y espero no haber lastimado a sus peces. ¿Comprobará que no aterricé sobre ninguno con mi torpeza?

—Por supuesto.

Sonrió —una pequeña y encantadora respuesta— y Evangeline luchó por no pensar en lo bien que ahora el conde la conocía. Cuán al tanto estaba de cada una de sus curvas, de todo...

—Nunca le diré una palabra a nadie, mi lady. Tiene mi palabra.

—Gracias —El calor inundó nuevamente sus mejillas mientras él tomaba su mano y la ayudaba a subir al carruaje. Su hermana se sentó frente a ella, observando su intercambio con demasiado interés.

—Gracias de nuevo, Lord St. George. Le veremos en la cena de mañana por la noche, como estaba planeado.

—Así será —respondió a la duquesa.

El conde dio un paso atrás, y el carruaje se puso en marcha. Evangeline exhaló, aliviada de no tener que enfrentar al hombre que la había visto prácticamente desnuda.

Se estremeció, cerrando los ojos. *Dios mío, nunca se recuperaría de esto.*

—¿Te gustaría sentarte junto a Lord St. George en la cena de mañana? Parece que os estáis haciendo buenos amigos, y creo que le gustas.

—No. No deseo sentarme a su lado. Prácticamente me vio desnuda, Rosalind. No sé cómo podré volver a mirarlo a la cara, y

mucho menos intentar hablarle —A pesar de sus amables palabras, un hombre que no era su marido la había visto de manera íntima. ¿Cómo iba a recuperarse de eso?

—No es tan malo. Abre la chaqueta y déjame verte.

Evangeline dudó, luego abrió la chaqueta.

Los ojos de su hermana se agrandaron, y rápidamente agitó las manos. —Cúbrete de nuevo, querida. No necesito ver más.

—¿Ves? Es tan malo como pensaba —Se dejó caer contra los cojines, resistiendo apenas el impulso de golpear el suelo con el pie ante tal injusticia.

—Su señoría dijo que no se lo contaría a nadie, y le creo. Sí, te ha visto por completo, pero quizás eso despierte su interés.

—No hagas de casamentera, Rosalind. Dudo que pueda siquiera mirarlo de nuevo sin pensar en esto, y mucho menos tratar de hacer que me corteje.

—¿Y si él *quiere* cortejarte? ¿Qué harás entonces?

Evangeline se quedó callada. ¿Qué haría? ¿Quería que él se convirtiera en uno de sus pretendientes? Le había bromeado sobre ello, pero ¿había estado deseando, en el fondo, que fuera verdad?

¿Qué haría realmente? —No tengo ni idea.

Capítulo

Ocho

La noche siguiente, tal como estaba previsto, Ezra acompañó a su madre a la residencia del duque y la duquesa de Ravensmere para cenar. Lo que había supuesto que sería un pequeño encuentro resultó ser todo lo contrario. Su carruaje, junto con varios otros, se alineaba frente a la residencia ducal, dejando a un flujo constante de invitados a la cena.

Muchos de ellos, observó al ayudar a su madre a bajar, eran jóvenes caballeros solteros y elegibles, sin duda invitados con el único propósito de cortejar a Lady Evangeline.

Lady Evangeline...

Tomó un respiro para calmarse y se preparó mentalmente para volver a verla. La imagen de ella de pie, con el agua hasta las rodillas en su fuente de mármol, el agua cayendo tras ella, su vestido pegado a su muy femenina —y muy atractiva— figura, seguía fija en su mente como una pintura.

Dudaba que pudiera olvidar jamás ese recuerdo, o ser capaz de mirarla de nuevo sin imaginar lo que su mente en este preciso momento estaba evocando.

Subieron los escalones de la entrada y fueron recibidos por el duque y la duquesa, sin rastro de Lady Evangeline.

—Buenas noches, St. George. Me alegra que hayas podido venir —dijo Ravensmere, dándole una palmada en el hombro.

—Es un placer estar aquí. Gracias por la invitación.

—Es nuestro placer, milord —dijo la duquesa, ofreciendo una sonrisa educada.

Él correspondió el gesto y entró al salón, siguiendo el torrente de otros invitados. El espacio era amplio, con una joven dama tocando el piano mientras otros permanecían en grupos, conversando y observando. Algunos se mantenían en la periferia, prefiriendo mantenerse apartados de la multitud.

Una de ellos era Lady Evangeline, quien, en ese momento, parecía profundamente interesada en una planta en maceta en el rincón más alejado de la sala.

Ezra frunció el ceño.

Tomando dos copas de vino de un lacayo que pasaba, cruzó la sala hacia ella.

—¿Es esa Lady Evangeline escondiéndose de sus invitados esta noche? —Señaló la sala, casi derramando su vino—. Sé que no soy el caballero más diestro en este tipo de reuniones formales estos días, pero creo que la mayoría de las personas aquí esta noche han venido para verla a usted.

Le ofreció una de las copas.

—¿Un poco de valor líquido, quizás, milady?

Ella le dedicó una pequeña sonrisa y dio un paso hacia él, aceptando el vino y dando un generoso sorbo.

—No me importa nadie de los que están aquí, milord. Y todavía estoy mortificada por tener que enfrentarme a usted. —Hizo una pausa, una pequeña arruga marcando su frente, por lo demás perfecta—. Mi hermana dijo que debería olvidar lo que ocurrió ayer,

no hablar de ello nunca más. Pero no puedo. Lamento que tuviera que verme en tal estado. Sé que me he avergonzado a mí misma.

Instintivamente, él extendió la mano y pasó un dedo bajo su mandíbula, levantándole la barbilla. Ante su mirada sobresaltada, la realidad le golpeó y retiró la mano rápidamente.

—Mis disculpas, milady. No pretendía tocarla.

Y sin embargo lo había hecho. Y no podía arrepentirse. Su piel era suave y cálida —ardiente, incluso— y el breve contacto había despertado algo en él. Había pasado tanto tiempo desde que tocara a una mujer, y menos aún desde que anhelara hacerlo.

Se recompuso y apartó los pensamientos inoportunos.

—Simplemente quería decir... No se sienta avergonzada o incómoda conmigo. Detestaría que algo tan trivial le causara angustia. No me preocupa lo que ocurrió. Ni pienso menos de usted por ello.

—Es usted muy amable. Ojalá no fuera tan dura conmigo misma, pero quiero hacerlo bien esta Temporada. No quiero avergonzar a Rosalind o a Ravensmere. El duque ha sido muy bondadoso con todos nosotros.

—Estoy seguro de que su bondad se debe a que ama a su hermana y desea lo mejor para su familia.

—Eso es parcialmente cierto. Pero su bondad comenzó antes de que hubiera algo entre Rosalind y Su Gracia.

—Ravensmere es un buen amigo para tener. —Se volvió y recorrió la sala con la mirada. Varios caballeros estaban observándolos, algunos sutilmente, otros sin disimulo alguno—. Hay varios caballeros bastante interesados en nuestro pequeño rincón —murmuró.

Ezra intentó no sentirse molesto por el interés que mostraban en Lady Evangeline —y fracasó.

Disfrutaba hablando con ella. Era inteligente, agradable, no una joven tonta. La idea de que pudiera verse privado de su atención debido al constante flujo de caballeros compitiendo por ella esta Temporada le irritaba más de lo que debería.

El gong de la cena sonó en algún lugar profundo de la casa, y Lady Evangeline dejó escapar uno de sus familiares suspiros afligidos.

—Bueno. Supongo que debemos entrar a cenar ahora.

—Espero estar sentado cerca de usted, milady. Su compañía, además de la de Ravensmere y la duquesa, es la más preferible.

Un leve rubor tocó sus mejillas, y él se preguntó el porqué.

—Creo que estará sentado cerca de Ravensmere, milord. No creo que estemos lo suficientemente cerca como para poder conversar ni siquiera un poco.

La decepción le invadió al oír la noticia, pero siguió a los invitados fuera del salón hacia el comedor antes de tomar asiento. Tal como ella había dicho, estaban sentados en extremos opuestos de la mesa. Al menos tenía a Ravensmere a su lado.

Una vez que las damas se sentaron, los caballeros las siguieron, y el primer plato —una rica sopa de champiñones— fue colocado ante ellos. El aroma sabroso que emanaba del tazón hizo que a Ezra se le hiciera la boca agua.

—Gracias por ser amable con Lady Evangeline —dijo Ravensmere en voz baja—. Me enteré de lo que sucedió ayer. Tengo entendido que estaba bastante angustiada.

—No es motivo de preocupación —respondió Ezra—. Ya está olvidado.

Ravensmere asintió y cogió su cuchara. Comieron en silencio durante varios minutos, interrumpido solo por la conversación sobre los viajes de Ezra y sus planes ahora que había regresado a Londres.

Las risas resonaron desde el extremo opuesto de la mesa. Ezra miró en esa dirección, entrecerrando los ojos mientras Lady Evangeline echaba la cabeza hacia atrás en una carcajada por algo que había dicho un caballero sentado a su lado.

—Ese es el señor Fournier —explicó Ravensmere—. Asistió al baile de presentación de Lady Evangeline. Parecieron llevarse bien. Ella lo mencionó por su nombre el otro día, así que Rosalind pensó que sería una buena oportunidad invitarlo a cenar.

—Por supuesto —respondió Ezra con rigidez, esperando que su interés no fuera obvio. Lady Evangeline podía hablar con quien quisiera. Simplemente se había sorprendido por el sonido de su risa. Nada más—. Lady Evangeline es una joven encantadora. Creo que se casará esta Temporada. Solo espero que consiga todo lo que desea.

La atención de Ezra se desvió de nuevo hacia ella, y no pudo evitar la llamarada de celos por no ser él quien estuviera sentado a su lado, disfrutando de su risa, su conversación, su vivacidad.

No es que no disfrutara hablando con Ravensmere, pero esta cena habría sido mucho más alegre si todos hubieran estado sentados juntos.

—¿Y qué hay de ti, St. George? —preguntó Ravensmere—. ¿Te veremos más frecuentemente por la ciudad? Haría muy felices a muchas madres de la *alta sociedad*.

—No. Todavía no. Me contento con observar desde lejos esta Temporada. Quizás el año que viene piense diferente.

Ravensmere extendió el brazo y le apretó el suyo.

—No puedes permitir que lo que ocurrió en Italia detenga tu vida. Eso no fue culpa tuya.

Como siempre sucedía cuando alguien mencionaba su pasado, la culpa se retorció profundamente en las entrañas de Ezra. Con qué

facilidad otros desviaban la culpa... pero era su culpa. Había fallado en mantener a Luisa a salvo. Le había prometido que nada ocurriría, y entonces algo ocurrió. Algo fatal.

—Ah, mi buen amigo, pero *sí* es mi culpa, y lo sabes tan bien como yo. —Alcanzó su copa de vino y bebió el contenido, haciendo señas a un lacayo para que le sirviera más—. Debo casarme algún día. Pero no será hoy. Déjame contentarme con tu compañía y el consuelo de esta excelente bebida, y dejémoslo así.

Ravensmere le miró con lástima, y Ezra apretó los dientes. No quería lástima. Quería que la gente le odiara tanto como él se odiaba a sí mismo. No ser amables y sentir lástima. No merecía nada de eso.

—Muy bien. Bebe tanto como quieras. Quiero que disfrutes, tanto que nunca vuelvas a abandonar Inglaterra.

Él asintió.

—Brindaré por eso.

Mentiroso...

Capítulo

Nueve

Evangeline podía sentir la mirada de Lord St. George posándose sobre ella una y otra vez.

Deliberadamente intentaba ignorar las emociones que él despertaba en su interior cada vez que se percataba de sus vigilantes ojos.

Emoción.

Expectativa.

Esperanza.

Cualquier amigo de Ravensmere significaba que su señoría era digno de confianza y bien respetado. Por tanto, si ella decidiera fijarse en él —si lo deseara por encima de cualquier otro que conociera esta temporada— no habría objeciones. Ninguna razón para no perseguirlo.

—No puedo agradecerles lo suficiente a usted y al duque por haberme invitado. Ha pasado demasiado tiempo desde que disfruté de tan buena compañía.

Evangeline sonrió al Sr. Fournier, sentado a su derecha. De todos los caballeros que su hermana podría haber colocado a su lado, él no era, ni mucho menos, la peor opción. Pero su continua necesidad

de hablar —interminablemente— se había vuelto un tanto agotadora.

Algunas personas preferían comer en paz.

—Estamos encantados de tenerle, Sr. Fournier —hizo una pausa para beber su vino—. Dígame, ¿cómo fue el evento después de mi baile de presentación? ¿Fue tan emocionante como el mío?

Él sonrió, y aunque hablaba mucho, no podía negar que era apuesto.

Aun así, por el rabillo del ojo, notó que Lord St. George se recostaba en su silla, bebiendo lo que debía ser su cuarta —¿o quinta?— copa de vino. La estaba observando de nuevo.

Para un hombre que afirmaba no estar buscando esposa —y por tanto, desinteresado en ella— ciertamente la miraba con bastante frecuencia.

Quizás había esperanza para él después de todo...

—Quería preguntarle si le gustaría dar un paseo hasta Richmond cuando esté disponible. Podríamos hacer un picnic, y puede traer a su hermana y al duque como acompañantes, si están dispuestos.

La idea de visitar Richmond Park —donde nunca había estado— sonaba celestial. Un pequeño sabor del campo que había echado de menos durante las últimas semanas en la ciudad.

—Agradecería tal excursión, Sr. Fournier. Enviaré aviso cuando el duque y la duquesa estén disponibles. ¿Quizás pasado mañana, si el tiempo lo permite?

—Creo que eso sería perfecto. Planearemos salir de Londres a las diez y llegar a tiempo para el almuerzo.

Afortunadamente, el Sr. Fournier le permitió terminar el cuarto plato de faisán asado antes de que Rosalind se levantara tras el postre e invitara a las damas al salón para disfrutar de música y conversación, dejando a los caballeros con su oporto y sus puros.

Evangeline se unió a su hermana momentos después. La señorita Pembroke, que había tocado el piano anteriormente, había vuelto a ocupar las teclas, mientras que las otras damas se agrupaban para mantener conversaciones en voz baja y tomar té.

—Creo que la cena ha ido bien —dijo Rosalind, tomando asiento a su lado—. Te vi hablando largamente con el Sr. Fournier. ¿Crees que es un candidato para tu mano esta temporada? Por lo que Ravensmere ha averiguado, es perfectamente aceptable. Tampoco está buscando una heredera.

—Es bueno saberlo, que no tiene los bolsillos vacíos —hizo una pausa—. Nos ha invitado a un picnic en Richmond. ¿Vendrás como acompañante? Me encantaría ver el parque. Nunca he estado.

—Yo tampoco —dijo su hermana—. Hablaré con el duque, pero no creo que haya ningún problema. Será un día agradable.

Evangeline asintió, feliz de que su hermana estuviera de acuerdo. —Aun así, por mucho que me agrade, y por mucho que espere con ilusión el picnic, no hay... atracción —su mirada se desvió hacia el lugar donde Lord St. George había estado antes con ella y las emociones que se agitaban en su interior cada vez que estaba cerca de él—. No hay chispa —añadió—. *Nada como lo que siento cuando Lord St. George me mira.*

—¿Y St. George? —declaró Rosalind como si pudiera leer la mente de Evangeline—. Te vi hablando con el conde antes de la cena. ¿Cómo te sientes ahora respecto a lo que ocurrió ayer?

—Todavía mortificada —admitió—. Pero me dijo lo mismo que tú, que no debería preocuparme. Está siendo muy generoso. No creo que muchos caballeros en Londres lo hubieran manejado de la misma manera.

—Posiblemente esa sea una verdad desafortunada.

Los caballeros regresaron, con el aroma de los puros flotando en el aire mientras se reunían con las damas. El duque se acercó a hablar con Rosalind, dejando a Evangeline momentáneamente sola.

Recorrió la habitación con la mirada, pero Lord St. George no se veía por ningún lado.

La decepción se filtró en su interior. *Seguramente no se habría marchado sin despedirse...*

Sin querer detenerse en ello delante de los demás, se disculpó y abandonó el salón. Sus pies la llevaron hacia la parte trasera de la casa y hasta la terraza. Solo pretendía caminar cinco minutos —respirar, recomponerse, aceptar que se había ido.

Empujó las puertas de la terraza y las cerró suavemente tras ella. El aire nocturno era más frío de lo esperado, y se rodeó con sus brazos mientras recorría la terraza.

Entonces lo vio.

Una sombra al principio. Luego un rostro revelado por el tenue resplandor anaranjado de un puro.

Su corazón se agitó en su pecho. —Lord St. George. Pensé que se había marchado. ¿Qué está haciendo aquí fuera?

Una pregunta fútil. Era obvio lo que estaba haciendo. Aun así, él la había asustado, y su pulso retumbaba por razones que prefería no examinar demasiado de cerca.

Estaban solos.

Completamente solos.

—Fumando —le extendió el puro—. ¿Le gustaría probar uno?

—No, gracias. No quiero el puro —pero había algo más frente a ella que le interesaba mucho más.

—Parecía disfrutar de su cena... y de su acompañante.

Había algo en la forma en que lo dijo —ligeramente arrastrado, agudo bajo las palabras— que la hizo estudiarlo. Incluso en la

oscuridad, podía notar que su mirada estaba desenfocada. Se apoyaba contra el muro de piedra como si fuera lo único que lo mantuviera en pie.

—Y creo que usted disfrutó demasiado de su vino durante la cena, milord.

Él sonrió —una sonrisa maliciosa y traviesa que le robó el aliento de los pulmones.

—¿Cuántas copas ha bebido?

Se balanceó y luego se desplomó contra la pared de nuevo, arrojando el puro al jardín. —Varias copas.

Se inclinó hacia adelante, y por un momento —solo un momento sorprendente y cargado— Evangeline pensó que iba a besarla.

En lugar de eso, le dio un toquecito en la nariz con el dedo. —¿Va a reprenderme? ¿Decirme que no debería beber tanto?

—No, por supuesto que no. Simplemente...

—Porque yo no dije ni una palabra sobre *su* conducta al final de la mesa.

Evangeline frunció el ceño. —¿Mi conducta? ¿Qué quiere decir?

—No es nada. Olvide lo que he dicho.

Ella se acercó más, con la barbilla alta. —Me comporté perfectamente respetable durante la cena. No jugué con los sentimientos de nadie. No chismorreé. No bebí en exceso ni hablé fuera de turno. Interpreté el papel de la debutante perfecta, como se espera de mí esta temporada. Si no le agrada la persona que soy, quizás no deberíamos ser amigos.

Sus facciones se suavizaron, y entonces —antes de que ella pudiera detenerlo— se acercó a ella, sus manos acunando su rostro.

—No creo que sea posible que seamos amigos. No sin... —la soltó y dio un paso hacia la oscuridad.

Evangeline exhaló lentamente, pero no le siguió. —No puede seguir tocándome así. Es inapropiado. Si le sorprendieran, nos casaríamos —lo desee usted o no, milord. No he sufrido todos esos años bajo un padre frío y negligente solo para ser arruinada durante mi única oportunidad de construir una buena vida. Un futuro independiente y feliz.

—Lo sé. Lo siento. Me pierdo... en el pasado. Y usted...

—Le recuerdo a alguien que conoció. Sí, lo sé —dijo en voz baja. Una ola de remordimiento la invadió. Él parecía borracho y miserable, y aunque ella quería acercarse, abrazarlo, darle permiso para tocarla, no podía. No sin alguna promesa de su parte. Y esa promesa, él había dejado muy claro que no la daría—. Pero no soy esa persona. Y no puede tener familiaridades conmigo como las ha tenido. ¿Lo entiende, milord?

—Lo entiendo. No volverá a ocurrir.

—Asegúrese de que así sea.

Capítulo

Diez

Ezra gimió y se dio la vuelta en la cama, maldiciendo a su ayuda de cámara, que había tenido la osadía de abrir las cortinas en lo que era una mañana demasiado luminosa. Después de la cena de anoche en casa de Ravensmere y varias copas de vino tinto, lo último que quería afrontar era la luz del día.

Y, sin embargo, tendría que levantarse y continuar con el día. Sin mencionar que probablemente debería visitar a Lady Evangeline y disculparse de nuevo por haberse comportado como un idiota.

Gimió otra vez, avergonzado por lo que le había dicho en la terraza. Cómo prácticamente se había marinado en alcohol porque no soportaba verla siendo cortejada por otro.

Y aunque parte de ello tenía que ver con el hecho de que se parecía muchísimo a Luisa, otra parte de él empezaba a cuestionar esa excusa.

Sí, puede que pareciera la misma —visualmente al menos—, pero su carácter era diferente en casi todos los aspectos. Aunque Luisa había tenido un carácter fuerte, eso solo era evidente con aquellos en quienes confiaba. Lady Evangeline, sin embargo, era audaz sin vacilación sin importar en qué situación se encontrara. Decía lo que pensaba, era sociable y sabia, una extrovertida hasta la médula.

Mientras que Luisa había sido un alma reservada que necesitaba ser animada para florecer cuando estaba en público.

Se pasó una mano por el pelo y se quedó mirando al techo, sin saber qué hacer. ¿Qué iba a hacer con esta incapacidad de pensar con claridad cuando Lady Evangeline estaba cerca? Ella atraía su mirada sin esforzarse y —maldita sea— le gustaba lo que veía.

Demonios, le gustaba ella.

Pero no podía cortejarla. Hacerlo sería ponerla en peligro.

Había regresado a Inglaterra debido a lo sucedido en Italia. Porque aquí era más seguro —para él—. La pista que había seguido por todo el Continente de camino de vuelta a Inglaterra, la que podría haber revelado quién mató a Luisa, se había enfriado. Y quizás necesitaba finalmente dejarla descansar.

Pero ¿cortejar a otra mujer? ¿Dejar que alguien nuevo entrara en su vida?

No. No podía hacerlo. No podía exponer a otra al peligro, hacer que sufriera el mismo destino que él ya había vivido —apenas—.

Sin mencionar que Ravensmere y la duquesa jamás le perdonarían si algo le ocurriera a Lady Evangeline. Ni él podría perdonarse a sí mismo.

No.

Tendría que mantener la distancia. Ser cortés, y nada más. No más encuentros clandestinos en terrazas bañadas por la luz de la luna. No más deseos de besar a la joven hasta dejarla sin sentido cuando estaba bebido.

Gimió, odiándose por la forma en que continuamente se acercaba a ella. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no podía mantener las manos quietas?

¿Había pasado tanto tiempo desde que estuvo con una mujer que ya no tenía autocontrol? Ansiaba la compañía femenina. Tal vez

debería ir a Tothill Fields y saciar su lujuria—

El pensamiento se agrió en cuanto lo tuvo. No. No podía hacer eso.

Su miembro se estremeció, endurecido por pensar en Evangeline. Con un suspiro, se tocó, acariciando su longitud hasta que estuvo completamente duro. Cerró los ojos, imaginándola encima de él, cabalgándole con la cabeza echada hacia atrás en éxtasis mientras él la penetraba, fuerte y profundo, dándole todo lo que ella deseaba.

La imagen de ella, mojada por la fuente, sus pezones rosados tensados bajo el vestido. Su boca cubriendo aquella carne rosada y erecta le hizo terminar.

Gimió, con el cuerpo temblando mientras el placer le invadía.

Después, permaneció inmóvil durante varios minutos, desconcertado por su falta de control. Negó con la cabeza y se levantó rápidamente de la cama. Quitó las sábanas y las arrojó al suelo, luego caminó hacia la jofaina y comenzó a limpiarse. Se puso una bata y llamó a su criado para que le preparara un baño.

El día le esperaba —y con él, su necesidad de arreglar las cosas con Lady Evangeline—.

Antes de dejarla sola.

Esta vez para siempre.

Ezra llegó a la residencia de los Ravensmere justo a tiempo para el té de la tarde. Un lacayo le condujo al salón trasero que daba a los jardines, y se detuvo en la entrada, no queriendo entrometerse.

—¿Hay sitio para uno más? —preguntó.

Ravensmere se levantó, se limpió la boca con la servilleta y le hizo un gesto para que entrara.

—Por supuesto. Adelante, St. George. Me alegro de verte de nuevo. Estábamos tomando té y bollos. Por favor, siéntate y acompáñanos.

—Gracias. Creo que lo haré —Su estómago rugió ante la visión de los bollos con nata y mermelada—. Buenas tardes, Su Gracia. Lady Evangeline. Espero encontraros bien a ambas.

—Estamos muy bien, gracias, milord —dijo la duquesa. Su mirada pasó de él a su hermana.

Aquella mirada no auguraba nada bueno. Esperaba que ninguna de las damas se estuviera haciendo ideas sobre él cortejando a Lady Evangeline. No volvería a poner a otra en peligro. Aunque ya no trabajara oficialmente para la Oficina de Asuntos Exteriores, todavía tenía enemigos —aquellos que buscaban venganza por el trabajo que había realizado a lo largo de los años—.

Fuera justificado o no, su pasado podría poner en peligro a Lady Evangeline. Pondría en peligro a *cualquier* mujer que eligiera en este momento.

Necesitaba tiempo. Un año o dos al menos para asegurarse de que sus enemigos no supieran quién era o dónde estaba, que su presencia en Londres no reavivara viejas venganzas. Entonces —quizás— podría pensar en el matrimonio. En hijos.

—Mañana vamos de picnic a Richmond, Lord St. George —dijo la duquesa—. ¿Le gustaría acompañarnos? Estoy segura de que Ravensmere agradecería su compañía.

—¿De verdad? ¿Y por qué vosotras, encantadoras damas, no agradecéis también mi compañía?

La duquesa se rio y dejó su taza de té, con los ojos brillando de picardía.

—Porque yo estaré acompañando a Evangeline mientras el señor Fournier le muestra el parque a caballo. El duque se niega a ser acompañante, así que esperará junto a los carruajes y el picnic. Sois bienvenido a venir. Podemos hacer un alegre grupo.

El señor Fournier.

Ezra rechinó los dientes.

De todos los hombres en Londres, ¿Lady Evangeline tenía que entretener a un francés? Un francés sin título, además. Incluso si *poseía* un château, ¿qué importaba eso? Francia tenía cientos de propiedades, la mayoría transmitidas a través de antiguas familias de comerciantes, no de la nobleza.

Lady Evangeline debería casarse con alguien de *su* rango. Alguien digno de su nombre y posición.

¿Como tú?

Ignoró ese pensamiento y ocultó su irritación con una sonrisa.

—No he estado en Richmond desde que era niño. Agradecería la oportunidad de salir a cabalgar de nuevo. Gracias.

—El señor Fournier dice que su cocinero está preparando una selección de manjares para que probemos. ¿Ha estado alguna vez en Francia, Lord St. George?

—Pasé brevemente. Estuve un día o dos en París. Una gran ciudad, al igual que Londres.

—Me encantaría ir algún día —dijo Lady Evangeline con añoranza.

Ezra notó la mirada soñadora en sus ojos y entendió su anhelo. La mayoría de las mujeres en su sociedad raramente tenían tales aventuras, a menos que sus maridos fueran del tipo que las fomentara.

—Quizás veas París antes de lo que piensas —dijo la duquesa intencionadamente.

Ezra controló su expresión, aunque Lady Evangeline se sonrojó delicadamente y bajó la mirada hacia su taza de té.

—Partiremos mañana a las diez para llegar al parque a tiempo para el almuerzo —continuó la duquesa—. Enviaremos a nuestros

sirvientes por adelantado para prepararlo todo. Podéis traer un carruaje o montar, lo que prefiráis.

—Iré a caballo, pero traeré un carruaje por si el tiempo cambia —dijo él.

Disfrutaron de su té de la tarde y hablaron de sus planes para el día siguiente. Ezra no pudo evitar deleitarse con la imagen de Lady Evangeline cada vez que la miraba. No pudo evitar el tira y afloja que se libraba dentro de él, pensando que quizás estaba siendo un necio al no permitirse cortejarla. Estar cerca de ella y ver si eran compatibles. La amenaza de que alguien pudiera estar aún tratando de acabar con su mundo era mínima. Su identidad había sido alto secreto, y pocos sabían quién era realmente. Seguramente ya se habrían manifestado si aún estuviera en peligro.

Ravensmere se puso de pie.

—¿Le apetece un vaso de whisky antes de marcharse, St. George? Hay algo que me gustaría comentarle, si tiene un momento.

—Por supuesto.

Ezra se levantó e hizo una reverencia a las damas.

—Buenas tardes. Os veré mañana a las diez.

Su mirada se deslizó hacia Lady Evangeline, que ya le estaba observando. Tragó con dificultad mientras el calor se encendía en lo bajo de su vientre.

Luego se giró y siguió al duque a su despacho.

Ravensmere sirvió un whisky para cada uno, y después hizo un gesto a Ezra para que tomara asiento frente a la chimenea.

—Quería preguntarle qué sabe del señor Fournier. Es nuevo en Londres —rico y aparentemente conveniente—, pero no puedo averiguar mucho sobre su pasado. Sin familia en Francia, sin conexiones destacables. Si Evangeline se encapricha con él, me

preocupa estar enviándola al extranjero con un desconocido. Y no me gusta lo desconocido.

—No sé nada del hombre más allá de lo que ya has mencionado. Pero puedo indagar, si es lo que me estás pidiendo.

El duque se movió incómodo en su asiento, pero Ezra lo entendió. Él haría lo mismo si se tratara de su hermana.

—No te lo pediría en caso contrario. Pero si Evangeline juzga mal su carácter, y esto acaba mal... Rosalind nunca se lo perdonaría.

—Entiendo. Veré qué puedo averiguar. Estoy seguro de que todo irá bien.

Ravensmere levantó su vaso.

—Eso espero.

Ezra, sin embargo, no lo esperaba.

Capítulo

Once

El paseo hasta Richmond era una forma agradable de pasar una hora más o menos, especialmente en compañía de Rosalind, mientras el duque cabalgaba junto a Lord St. George y el señor Fournier.

Por mucho que Evangeline intentara evitarlo, no podía dejar de mirar continuamente por la ventanilla del carruaje, aparentemente para admirar el campo, pero en realidad, para admirar la imagen de Lord St. George riendo y hablando con el duque.

Nunca le había visto tan relajado o a gusto. No es que le conociera desde hace mucho, pero siempre parecía severo, perdido en sus pensamientos, como si estuviera agobiado por una pesada carga.

Estaba, por supuesto, la persona que había perdido. Ese tipo de dolor no se desvanece rápidamente. Así que le complacía ver que, al menos por hoy, parecía contento, incluso feliz.

El señor Fournier, por otro lado, cabalgaba junto a ellos pero parecía estar lejos de sentirse a gusto con su suerte en la vida. De hecho, parecía bastante malhumorado. Si era debido a tener que montar a caballo más tiempo del que prefería, o a verse obligado a conversar con Ravensmere y Lord St. George, Evangeline no podía

decirlo. Pero incluso desde su asiento, podía ver a Ravensmere y al conde esforzándose por incluirle en la conversación.

El señor Fournier no parecía mostrar el más mínimo interés.

Evangeline frunció el ceño, preguntándose por su humor hosco. Después de todo, *él* les había invitado a este picnic. Quizás se arrepentía de haber extendido la invitación y ahora estaba enfadado por ello.

Pero eso sería absurdo y tendría poco sentido.

Ella también tenía su caballo atado a la parte trasera del carruaje, junto con el de su hermana, para poder montar después del almuerzo. No había nada inusual ni impropio en sus disposiciones.

Suspiró y se recostó en los cojines, volviendo su mirada, casi involuntariamente, a Lord St. George. Observó cómo se sentaba en la silla, relajado pero erguido, con un porte imponente. Tenía una postura particularmente elegante, y la forma en que sus muslos se flexionaban con cada movimiento del caballo no hacía más que aumentar su aprecio por la vista.

Rosalind sonrió y se inclinó para mirar por la ventana.

—Te pillará mirando su... ¿cómo podría expresarlo con delicadeza? *montura*, y entonces te pondrás roja como la remolacha.

Evangeline se rio y se cubrió la boca con la mano. —¿Estamos hablando de los caballos, hermana, o de algo completamente distinto?

Su hermana movió las cejas sugestivamente pero no respondió. Simplemente se recostó con una sonrisa satisfecha. —Debo preguntar —continuó—, porque si no lo hiciera, no estaría cumpliendo con mi deber de hermana. ¿Tienes puestas tus miras en el señor Fournier? ¿O en otro caballero que cabalga junto a nosotras en este mismo momento?

—No estoy interesada en Ravensmere.

Rosalind resopló y se dio una palmada en la rodilla fingiendo ofensa. —Sé que no estás interesada en *mi* marido. Pero hay otros dos caballeros ahí fuera. Uno, sabemos, está interesado. El otro, sospecho, cree que no lo está, pero lo está, aunque aún no se dé cuenta.

—No voy a mentir —admitió Evangeline—. Encuentro a Lord St. George muy intrigante. Que Ravensmere piense bien de él juega a su favor. Pero no creo que esté buscando esposa, al menos no este año. Así que sería una tonta si pasara por alto las muchas y grandes cualidades del señor Fournier.

—Por supuesto. Sería absurdo ignorar un buen prospecto. Pero sabemos muy poco sobre el señor Fournier. Hasta que no haya demostrado ser de buen carácter...

Evangeline frunció el ceño. —¿Qué estás diciendo, Rosalind? Todo el mundo dice que es rico. Un caballero de una buena familia francesa. ¿Qué sabes tú que yo no sepa?

Los labios de su hermana se tensaron en una línea firme y preocupada. —Hemos *oído* esas cosas, sí. Pero nadie puede confirmarlas con certeza. Y hasta que puedan hacerlo, te aconsejo cautela. No permitas que el señor Fournier, ni Lord St. George, por cierto, te persuadan para formar vínculos prematuramente.

—¿Sospechas que el señor Fournier sea un fraude? ¿Que está aquí en Londres, con los bolsillos vacíos, buscando una esposa rica?

—No *sé* que eso sea cierto —respondió Rosalind—. Pero sé que Ravensmere está investigando sus antecedentes para asegurarse de que no cometas un error que no podamos deshacer.

Evangeline asintió, agradecida por su protección. —Casarse con un hombre así significaría vivir en Francia. Sin familia cerca... si las cosas no salen bien...

—Exactamente.

—No mostraré más interés del que debo —dijo Evangeline—. La temporada acaba de empezar. Y me aseguraré, mediante acciones si no con palabras, de que el señor Fournier entienda que no he elegido a nadie. Ni siquiera puede que lo haga este año. —Hizo una pausa, su mirada volviendo a St. George y a la forma en que subía y bajaba en su silla—. Sé que no tienes preocupaciones respecto a Lord St. George, aunque le hayas incluido en tu consejo.

Rosalind cogió el libro que tenía a su lado y lo abrió con estudiada indiferencia. —No quería parecer injusta con el señor Fournier. Pero sí, solo es *él* con quien Ravensmere es cauteloso. Creo que, si Lord St. George pidiera tu mano, mi marido te haría caminar hacia el altar mañana mismo.

La idea no era en absoluto aborrecible.

De hecho, era todo lo contrario.

—No haré nada que pueda decepcionarte —prometió Evangeline —. Ni que me lleve a un matrimonio del que me arrepienta. Elegiré con prudencia, tal como lo hiciste tú. Y encontraré un marido que me ame tanto como Ravensmere te adora a ti.

Un rubor coloreó las mejillas de Rosalind, y sonrió hacia su libro, sin responder.

—Hermana... —vaciló Evangeline.

—¿Sí? —Rosalind bajó el libro a su regazo.

—Quiero preguntarte algo. Ha estado en mi mente desde que conocí a Lord St. George.

Su hermana inclinó la cabeza, esperando.

—Si me enamorara de un caballero, y si estuviéramos comprometidos o se esperara que lo estuviéramos pronto, ¿es... aceptable que una pareja comprometida comparta un beso?

Se sentía ridícula haciendo la pregunta. Pero la verdad era que *deseaba* su primer beso. Lo anhelaba. Y la idea de que Lord St. George pudiera ser quien lo otorgara hacía que su corazón aleteara con anticipación.

Rosalind la miró parpadeando, luego miró por la ventana de nuevo, hacia el duque. —Admitiré —dijo lentamente—, que besé a Ravensmere antes de que estuviéramos oficialmente comprometidos. Un lapso de juicio, quizás, pero no uno del que me arrepienta.

Evangeline se inclinó más cerca. —Entonces...¿?

—Si estás enamorada del caballero —dijo Rosalind—, y crees que será tu futuro esposo, no creo que un beso robado, siempre que nadie lo sepa, pueda hacer daño.

Sonrió.

—Pero *no le digas* a Ravensmere que he dicho tales cosas. Me regañará por animarte a ser atrevida.

—Pero si actúo con atrevimiento, siempre puedo decir que tú y Ravensmere hicisteis lo mismo.

Rosalind soltó una risa entrecortada. —Cierto. Pero aun así se sentiría mortificado. Quiere que hagas un buen matrimonio por *amor*, y odiaría que un escándalo arruinara esa oportunidad.

—Seré cuidadosa. No besaré a nadie a menos que esté segura de que una propuesta está por llegar, o ya estemos comprometidos. —Vaciló, y luego añadió suavemente—. ¿Disfrutas besando a Ravensmere?

Una expresión reservada, casi tímida, cruzó el rostro de Rosalind antes de que la enmascarara. —Cuando besas a un hombre que amas, no hay nada más dulce. Te gustará muchísimo.

Evangeline apoyó la sien contra el cristal de la ventana y miró hacia fuera. Sus ojos encontraron al caballero del que ya estaba

demasiado encaprichada: el lord de cabello oscuro y reservado al que anhelaba conocer mejor.

Si tan solo estuviera abierto a cortejar a una dama este año.

Qué pena que no lo estuviera.

Quizás ella también necesitaría una segunda temporada.

Y esperar con esperanza...

Por él.

Capítulo

Doce

Ezra toleró al señor Fournier durante el trayecto hasta Richmond, pero el francés no ocultó su fastidio por la invitación que el duque y la duquesa habían extendido a otros para la excursión.

Si el caballero hubiera manifestado claramente que el picnic debía ser una reunión de cuatro personas, seguramente se lo habría dicho al duque. Ezra no podía imaginar a Ravensmere contraviniendo los deseos expresos de otro hombre.

Llegaron a Richmond, y Ezra se alegró de que finalmente hubiera otras personas con quienes hablar, concretamente Lady Evangeline. Su compañía siempre era bienvenida.

No es que pretendiera cortejar a la jovencita ni hacer nada de lo que se esperaba de un caballero durante la temporada, pero disfrutaba de su presencia. Y como era la cuñada de Ravensmere, siempre habría una asociación natural entre ellos. Sospechaba que podrían ser amigos de por vida, algo de lo que andaba escaso, habiendo vivido en el extranjero durante tanto tiempo.

La duquesa y Lady Evangeline descendieron del carruaje, y Ezra se encontró incapaz de apartar la mirada mientras ella se acercaba a su caballo, un castrado de dieciséis palmos atado en la parte trasera. Acarició suavemente su hocico y le dio un beso en el morro.

La piel de Ezra se erizó.

Dio un respingo cuando Ravensmere le palmeó la espalda.

—¿Le apetece un vino, St. George? Yo estoy sediento.

—Sí, gracias.

Se unió al pequeño grupo en la mesa dispuesta con varias sillas traídas desde Londres. El señor Fournier, sin embargo, renunció a sentarse —al menos a su lado— y se dirigió directamente hacia Lady Evangeline, que aún conversaba con el mozo de cuadra.

Ezra los observó, poco impresionado. No veía el atractivo del quejumbroso francés. Y nada durante la última hora, soportando comentarios maliciosos dirigidos a él, había cambiado su opinión.

Aceleraría sus indagaciones una vez regresaran a Londres e informaría a Ravensmere. No es que esperara descubrir nada escandaloso —Fournier parecía bastante inofensivo—, pero Ezra seguía encontrándole como un mosquito molesto bajo el pie.

—Parece usted preocupado por Lady Evangeline, St. George —dijo Ravensmere—. No ha dejado de observarla desde que nos sentamos.

Ezra miró a los ojos del duque e intentó controlar su expresión, pero la sonrisa de conocimiento en el rostro de Ravensmere le indicó que había fracasado miserablemente. —En absoluto. Solo pensaba que el señor Fournier no es muy discreto cuando está molesto. —Se inclinó hacia delante—. Creo que no quería que yo estuviera aquí.

—Yo tampoco creo que lo quisiera —respondió el duque, sin preocuparse—. Pero, por desgracia, nunca mencionó que no pudiera invitar a otros.

Ambos miraron en dirección a Lady Evangeline y el señor Fournier.

—Creo que va a proponerle matrimonio —murmuró Ravensmere —. ¿Cuánto tiempo cree que tardará en recibir respuesta del

Ministerio de Asuntos Exteriores sobre él?

—Redactaré la carta mañana. Con suerte, debería tener noticias dentro de un mes.

El duque hizo una mueca. —Eso es mucho tiempo en sociedad.

—Lo es —coincidió Ezra—, pero es lo esperado. No me preocuparía a menos que el hombre se declare o que Lady Evangeline manifieste su deseo de aceptar. —Ezra se estremeció interiormente ante la idea de que una mujer como ella se casara con un hombre así. Fournier no estaba a su altura. Ni en carácter, ni en ingenio, ni en rango. Y ciertamente tampoco en lo que una mujer debería sentir por el hombre con quien planea casarse.

—Venga, Lady Evangeline —llamó Fournier—. Vamos a dar un paseo. Ha estado encerrada en el carruaje demasiado tiempo.

Ezra observó cómo el francés agarraba su brazo y la alejaba del caballo.

Apretó la mandíbula.

El gesto fue demasiado firme, demasiado presuntuoso. Aunque Lady Evangeline le hubiera seguido voluntariamente, la manera en que la había tirado hacia adelante irritó los nervios de Ezra.

No le importaba si Fournier era tan adinerado como afirmaba o si simplemente estaba aquí para conseguir una esposa rica. Una cosa estaba clara: *no* era el hombre para Lady Evangeline. Y si Ezra no hacía nada más esta temporada, se aseguraría de que no se produjera ningún compromiso entre ellos.

—Su Gracia, ¿le gustaría acompañar al señor Fournier y a Lady Evangeline mientras se sirve el almuerzo? —preguntó Ezra, poniéndose de pie y ofreciendo su brazo a la duquesa.

Ella sonrió y deslizó su mano en el hueco de su codo. —Gracias. Me convendrá mucho.

Siguieron a la pareja a cierta distancia. Lady Evangeline nunca se alejó demasiado, pero aun así, Ezra notó cómo el señor Fournier miraba repetidamente por encima del hombro, claramente irritado por su presencia.

¿Acaso el hombre no sabía que no podía simplemente desaparecer entre los árboles con una debutante para su propia diversión?

El sinvergüenza.

—¿Está disfrutando de su regreso a Londres, milord? —preguntó la duquesa—. Evangeline habla muy bien de usted. Estamos muy contentos de tenerle de vuelta. El duque especialmente aprecia tener a su amigo más cercano en la ciudad.

—Ha sido agradable hasta ahora, Su Gracia. Creo que me he instalado bastante bien. Mi madre está, por supuesto, tan complacida como el duque. —Rió entre dientes—. De hecho, el baile de los Wilcox es mañana por la noche, y creo que asistirá todo el que sea alguien.

—Oh, sí, el baile de máscaras. Lo esperamos con ilusión. Ni Evangeline ni yo hemos asistido nunca a uno. Nos hicieron vestidos especialmente para la ocasión.

Sonrió, y los ojos de Ezra volvieron a posarse en Lady Evangeline. Las hermanas eran tan parecidas en apariencia que resultaba increíble. Sin embargo, solo una le agitaba la sangre. Frunció el ceño, molesto no solo con Fournier, sino consigo mismo, por obsesionarse un tanto con la presencia de Lady Evangeline.

Alcanzaron a la pareja cerca de un bosquecillo donde pastaba un pequeño grupo de ciervos. Lady Evangeline señaló a un cervatillo que mamaba del costado de su madre.

—Qué hermosos son —murmuró ella.

—Son amistosos, ¿no es así? —dijo Fournier, antes de adentrarse entre los árboles.

La mayoría de los ciervos huyeron, saltando alarmados. Todos menos uno: un corpulento venado con grandes astas que mantuvo su posición.

La columna de Ezra se tensó.

—Creo que debería regresar, señor Fournier —advirtió—. Ese venado no parece complacido.

—No, todo irá bien —respondió Fournier—. Veré cuánto puedo acercarme.

Ezra se movió para ponerse protectoramente delante de la duquesa y Lady Evangeline, por si acaso. Antes de que pudiera decir otra palabra, el venado hizo exactamente lo temido.

Embistió.

Fournier intentó esquivarlo, pero no fue lo suficientemente rápido. El animal le atravesó el muslo con sus astas antes de retroceder y saltar tras los otros hacia el bosque.

—¡Señor Fournier! —gritó la duquesa, corriendo hacia adelante.

El francés se retorcía en el suelo, agarrándose la pierna y gritando una sarta de blasfemias que ninguna dama debería oír jamás.

Ezra se arrodilló junto a él, evaluó el daño y presionó firmemente su mano contra la herida. El sangrado no era excesivo —lo cual era una buena señal—, pero la herida era profunda.

—Lady Evangeline —dijo con firmeza, captando su atención—, desate mi corbatín y pásemelo. Necesito envolver su pierna.

Ella se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos por la conmoción.

—Evangeline. —Habló más firmemente esta vez—. Mi corbatín. Por favor.

Ella parpadeó, finalmente registrando sus palabras, y se arrodilló a su lado. Sus dedos temblaban mientras alcanzaba su pañuelo de cuello.

Estaba tan cerca que podía sentir su aliento contra su piel.

Incluso ahora —en un momento totalmente inapropiado— no podía evitar maravillarse ante su belleza. Una parte de él, en lo más profundo, susurraba que quizás *Luisa* había regresado a él de alguna manera extraña e imposible.

Ella forcejeó con el nudo, con el labio atrapado entre los dientes. —Lo siento, milord. Nunca he desatado el corbatín de un hombre antes. No soy la más rápida.

Él gimió interiormente, aunque no enteramente de dolor. *Dios me ayude. Que nunca desate el corbatín de otro hombre que no sea yo.*

¿Ahora quién es el sinvergüenza?

—¡Me estoy muriendo! ¡Me estoy muriendo! —gritaba Fournier.

—Usted *no* se está muriendo —murmuró Ezra, envolviendo firmemente el corbatín alrededor de la pierna herida—. Pero en el futuro, quizás debería abstenerse de intentar acariciar animales salvajes.

Fournier gimió y luego se desplomó sobre la hierba.

—¡Oh no! ¡Está muerto! —exclamó la duquesa.

—No está muerto, Su Gracia. —Ezra sonrió con ironía—. Se ha desmayado.

Capítulo

Trece

—¿Cree que sobrevivirá? —preguntó Lady Evangeline a Lord St. George, que estaba de pie junto a ella mientras el carruaje ducal se dirigía a toda velocidad de vuelta a Londres.

—Estará perfectamente bien, si no intenta acariciar más animales salvajes con astas del tamaño de espadas.

Por terrible que fuera, las palabras de su señoría la hicieron reír disimuladamente, y se mordió el labio para reprimir su risa ante la comedia de errores que había ocurrido. Se volvió para mirar los restos de su picnic arruinado, que ahora estaban siendo recogidos por los sirvientes.

—Tanto para nuestra excursión, milord. Ha sido completamente arruinada.

—Todavía podemos dar un paseo a caballo, si lo desea, antes de regresar a Londres. Hay sirvientes presentes, así que está bien acompañada.

—Creo que Rosalind se ha olvidado completamente del decoro con la lesión del señor Fournier. —Se dirigió hacia su caballo, ansiosa por estirar las piernas y explorar más el parque—. Venga, milord. Creo que un paseo es justo lo que necesitamos.

—No podría estar más de acuerdo —le susurró al oído mientras pasaba junto a ella hacia su montura.

Un escalofrío de conciencia le recorrió la columna vertebral, y se armó de valor para mantenerse fuerte contra sus reacciones hacia este hombre. No se derretiría ante el caballero, por muy desesperadamente que lo deseara. Era tan devastadoramente apuesto y amable. Y su trasero lucía demasiado firme en esos pantalones de ante cuando se montó en su caballo.

Intentó apartar la imagen que se formaba en su mente. ¿Cómo se vería sin toda esa ropa? Se rio de sí misma. La idea de ver alguna vez a un hombre así era casi demasiado cómica para considerarla. Y, sin embargo, algún día tal visión se convertiría en su realidad.

Se casaría. Se acostaría con su marido.

Y estarían desnudos. Presumiblemente.

El joven mozo que sostenía las riendas de su caballo la ayudó a subir a un árbol caído que sirvió como estribo. —Gracias —dijo, dirigiendo su caballo hacia el conde—. ¿Vamos por aquí, milord?

—Le haré una carrera hasta aquel gran roble en la distancia.

La emoción floreció en su pecho. Asintió. —¡Ya! —gritó, espoleando a su montura a un trote que rápidamente se convirtió en galope. El aire azotaba sus mejillas, y sintió que su cabello se soltaba alrededor de sus hombros. El retumbar de los cascos resonaba por el campo, y podía oír al conde aproximándose rápidamente detrás de ella. No pasó mucho tiempo antes de que la adelantara, riendo mientras pasaba.

Ella siguió adelante, decidida a ganar, pero a medida que se acercaban al antiguo roble, aceptó lo inevitable. Había sido derrotada.

Lord St. George detuvo su montura, con una amplia sonrisa en su apuesto rostro y el cabello despeinado. Si antes lo encontraba

guapo, ahora era absolutamente letal. —Mejor suerte la próxima vez, milady. Me temo que hoy, al menos, yo soy el vencedor.

Ella acercó su montura junto a la de él y, sin pensar, le dio un ligero golpe en la rodilla con su fusta.

—¡Ay! —exclamó él, frotándose el lugar—. Eso dolió.

—Eso fue por presumir. —Ella se acercó y le frotó la pierna donde le había golpeado, solo para darse cuenta de lo que estaba haciendo. Levantó la mirada y se encontró con sus ojos y el hambre en ellos le robó el aliento. Evangeline retiró su mano y se ocupó con las riendas—. Así que usted es el ganador —dijo, intentando disipar el aire repentinamente cargado entre ellos—. ¿Qué desea como premio? Supongo que querrá uno, ¿no?

Él la miró fijamente, y ella no pudo evitar preguntarse qué estaría pensando. ¿Sería lo mismo que ella? ¿Que este momento, esta oportunidad, podría terminar con ella recibiendo su primer beso?

No creía que fuera tan osado. Pero una dama podía tener esperanzas. Seguramente no había interpretado mal el hambre en sus ojos azules. Desde que conoció a su señoría, cada vez que imaginaba algo remotamente romántico con el sexo opuesto, era el rostro de Lord St. George el que aparecía. No podía imaginar a otro hombre besándola, por mucho que intentara visualizar la situación.

Él se frotó la mandíbula, con media sonrisa tirando de sus labios. —Lo que quiero, Lady Evangeline, es un precio demasiado alto. Incluso para usted.

—¿Desea una suma monetaria por su victoria?

Él se rio, de manera fuerte y despreocupada, antes de negar con la cabeza. —No, nada de eso. Hablo de otras ofrendas celebratorias, unas que son demasiado costosas para pagar. —Extendió la mano y levantó su barbilla, su dedo rozando su piel antes de retirar la mano.

—Dígame lo que quiere, y yo decidiré si es un precio demasiado alto. —Ignoró el hecho de que la había tocado de nuevo después de que ella le dijera que no lo hiciera. No es que no quisiera que la tocara, de hecho lo deseaba desesperadamente, pero no debería hacerlo. No si no quería terminar casado con ella.

—No. —La palabra fue definitiva. Inquebrantable.

Ella entrecerró los ojos, inquieta por su negativa. —Exijo saber su precio, señor.

—No acordamos ninguna apuesta antes de nuestra carrera. Usted no me debe nada, Lady Evangeline.

Esa respuesta no le satisfacía en absoluto. —No hace falta decir que cada carrera tiene un ganador, y el perdedor debe pagar un precio. Es lo que se acostumbra.

—Hoy no. No en esta carrera.

Él volvió su montura hacia el carruaje. En la distancia, podía ver a los sirvientes esperando, con sus preparativos terminados desde hacía tiempo. Un profundo retumbar de truenos resonó por las colinas y Evangeline miró detrás de ella y vio nubes de tormenta acumulándose, con la cortina de lluvia avanzando hacia ellos desde el sur.

—Creo que nos vamos a mojar —dijo Lord St. George—. Venga. Regresemos al carruaje antes de que la lluvia nos alcance. No soy particularmente aficionado a empaparme.

—Ni yo. Especialmente después de lo que ocurrió la última vez que mi vestido se empapó. —No sabía por qué había mencionado aquello, el momento más vergonzoso de su vida. Ni siquiera podía mirarlo a la cara, aunque podía sentir el peso de su mirada contra su mejilla.

Galoparon de vuelta al carruaje y llegaron al vehículo justo a tiempo antes de que los cielos se abrieran. Ataron rápidamente sus

caballos a la parte trasera del carruaje y ordenaron a los sirvientes que regresaran a casa, antes de subir al interior mientras las primeras gruesas gotas de lluvia comenzaban a caer.

Siguieron ráfagas de viento, enviando hojas que se deslizaban por el camino, y lo que una vez había sido un día soleado ahora se volvía oscuro y amenazador.

—¿De dónde ha salido esta tormenta? —exclamó Evangeline, tirando de sus faldas hacia abajo después de que el viento las hubiera levantado por encima de sus tobillos. Estaba húmeda pero no empapada, a diferencia de los pobres sirvientes que ahora estaban expuestos a toda la fuerza de la tormenta.

El carruaje avanzó, y riachuelos de agua corrían por las ventanas, desdibujando la vista.

—Esta lluvia hará que los caminos sean resbaladizos —dijo St. George—. Será un viaje lento de regreso a la ciudad.

—¿Cree que llegaremos a Londres antes del anochecer?

—Eso espero. A menos que nos quedemos atascados.

Evangeline se recostó en los cojines y dejó que el movimiento del carruaje la calmara. Con cada vuelta de rueda, estaban más cerca de casa.

Miró hacia Lord St. George y lo encontró observándola. En el momento en que sus ojos se encontraron, él se volvió hacia la ventana, aunque no había nada que ver.

Él pasó una mano por su cabello húmedo, y algo en ese gesto hizo que su estómago revoloteara. Parecía... desaliñado. Como si acabara de emerger de alguna aventura escandalosa.

—Solo puedo suponer, basándome en su salida con el señor Fournier hoy, que él es uno de sus principales admiradores —dijo Lord St. George—. ¿Debo felicitarla por un próximo compromiso?

Evangeline dudó. Sabía que no debería discutir tales asuntos con él, y sin embargo... era el amigo más querido de su cuñado. Y había demostrado ser un caballero en todos los aspectos.

Tristemente...

—No lo creo, milord. He tenido dudas durante algún tiempo, pero después de hoy, después de ver lo mal que manejó una crisis, ya no lo encuentro tan atractivo como antes.

—Me sorprende que no se desmayara junto con el señor Fournier. Su hermana no parece poseer la misma constitución robusta que usted, Lady Evangeline.

—No, no la posee. Pero yo siempre he sido demasiado audaz, demasiado ansiosa por experimentar cosas nuevas. Supongo que, al hacerlo, me he raspado la rodilla más veces que cualquiera de mis hermanas.

—¿Tiene cicatrices, entonces, milady?

—Oh, sí. Muchas. —Sin pensarlo, Evangeline levantó su vestido y se bajó la media por debajo de la rodilla—. ¿Ve esto de aquí? Estaba persiguiendo a una mariposa por los jardines de casa. Pensé que era exótica, pero resultó ser una especie común, de alas marrones. Tropecé y caí sobre una roca. Sangré terriblemente. Si el señor Fournier lo hubiera visto, se habría desmayado al instante.

Lord St. George se inclinó hacia delante y le subió suavemente la media por encima de la rodilla. Su mano sin guante estaba cálida, pero un poco áspera y la sensación de su tacto en su piel era diferente a todo lo que había experimentado antes. Se agarró el pecho, segura de que su corazón había dejado de latir. Sus ojos se encontraron con los de ella antes de que él bajara su vestido de nuevo sobre sus rodillas.

Todo en ella se quedó inmóvil.

Su respiración se detuvo. Su pulso se aceleró.

Se aferró a los cojines, desesperada por evitar lanzarse a su regazo como una descarada. Un toque más, solo uno, y temía que olvidaría por completo el decoro.

Y eso nunca sería apropiado.

Capítulo

Catorce

Maldición. Maldición. Maldición. *¡Suelta la media de seda de Lady Evangeline, canalla! Y ya de paso, suelta su vestido.*

Pero no podía.

Algo se había apoderado de él —el irresistible impulso de corregir aquel ridículo descuido— y la visión de su rodilla, su esbelto muslo y aquellos tobillos perfectos casi le había hecho gemir. Por poco cae de rodillas para suplicarle que le diera algo —cualquier cosa— que aliviara el dolor que le consumía por dentro.

Esto solo demostraba lo que ya sabía. Debería haber ido a Covent Garden e indulgido en una pequeña distracción nocturna antes de unirse a un picnic con una mujer tan hermosa, tan seductora y tan inteligente.

Podía sentir sus ojos sobre él. Y si la miraba, si encontraba su mirada, sabía exactamente lo que ocurriría.

No. Eso no era cierto. Sabía lo que ocurriría —y no podía permitirlo. No con Lady Evangeline. No con la cuñada de su amigo, una mujer confiada a su cuidado.

Pero ella no estaba a salvo. Demonios, *él* no estaba a salvo.

Ninguno de los dos estaba a salvo en ese momento, y algo cálido y primitivo dentro de él lo sabía.

—Aquí estoy, tocándola de nuevo inapropiadamente. Le pido disculpas, mi señora —dijo, manteniendo la mirada fija en una ventana por la que no podía ver el exterior.

—Se disculpa mucho, milord. ¿Es un hábito suyo?

Su tono burlón le dio esperanza —la esperanza de que quizás ella no lo considerara más que un amigo corrigiendo un desliz en su decoro.

Pero en el momento en que la miró, se dio cuenta de su error.

Aunque hubiera hablado en broma, sus ojos ardían —con necesidad, con expectativa, con esperanza.

¿Deseaba que la tocara?

Dios mío, *él* deseaba tocarla. Casi desde el momento en que se conocieron. Una vez, pensó que era porque le recordaba a...

Pero ahora... Ahora no estaba tan seguro de que su deseo surgiera del pasado.

Ella era muy diferente. Sí, se parecía a Luisa, pero ahí terminaba el parecido. En algún momento, había comenzado a verla como una persona única, lo que, por supuesto, debería haber hecho desde el principio.

Pero no podía permitirse esa libertad.

Acababa de retirarse de su trabajo en la Oficina de Asuntos Exteriores. ¿Quién sabía quién podría estar vigilándolo todavía? ¿Quién podría conocer su identidad después de lo sucedido en Italia?

Estar cerca de él en cualquier capacidad romántica podría ser peligroso. No pondría a Lady Evangeline en peligro.

Pero Dios santo, deseaba probar sus labios.

—Parece ser un hábito cuando estoy cerca de usted —admitió, dejando escapar la verdad antes de poder detenerla.

—¿De verdad? —dijo ella, con voz baja, un filo seductor afilando cada sílaba—. Le resulta difícil no tocarme. —Hizo una pausa—. Interesante.

—¿Es interesante o ilógico?

Una pequeña sonrisa conocedora curvó sus labios. —Creo que es ambas cosas.

—No sé qué está pasando aquí, Lady Evangeline, pero sé que debe detenerse. No puedo prometerle nada. No sé cuándo —*si*— estaré listo para ofrecer más.

Ella se mordió el labio, luego se volvió para seguir con el dedo una gota de lluvia que se deslizaba por el cristal de la ventana. —¿Cómo sabrá que no puede ofrecer más... si nunca lo intenta? —Se volvió hacia él—. Podría ser su alma gemela, milord.

Que Dios le ayudara. ¿Cómo podía decirle que no lo era? ¿Que había enterrado a su alma gemela en una tumba extranjera y la había dejado atrás en Italia?

Y sin embargo... Tampoco podía descartar de plano las palabras de Evangeline.

La favorecía. Ella ocupaba sus pensamientos con demasiada frecuencia. La *deseaba*. Ardía por ella. Incluso ahora.

—Y —dijo ella con aire despreocupado—, si me descarta sin más, no me quedará otra opción que casarme con otro. Entonces habrá perdido la oportunidad de saberlo. Me convertiré en un *qué pasaría si*, posiblemente en un arrepentimiento. Siempre se preguntará si debería haberme cortejado cuando tuvo la oportunidad.

—No soy para usted, Lady Evangeline. Confíe en mí cuando le digo que me mantengo alejado por su propio bien.

—¿*Mantenerse* alejado? —dijo ella, sonriendo—. Habla como si fuera a ultrajarme si yo dijera que lo deseo.

Ezra no dijo nada. Hablar sería confesarlo todo. Pero no creía que ella ignorara sus pensamientos. Podía verlo, tan claramente como él lo sentía.

Incluso con todas sus advertencias, incluso sabiendo el peligro que podría traer, la deseaba. Demasiado.

—Le vendría bien un buen ultraje —dijo con aspereza—, pero, desafortunadamente, no seré yo quien le dé lo que necesita. Ese placer es para su futuro marido.

—¿Entonces *no* desea ultrajarme? —preguntó ella, suavizando la voz—. ¿No soy lo que usted —u otros hombres— consideran... digna de ser ultrajada?

¿Digna de ser ultrajada?

¿Era eso siquiera una expresión? Si ella supiera las imágenes que atormentaban su mente. Su miembro le dolía, duro e implacable. Sus músculos se tensaban por el esfuerzo de no moverse —*no* tomarla en sus brazos y besarla hasta que ninguno recordara quién era. Levantar sus suaves faldas de muselina y deslizar sus dedos en su calidez... Hacerla estremecerse entre sus brazos.

Rechinó los dientes. —Es *muy* digna de ser ultrajada, Lady Evangeline. Nunca dude de su atractivo.

—Me he preguntado, después de haber estado tanto tiempo en el campo... quizás mi temporada no tenga éxito. Tal vez he esperado demasiado. Una solterona en ciernes.

—Está lejos de ser una solterona —dijo él, con voz ronca—. Si no fuera un caballero, me sentaría a su lado y le mostraría *exactamente* lo equivocada que está.

Ella sonrió, como si no le creyera del todo. Y eso lo destrozó. Quería demostrarle que estaba equivocada. Quería destrozar cada gramo de duda que albergaba sobre su valía.

No la beses solo porque te recuerda a quien perdiste.

Apartó ese pensamiento. Cuanto más conocía a Evangeline, más distintas se volvían esas diferencias.

Y maldita sea, *él* también era diferente.

—Es usted muy amable, milord —dijo ella tras una pausa—. Y si fuera ingenua, le creería.

Volvió la mirada hacia la ventana y, con ello, la conversación pareció cerrarse.

Pero Ezra no podía dejar que terminara así.

Durante varios minutos, permanecieron en silencio, con el rumor de las ruedas del carruaje como único sonido. Su perfil estaba sereno... pero algo la inquietaba. Preocupación, quizás. Duda. Decepción.

Se inclinó hacia delante y tomó suavemente sus manos.

—Evangeline —dijo en voz baja—, míreme.

Ella no se movió.

—Por favor.

Lentamente —de manera exasperante— se volvió hacia él.

—¿Sí? —dijo, observándolo con un destello de inquietud.

Tomó aire para calmarse. —Voy a besarla. Aquí y ahora. Solo un beso amistoso, para que experimente cómo será cuando su perfecto marido la encuentre.

—No quiero hacerle hacer nada que no desee hacer, milord —dijo ella suavemente—. No seré la caridad de nadie.

Él negó con la cabeza. —No la beso por caridad. —Su voz se volvió baja, seria—. De todo lo que ocurrirá aquí esta tarde... tenga eso por seguro.

Capítulo

Quince

Todo dentro de Evangeline se detuvo ante las palabras de Lord St. George. Quizás una pequeña parte de ella le había hecho sentir culpable para que la besara, pero ahora, sentada frente a él, viéndole mirarla con tal hambre que le robaba el juicio, por no mencionar el aliento, no podía arrepentirse de sus acciones.

Y nadie le estaba forzando, tal como él afirmaba, tenía que creer que era cierto. Que quería besarla por sus propios deseos y necesidades y nada más.

Devoró con la mirada su mandíbula cincelada, sus adorables labios de aspecto suave, y las cejas perfectas que se asentaban sobre ojos almendrados del azul más oscuro. Quería alcanzarlo, pasar sus dedos por su pelo espeso y atraerlo hacia ella, besarlo tanto o tan poco como quisiera, cuando quisiera, durante el tiempo que quisiera.

Le deseaba, y no podía negarlo.

Aunque fuera un comportamiento escandaloso y fuera en contra de su promesa de no causar problemas a su hermana y al duque. Pero un beso en un carruaje mientras viajaban de regreso a Londres no podía hacerle daño a nadie. Nadie sabía lo que estaban haciendo dentro del vehículo. No habría escándalo, solamente placer.

—Vas a besarme... —Se mordió el labio, con nervios revoloteando en su estómago—. ¿Y si no sé qué hacer? ¿Y si lo hago mal?

—No harás nada mal. Verás que besar te resultará natural con el tiempo.

Le lanzó una mirada incrédula.

—Creería eso si besara a un caballero todos los días para practicar, pero no puedo hacer eso, así que puede que sea terrible besándote a ti y siga siendo terrible con mi futuro marido.

Él la acercó aún más, sus dedos grandes y cálidos calentando los de ella.

—Lo harás perfectamente, te lo prometo.

Ella asintió y observó, fascinada, cómo él se movía hacia ella. Hizo lo mismo, pensando que imitarle sería su mejor plan de acción, y afortunadamente eso parecía ser lo correcto.

—Relájate, Evangeline. Te gustarán mis besos, te lo prometo.

El sonido de su nombre en sus labios le provocó un escalofrío por la espalda y erizó su piel. Sus dedos se apretaron alrededor de los suyos cuando sus labios, tan suaves como había imaginado, rozaron los de ella.

Ella jadeó ante el primer contacto de un hombre en una caricia tan íntima. Lord St. George volvió a rozar su boca contra la suya, y Evangeline copió sus movimientos. Su aliento acariciaba sus labios y el hambre se acumulaba en su estómago con la necesidad de más.

El conde se apartó, y sus miradas se encontraron, y ella se preguntó qué estaba haciendo. ¿Había más en los besos que esa tentadora caricia que acababa de otorgarle? ¿Había terminado? Oh, por favor, que no fuera así.

—Maldición —susurró él, antes de que su mano agarrara su nuca y la besara.

Con fuerza.

Ya no hubo suaves roces de labios esta vez. No hubo una seducción lenta de la boca, tentando, guiando. Oh no. Su señoría la besó como si fuera su sustento vital, ordenándole que se rindiera a su superioridad y tomando más de lo que ella jamás hubiera imaginado posible.

Evangeline se aferró a las solapas de su abrigo, necesitando asegurarse, anclarse ante la tormenta de fuego que estalló dentro de ella. Su beso era todo lo que había esperado y más. Seductor y dulce a la vez. Su lengua tentó la suya, y tentativamente ella copió su movimiento, provocando un gemido de su señoría que fue directo entre sus piernas.

Las cerró, intentando aliviar el dolor que su arrebato había causado. Sus pezones se endurecieron, y la suave camisa de algodón hizo poco para disminuir la tensión que crecía dentro de ella.

—Dime tu nombre —logró jadear mientras su beso continuaba haciéndola perder el control.

—Ezra.

Le gustó su nombre, fuerte y poderoso como él.

—Bésame más, Ezra.

Él no necesitó persuasión. La besó de nuevo, sus dedos hundiéndose en su cabello, sujetándolo con la suficiente tensión como para inclinar su cabeza y guiarla a hacer lo que él deseaba. Siguió besándola por la garganta, los hombros, recorriendo con la punta de la lengua su omóplato.

Ella jadeó, nunca antes había estado en tal estado de agitación.

—Sí —gimió, incapaz de contener la súplica que se manifestó. Se aferró a él, saboreando la sensación de su boca contra su piel, tentando su carne. Él besó alrededor de su corpiño, prestando

descaradamente atención a la parte superior de sus pechos. Se mordió el labio, deseando que la tocara, por todas partes, pero incapaz de expresar sus deseos.

No podía ser tan atrevida o licenciosa, y sin embargo, justo en este momento, si él le pidiera más, no estaba segura de poder negarle nada.

—Hueles a jazmín y a pecado —respiró contra la parte superior de su pecho. Ella deslizó la mano en su pelo, agarrándolo mientras lo mantenía contra ella.

Quizás siempre había sido licenciosa, y no tenía sentido luchar contra los impulsos que ardían en su cuerpo. Todo tenía que ser normal para una mujer. No podía ser que algo que hacía sentir tan bien fuera un vicio.

Su señoría se movió y se arrodilló frente a ella. Su cambio de posición le colocó entre sus piernas, y estaba duro contra ella, su altura colocando sus ojos al nivel de los suyos.

—Te dije que no te besaba por lástima —Volvió a alcanzarla y ella se perdió. Perdida en un mundo de pasión y necesidad y deseando deleitarse en este dulce e intoxicante mundo para siempre.

Su boca tomó la suya en un beso abrasador que le robó el último atisbo de juicio. Se permitió caer, dejarse llevar y simplemente sentir todo lo que él le ofrecía.

—Ezra —gimió cuando su mano se deslizó por su cintura para abarcar la parte inferior de su pecho. El toque íntimo alivió un poco la necesidad que la abrumaba, pero aún no era suficiente.

Quería más.

—Debería parar. Esto ha ido demasiado lejos —Sin embargo, sus palabras eran lo opuesto a sus acciones. Su fuerte mano acariciaba su pecho, su pulgar e índice encontrando su pezón con una

experiencia sobre la que más tarde se preguntaría antes de apretarlo a través de su vestido.

Ella gimió, presionándose contra él, necesitando la satisfacción de su contacto. Él abandonó su boca, bajando por su cuello, su mano agarrando el corpiño de su vestido y deslizándolo hacia abajo.

El aire fresco besó su pecho expuesto y el calor besó sus mejillas. No miró, simplemente cerró los ojos y se permitió sentir todo lo que él le estaba haciendo. Su boca cálida cubrió su pezón, succionándola, su lengua azotando su carne sensible. Era demasiado, y la humedad se acumuló en su centro.

Lo deseaba tan desesperadamente.

Se aferró a él, atrayéndolo hacia ella, y él la presionó contra su asiento, su cuerpo anidado entre sus piernas, presionando y tentando su carne necesitada mientras su boca saboreaba su pecho.

—Esto es demasiado —logró decir, abrumada por lo que él le estaba haciendo sentir.

Él la acariciaba y besaba, y con su cuerpo presionando fuertemente contra el suyo, el calor la abrumó. Un placer como ningún otro que hubiera conocido pulsaba desde su centro hacia cada parte de su cuerpo. Evangeline se aferró a él, buscando la presión de su cuerpo mientras el placer recorría su sangre.

—Ezra —jadeó, insegura de lo que estaba haciendo pero sintiendo tanta euforia inexplicable que estaba mareada.

—Me gusta mi nombre en tus labios —Sus palabras, oscuras y autoritarias, resonaron a través de ella como una segunda liberación, y apenas podía respirar, mucho menos responder. Nunca se había sentido tan maravillosamente bien en su vida. ¿Cómo la había hecho sentir así con solo un toque, con solo un beso?

El hombre era una maravilla. Y ella estaba completamente embelesada con él.

—También me gustan tus manos sobre mí.

Él gruñó contra su pecho, dejando un último beso en su pezón antes de subir el corpiño de su vestido y arreglar su ropa de nuevo. Se apartó y se sentó en el asiento frente a ella, ajustando su corbatín. Sus ojos estaban oscuros, salvajes de deseo, y ella sabía lo que él estaba sintiendo.

Pues él la había hecho sentir maravillosa, y ella tenía pocas dudas de que él la deseaba, quería hacer más, avanzar más. Y justo en este momento, si lo pidiera, no podía decir que le negaría nada.

Las afueras de Londres pasaban por la ventana exterior, difuminadas por la lluvia que caía, y sin embargo todo el mundo y sus problemas parecían disiparse con sus seres acurrucados. Quería quedarse aquí para siempre. Solo ellos dos.

—Un beso como prometí. ¿Fue suficiente, mi lady? —preguntó, una vez más el conde compuesto que normalmente era.

Evangeline se incorporó e intentó parecer igual, aunque por dentro estaba completamente confundida. Su sangre estaba en llamas, su cuerpo letárgico por la liberación, y sin embargo su mente corría pensando en cuándo podría besarlo de nuevo. Buscarlo para tener más de este hombre maravilloso solo para ella.

—Fue más que suficiente, gracias, milord. Creo que eres bastante competente en el arte.

Sus labios temblaron.

—No me provoques, señora. Estoy al borde del precipicio.

Evangeline compuso su expresión. Eso también le venía perfectamente bien a ella.

Capítulo

Dieciséis

Llegaron a la residencia londinense de Ravensmere justo cuando el crepúsculo comenzaba a caer sobre la ciudad. Ezra acompañó a Lady Evangeline por las escaleras y la escoltó al interior para asegurar su retorno a salvo. Al entrar en el vestíbulo, entregó su gabán y sombrero a un lacayo que esperaba, ignorando el hecho de que Lady Evangeline también se estaba despojando de su capa y guantes, con el aroma a jazmín tentando sus sentidos y haciéndole desear que aún estuvieran refugiados en el carruaje.

Solos.

Se oían voces procedentes de la biblioteca, y Lady Evangeline se dirigió hacia la habitación, llamando antes de que el duque le permitiera entrar. Ezra la siguió, deseando averiguar qué había sucedido con el señor Fournier y asegurar al duque y a la duquesa que Lady Evangeline había llegado a casa sana y salva.

No sin haber sido besada, pero ese era otro asunto que el duque no necesitaba conocer.

Jamás.

—Evangeline, estás en casa. Lo siento muchísimo, querida. Con todo el caos que ocurrió esta tarde, te dejé atrás —La duquesa se

acercó a su hermana y la abrazó antes de conducirla junto a la chimenea donde se sentaron juntas.

Ezra tomó asiento en un sillón individual, esperando haber controlado sus facciones lo suficiente para que el duque no viera la culpa que le roía por sus acciones en el carruaje.

Besar a la joven, desde luego. Y no solo eso, sino que se había frotado contra ella, tanto que estaba seguro de que había alcanzado el clímax. Aunque ella no lo hubiera admitido, sus gemidos y suspiros de deleite eran prueba suficiente. Sus besos podían ser agradables, pero no tan gratificantes.

—El señor Fournier... ¿cómo está? Hemos estado preocupados por él toda la tarde.

—Se encuentra bien y ha regresado a su casa. Se llamó a un médico que acaba de marcharse tras informar al duque. El señor Fournier recibió varios puntos, y el doctor le comunicó que tuvo suerte de que la herida no fuera peor. Podría haber muerto, según dijo. Creo que el señor Fournier se siente muy necio y le han ordenado permanecer en casa durante la próxima semana más o menos.

—Bueno, esas son buenas noticias —dijo Lady Evangeline, sonriendo a su hermana antes de que su mirada se desviara hacia él.

Como solía hacer últimamente. El calor le subió por la espina dorsal y se maldijo por el hombre débil en que se había convertido cuando se trataba de Lady Evangeline. Pero no podía evitarlo. Era tan parecida a Luisa que su corazón daba un vuelco cada vez que la veía. Pero no era solo eso. La pasión que había estallado entre ellos en el carruaje era de lo más inusual.

Por mucho que hubiera adorado a Luisa, la necesidad visceral, el fuego que se encendía dentro de él cada vez que estaba a distancia

de tocar a Lady Evangeline no era lo que había experimentado antes.

Su afecto pasado había sido apagado en comparación con lo que sentía ahora. ¿Significaba eso algo? ¿Significaba que Luisa no era su alma gemela como había creído? ¿Significaba que Lady Evangeline lo era? No sabía qué demonios significaba nada de esto, ni tenía la respuesta, y la culpa que lo atormentaba por pensar de esa manera lo partía en dos.

¿Cómo podía ser tan infiel a la memoria de Luisa cuando ella había muerto por su culpa? Qué bastardo era y no merecía nada bueno en su vida.

—Espero que no os importe, Excelencia, pero dimos un paseo por Richmond antes de regresar a Londres. Debo admitir que nos sorprendió una tormenta, que nos ha seguido hasta la ciudad, y nos vimos obligados a viajar juntos en el carruaje.

La duquesa miró a su marido antes de encontrarse con los ojos de Ezra. —Confiamos en vos, Lord St. George, para actuar como un caballero. Y dado que Evangeline ha llegado a salvo y aparentemente ilesa de vuestros problemáticos retrasos con el clima, no veo razón para reprenderos a vos o a mi hermana ni para preocuparme. ¿Qué decís, duque?

El duque asintió. —Sí, estoy de acuerdo. Me alegra que todos estén en casa y que, después del día que hemos tenido, el señor Fournier se recuperará, y todo pueda volver a la normalidad. La temporada ya es suficientemente caótica sin que ocurran estas cosas en la vida de uno.

—Bueno, estoy cansada y deseo bañarme antes de cenar, así que me disculparé —Lady Evangeline se puso de pie—. Gracias por escoltarme de regreso a Londres, Lord St. George. ¿Creo que os

veremos en el baile de máscaras de los Wilcox mañana por la noche?

Él asintió, con la mente en un torbellino de pensamientos sobre cómo se vería Lady Evangeline desnuda en un baño. Sus manos recorriendo su suave piel, enjabonando sus curvas femeninas, lavando sus lugares más íntimos.

Su cuerpo se endureció y cruzó las piernas, sabiendo que no podría marcharse durante varios minutos a menos que quisiera revelar su atracción por Evangeline.

Una atracción contra la que debía luchar por su propia cordura... y para mantenerla a salvo.

—Yo también me disculparé. Te veré en la cena, querido —dijo la duquesa, inclinándose para besar al duque.

Por un momento Ezra se quedó mirando en silencio atónito ante la naturalidad de su muestra pública de afecto antes de que los dejaran solos. El duque le lanzó una sonrisa burlona y se puso de pie antes de servirles a ambos una copa de brandy.

Le entregó a Ezra un vaso de cristal y él se bebió la porción de un trago.

—Tranquilo, St. George, o tendré que enviar al médico para que te acompañe a casa también.

Se rio y dejó su vaso antes de recostarse en su silla. —Qué día. Y no puedo mentir y decir que no estaré complacido de verlo terminar.

—Cierto —concordó el duque—. El señor Fournier... qué necio es ese hombre. Uno nunca debe pensar que puede acariciar a un ciervo salvaje. Nunca he visto nada tan estúpido en toda mi vida.

Ezra se rio ante el recuerdo, no porque fuera gracioso. No realmente. Podría haber terminado bastante mal. —Es un idiota. No lo estáis considerando realmente como pretendiente para Lady Evangeline, ¿verdad?

—No, y tampoco creo que ella esté verdaderamente interesada en el caballero. Pero es lo bastante amable y entusiasta. Se sentirá desconsolado, por supuesto, cuando ella elija a otro, pero ¿qué se puede hacer? La elección es suya, al fin y al cabo.

Ezra se alegró de oírlo. No es que le gustara particularmente la idea de que ella eligiera a alguien. Un pensamiento contradictorio con lo que constantemente se decía a sí mismo cuando se trataba de ella.

Que no era para él. Que estaría mejor —y mucho más segura— estando tan lejos de él como fuera posible. Ciertamente, el matrimonio con él no terminaría bien si aquellos que buscaban hacerle más daño descubrieran su identidad y lo rastrearan hasta Londres.

Sintió la atención del duque sobre él antes de que dijera: —¿Por qué te interesa quién corteja a Lady Evangeline? ¿Estás considerando poner tu sombrero en el ruedo? Te conozco como un hombre sensato y honorable. No lo desaprobaría.

—No. No estoy dispuesto a cortejar a nadie en este momento — Frunció el ceño y supo que debía dar a su amigo una razón detrás de su aversión. Ciertamente, no era porque no le gustara o deseara —sí lo hacía— a la joven, sino porque no podía ver cómo se arrebataba otra vida de mujer mientras estaba bajo su cuidado. No podía sufrir la pérdida de otra a quien amara.

—Hay algo que debéis saber sobre mí, Ravensmere. Un secreto que debe quedar entre nosotros. No podéis mencionarlo a la duquesa, y si me dais vuestra palabra en eso, os diré la razón por la que no cortejo a Lady Evangeline —ni a nadie más— en Londres esta temporada. O quizás la próxima.

El duque se reclinó en su silla y juntó las puntas de los dedos. — Te escucho, St. George.

Ezra se pasó una mano por el pelo y pensó por dónde empezar. —Supongo que la única manera es ser directo y franco. Mientras estuve en el extranjero, no fue para sembrar mis avenas o disfrutar de las cálidas aguas del Mediterráneo mientras trabajaba para la Oficina de Asuntos Exteriores, sino porque era un Hombre del Rey. Estaba destinado en Italia, y aunque no puedo entrar en detalles sobre cuál era mi papel en el país, no hace falta decir que me encontré en una posición de debilidad que se cobró la vida de una mujer con la que iba a casarme.

Tragó la bilis que le subió por la garganta ante el recuerdo, con la culpa pinchándole a lo largo de la columna por seguir vivo mientras ella no. Su familia devastada y desgarrada... todo porque se atrevió a amarla.

—La puse en peligro, sabiendo que estar conmigo no era seguro. Por supuesto, mi aspecto era un poco diferente a como es ahora —tenía barba y pelo largo en el extranjero— y, por lo que sé, mi identidad nunca fue descubierta. Pero eso puede no ser siempre así. Si alguien de aquella época sabe quién soy, pone en peligro a quienes me rodean ahora. Incluida mi futura esposa, quien quiera que sea.

—¿Eras un espía? —El duque parecía confundido antes de sobreponerse a su asombro—. Santo Dios, hombre. Me siento orgulloso de conocerte y preocupado al mismo tiempo.

—Los servicios de inteligencia afirman que mi identidad está a salvo, y no me veo igual, por lo que sería difícil para quienes me conocieron en esa posición reconocerme ahora. Pero aun así, es una preocupación que debo atender.

—Pero si ahora es seguro, ¿por qué abstenerse de posiblemente casarse? Puedo hablar por experiencia que es una institución

maravillosa, y una en la que desearía haber entrado antes. Con la duquesa, por supuesto.

—Por supuesto —Ezra se rio, sabiendo que el duque estaba muy complacido y feliz con su suerte en la vida—. No puedo poner a otra en riesgo. Ciertamente no a una dama que pueda amar.

—Bueno —dijo el duque, suspirando y frotándose la mandíbula—. Eso dejará a Lady Evangeline muy infeliz.

Las palabras del duque lo sobresaltaron. —¿Por qué? No lo entiendo.

—Bueno, está claro que Lady Evangeline te aprecia mucho, y creo que ella espera en silencio que inicies un cortejo. Uno que, incluso sabiendo todo lo que sé, creo que deberías comenzar. No puedes preocuparte por una situación que puede que nunca ocurra. Y estoy seguro de que si estuvieras en peligro, la Oficina de Asuntos Exteriores ya te lo habría notificado.

Eso era cierto, por supuesto, pero aun así, la idea de sufrir el dolor que soportó con Luisa... No. No podía vivir tal angustia de nuevo.

Y ver a la hermosa, vivaz y apasionada Lady Evangeline mutilada —o peor, una condición que no se atrevía a imaginar— le enviaba un frío escalofrío por la columna y hacía que la angustia se asentara en su estómago.

—Deseo darle un año o así antes de seguir adelante con mi vida. Para entonces sabré si es seguro cortejar a una mujer de mi elección.

—¿Y si Lady Evangeline no se casa con nadie este año y te espera...?

—No deseo que haga eso. Puede encontrar un caballero que la ame como debe. No debería perder su tiempo esperándome. Puede que suceda que nunca me case.

—¿Te gustaría que transmitiera tu aversión al matrimonio para que ella siga buscando en otra parte?

—Sí, gracias. Creo que sería lo mejor. Pero por favor, mantened entre nosotros las razones detrás de mi decisión.

—Por supuesto. No mencionaré ni una palabra sobre eso —El duque se puso de pie y recogió su vaso—. ¿Otro brandy, quizás? Creo que lo merecemos, ¿no estás de acuerdo?

—Por supuesto —respondió Ezra, demasiado feliz de poder beber —. Y luego debo marcharme. Necesito un baño y cambio de ropa después de haber sido sorprendido por la lluvia esta tarde.

El duque le entregó su bebida. —Siempre y cuando te hayas comportado en el carruaje, St. George. Peligro o no, si hubiera sucedido algo, todo lo que has dicho sería discutible.

El duque le lanzó una mirada significativa y Ezra controló sus facciones. —No ocurrió nada inapropiado —mintió, esperando que su amigo creyera la falsedad.

Porque él ciertamente no lo hacía.

Capítulo

Diecisiete

El carruaje ducal se detuvo frente al baile de máscaras de los Wilcox, la fila para descender del carruaje tardó varios minutos debido al tamaño del evento y al número de invitados que participaban en el gran acontecimiento.

Evangeline esperó a que el duque y la duquesa descendieran antes de seguirlos, sus vestidos de fina seda y satén dorado y azul eran elegantes y estaban entre los más hermosos vestidos y antifaces que jamás había llevado en su vida. Se sentía como una princesa, y la emoción que burbujeaba en sus venas ante el próximo evento no podía ser apagada.

Una pequeña parte de ella también ansiaba ver si Lord St. George asistiría como estaba previsto. Después de su beso robado en el carruaje ayer, había pensado en poco más.

Él había afirmado que la besaría una vez y que no volvería a ocurrir, pero el recuerdo de sus manos sobre ella, su capacidad para hacerle perder todo sentido de control... Bueno, no podía creer que terminarían su único interludio con esa cifra.

Seguramente estaba bromeando. No había razón por la que no pudiera besarla de nuevo. No le estaba pidiendo que se casara con ella.

Entraron en la casa y lentamente se dirigieron hacia sus anfitriones, donde presentaron sus felicitaciones a Lord y Lady Wilcox antes de entrar en el salón de baile.

Evangeline jadeó ante la vista que los recibió. El techo estaba decorado con tul negro, las arañas colgantes apagadas, y solo candelabros de pie rodeaban la pista de baile, dando a la sala un aire oscuro y misterioso. El tema de la noche era oscuridad y decadencia, y Lady Delacroix se había superado capturando la esencia misma de esa visión.

—Qué maravilla, Evangeline —dijo Rosalind, sonriendo.

Evangeline soltó una risita, casi demasiado ansiosa por unirse a la diversión. Se abrieron paso entre la multitud de invitados, deteniéndose para hablar con amigos del duque y ahora también de su hermana.

Evangeline se quedó a su lado pero no participó en la conversación. Estaba demasiado ocupada admirando los hermosos vestidos y las resplandecientes joyas que la *ton* exhibía esa noche y las máscaras que daban un aire de misterio.

—Esto es mágico —dijo.

—Al igual que tú —dijo una voz profunda y seductora a su lado.

Un calor recorrió sus venas, y se giró para encontrarse con los ojos de un caballero. La máscara que llevaba cubría la mitad de su rostro, dejando visibles solo sus labios, pero ella conocía esos labios y la voz que acompañaba las palabras.

—Mi señor, no pensé que serías tan directo con tus cumplidos, no después de haberme contado tu aversión al cortejo solo ayer, incluso después de nuestro beso —susurró.

Sus ojos se entrecerraron, y él inclinó la cabeza.

—¿Recuerdas, St. George? Un beso y nada más. Por lo tanto, no deberías ser tan directo con tus cumplidos.

Él asintió. —Ah, por supuesto —dijo, recordando finalmente—. Un error, mi señora. Uno que pretendo remediar inmediatamente. Vamos, da un paseo conmigo por la sala.

Ella puso su mano en su brazo y permitió que la guiara para su paseo. *¿Un error?* Ciertamente parecía seguro de sus palabras ayer. ¿Cómo era posible que estuviera teniendo un cambio de corazón? A menos que... su beso hubiera despertado una verdad en él y ahora no pudiera vivir sin ella. Se movieron por la sala, y Evangeline luchó por distinguir quién era quién en el baile. Ni siquiera Lord St. George a su lado era fácilmente discernible, ni parecía ser tan alto como ella recordaba...

Él cubrió su mano con la suya, manteniéndola a su lado, y aunque a ella le gustaba que su señoría mostrara afecto, realmente debería saber que no debía ser tan directo en un baile.

—¿Bailamos? —No era una pregunta para la que esperara respuesta. En cambio, la arrastró a la pista de baile justo cuando comenzaban a sonar las primeras notas de un vals.

Evangeline olvidó las pocas dudas que atormentaban su mente y se entregó al baile, queriendo disfrutar su tiempo con Lord St. George, especialmente cuando él estaba de un humor más agradable hacia la posibilidad de cortejarse.

—¿Disfrutaste de nuestro beso, Lady Evangeline? —preguntó, inclinando su cabeza para susurrar las palabras contra su oído.

Ella asintió y sintió que el calor besaba sus mejillas al recordar cuánto había disfrutado su momento de locura. —Sí, pero dijiste que no me besarías de nuevo, así que debo admitir que tu interés aquí esta noche es un poco confuso, mi señor.

—Me alimento del caos, mi señora. ¿Qué es la vida si no está llena de un poco de peligro?

—No sabía que besarme era peligroso, mi señor.

—Oh, lo es mucho, para ti al menos. —Hizo una pausa, colocando el espacio apropiado entre ellos una vez más—. Al menos en términos de lo que la sociedad espera de una mujer como tú. Hablo de esos peligros, por supuesto.

—Por supuesto. —Evangeline estudió a Lord St. George y un escalofrío de inquietud se retorció en su estómago. Quizás el caballero con el que estaba bailando no era quien ella creía.

Estudió sus labios, odiándose por no estar más segura. ¿Había contado inadvertidamente a un extraño sobre sus acciones inapropiadas con Lord St. George en el carruaje? Podría estar arruinada. Su hermana estaría devastada. El duque y la duquesa se avergonzarían. Sus posibilidades de un matrimonio feliz y amoroso le serían arrebatadas.

—Hyde Park es muy hermoso. ¿Disfrutaste de nuestro picnic allí ayer? —preguntó, esperando que él corrigiera la ubicación de su almuerzo.

—Lo disfruté mucho, y me complació escoltarte a casa, por corto que sea el viaje en carruaje desde Hyde Park hasta Mayfair.

Evangeline se separó del agarre del caballero, pero antes de que pudiera alejarse, él la sujetó firmemente contra él de nuevo, obligándola a continuar el baile.

—Shhh, Evangeline. Mi dulce, o quizás debería decir traviesa, pequeña bribona. No causes una escena. Odiaría tener que hacerte daño.

—¿Perdón, mi señor? —Evangeline hizo lo que le dijo, no queriendo causar una escena, pero todo en su interior le decía que corriera, que huyera.

—Así que disfrutas besando a Lord St. George. O a mí, según se suponía.

Ella se quedó inmóvil, su sangre helándose. —¿No eres Lord St. George?

Él se rió, y el sonido fue siniestro y nada divertido. —No, por supuesto que no. Pero hay algo que puedes hacer por mí para que no tenga que hacerte daño, ni a tu familia. Sé todo sobre el dolor, y aunque estoy dispuesto a infligirlo, preferiría no hacerlo, ¿entiendes?

Ella tragó saliva, su mente acelerada por su amenaza. ¿Este hombre dañaría a sus hermanos? ¿A su cuñado? ¿A Lord St. George? ¿Quién era y qué podría querer de ella? Era una don nadie y no sabía nada.

—No entiendo, mi señor.

—Bueno, déjame explicarte. —Los hizo girar en el baile y se rió, ahora sin pretensiones. El hombre era un actor de la más alta calidad y hasta la había engañado.

Un error estúpido. Uno del que debería haber sido más cautelosa.

—Lord St. George me quitó algo, y aunque no puedo recuperarlo, puedo igualar el campo de juego. Ojo por ojo, si prefieres.

—¿Buscas venganza? —preguntó ella, sin querer formar parte de esta estratagema. De ninguna manera. Ni ayudaría a este hombre a lastimar a Lord St. George. Su señoría ya había sufrido en su pasado, y aunque no sabía en qué consistía ese sufrimiento, no añadiría más a sus dificultades.

—No formaré parte de nada semejante. Si deseas saldar una deuda, sea cual sea esa deuda con Lord St. George, deberías buscarlo tú mismo y remediar el problema que enfrentas.

El caballero le sonrió, y sus ojos, que ella había pensado que eran los de Lord St. George, ahora parecían extraños y desconocidos. Fríos y distantes.

—Oh, saldaré la deuda, puedes estar segura de eso. Pero si yo fuera tú, me mantendría alejada de su señoría. La muerte lo sigue dondequiera que va, y vidas inocentes son arrebatadas por ello. Odiaría que te ocurriera lo mismo. Eres una cosita tan bonita, además. —La presión de la mano del caballero en su espalda aumentó y la acercó más—. Me recuerdas a mi hermana. Qué triste me pones.

Evangeline se mordió el labio. Sin saber quién era este hombre o por qué estaba siendo tan cruel. —Aunque no sé lo que ocurrió entre usted y Lord St. George, no creo que lo que tenga planeado sea una elección inteligente.

Él se rió. —Lord St. George recibirá su merecido, y tú me ayudarás a lograrlo. O tú también afrontarás el dolor que he sufrido.

—No puedo —dijo ella, manteniéndose firme.

—Pero lo harás, pues debes hacerlo.

Capítulo

Dieciocho

Ezra llegó tarde al baile y, al entrar en la sala, encontró a Lady Evangeline bailando con un caballero que llevaba el mismo antifaz que él esa noche.

Se quedó inmóvil al ver la inapropiada distancia con la que el caballero sostenía a Lady Evangeline, pero luego desechó ese pensamiento. Ella no le pertenecía, y el Duque de Ravensmere podría hablarle sobre el decoro al bailar con otros hombres.

Tomó una copa de vino de un lacayo que pasaba y comenzó a recorrer la sala. Su mirada se desviaba continuamente hacia donde Evangeline bailaba un vals con el caballero desconocido, y su mirada absorta le inquietaba.

¿Estaba cautivada por este nuevo caballero admirador? ¿Le habrían transmitido sus palabras de remordimiento y su determinación de mantenerla a distancia que había explicado ayer al duque? ¿Habría aceptado finalmente buscar un marido en otra parte?

¿Estaba olvidándose de él? Como debería ser, entonces, ¿por qué esa realización se sentía como un hierro candente en su cuello?

Gruñó y se terminó el vino antes de encontrar a otro lacayo y servirse otra copa. Era bueno que ella estuviera evaluando sus

opciones, permitiendo que otros hombres formaran un vínculo con ella y viceversa. Para eso estaba en Londres esta temporada: para encontrar un marido. Un matrimonio por amor, que parecía ser lo que más deseaba.

Se situó junto a Ravensmere y miró con el ceño fruncido a Lady Evangeline y a su caballero favorecido como un niño al que le niegan el postre en la cena. ¿Qué demonios le pasaba? No podía seguir negándose un futuro con nadie —no solo con Lady Evangeline— y luego sentirse contrariado cuando la dama en cuestión encontrara a otro con quien casarse.

Estaba siendo absurdo e insustancial, y eso debía terminar.

Toma una decisión de una vez, hombre, y síguela.

Sí, pero ¿cuál sería esa decisión? ¿Encontrar una mujer para casarse y tener hijos? ¿Colocar a otra persona inocente ante un peligro que no conocía ni veía venir?

Ya ese futuro descartaba a Lady Evangeline. Ya la apreciaba demasiado, y temía que esa amistad se estuviera transformando en algo mucho más fuerte.

Maldición. ¿Qué iba a hacer?

—He recibido noticias de mi contacto en la Oficina de Asuntos Exteriores y el señor Fournier está limpio —le dijo al duque cuando éste se liberó de su conversación—. Pero no conozco a este nuevo caballero. Puede que tengamos que investigar a otro si su cercanía es algún indicio.

El duque miró hacia donde bailaba Evangeline y frunció el ceño. —Hmm. No reconozco al caballero, pero en esta velada es difícil saber quién es quién.

—Parece un poco demasiado cercano, ¿no cree? —mencionó Ezra, esperando que el duque cumpliera con su deber y hablara con Evangeline sobre el decoro, algo que ella parecía haber olvidado.

La pareja giró en el baile y Ezra se quedó inmóvil al ver la mano del caballero, o más concretamente, su pulgar trazando círculos sobre donde sujetaba su espalda.

El canalla se atrevía a tocarla tan íntimamente.

—Hmm —dijo el duque, bajando también la mirada hacia el familiar agarre en la espalda de Evangeline—. Haré que Rosalind hable con Lady Evangeline.

El baile llegó a su fin y, sorprendentemente, Evangeline se apartó del caballero, hizo una reverencia y huyó al lado opuesto de la sala.

Una sensación de inquietud recorrió la espina dorsal de Ezra. —Discúlpeme un momento, Su Excelencia. Volveré en seguida —. Rodeó la pista de baile, ya que el siguiente baile, un conjunto de contradanzas, había comenzado. Vio a Evangeline escabullirse por una puerta lateral del salón de baile y aceleró el paso para alcanzarla. El oscuro pasaje, cuando entró en él, estaba vacío, sin Evangeline, pero oyó el cierre distante de una puerta y comenzó a caminar en esa dirección.

Encontró una pequeña habitación al final del pasaje con una tenue luz parpadeando bajo la puerta. Llamó, pero al no recibir respuesta, la abrió. La visión de Evangeline sentada frente a un hogar que hacía tiempo se había consumido hasta convertirse en brasas humeantes le inquietó, y no pudo evitar temer que algo no marchara bien.

—Evangeline, ¿estáis bien? —preguntó, entrando en la habitación y cerrando la puerta tras él.

Ella jadeó al oír sus palabras antes de desplomarse aliviada al ver que era él. —Estoy bien, Lord St. George. Solo necesitaba un momento de paz.

Se había quitado la máscara, sus ojos ensombrecidos esa noche para adaptarse a la oscuridad del tema. Se veía hermosa, seductora

y absolutamente cautivadora.

Demonios, ¿cómo podría mantenerse alejado de ella? ¿Cómo iba a evitar desearla como lo hacía?

Una tarea imposible.

—Os vi bailando esta noche y luego también os vi huir. Me preocupé.

—No debéis preocuparos, mi señor. Estoy perfectamente bien. Deberíais iros antes de que alguien nos encuentre aquí y nos comprometa. Sé que no deseáis casaros conmigo.

Sus francas palabras resonaron con dolor, y él odió haberla alterado con su honestidad. —No es que no os desee o aprecie, Evangeline. Es que no estoy listo para ser un marido. Hay cosas en mi vida que no puedo controlar y de las que necesito estar seguro antes de ofrecer a alguien mi apellido.

Ella lo miró, impasible. —Y eso está muy bien. En ese caso, deberíais iros. Deseo estar sola —. Agitó las manos en dirección a la puerta, gesto que él ignoró.

Debería atender sus palabras, pero tampoco le parecía correcto dejarla alterada y descompuesta como estaba. —Soy vuestro amigo. No me gusta veros tan desconcertada.

—No es nada. Un caballero fue un poco atrevido conmigo, eso es todo. Quería un momento para calmar mis nervios, un momento que ahora estáis interrumpiendo.

Él se quedó inmóvil al oír sus palabras. —¿Quién era?

Ella descartó su pregunta con un ademán y se levantó antes de dirigirse hacia una ventana que daba a parte del jardín lateral, aunque no se veía mucho a esa hora de la noche. —No importa quién era ni lo que dijo ni nada, pero creo que deberíais iros. Calmaré mis nervios y volveré al baile para continuar mi búsqueda de un marido adecuado, tal como me pedisteis que hiciera.

—No deseo que os conforméis con un marido que no es quien realmente queréis. Si no encontráis un matrimonio por amor esta temporada, siempre está la próxima.

—Ya soy una solterona según los estándares de la sociedad y estoy cerca de no ser considerada una opción viable para cualquier caballero que busque esposa para formar una familia. No tengo el lujo de posponer mi búsqueda de marido, a diferencia de los caballeros de mi círculo que parecen tener años por delante. Tomad a Lord Chesham, que tiene ochenta años si no es un día menos, y se rumorea que asiste al baile de máscaras en busca de una nueva novia. Sin embargo, a mujeres como yo se nos obliga a casarnos jóvenes —. Evangeline se pellizcó el puente de la nariz, claramente frustrada—. Marchaos, Lord St. George. No estoy dispuesta a tener compañía en este preciso momento.

Él se volvió para irse y logró llegar a la puerta antes de detenerse. —No deseo que estéis enfadada conmigo. Pensé que éramos amigos.

—Oh, por favor —se burló—. ¿Amigos? —Se rio, con un sonido burlón, y él no podía entender por qué estaba siendo tan cruel—. No somos amigos. Soy una dama que os resulta lo suficientemente atractiva como para besarla en un momento de locura en un carruaje, pero no estáis interesado en mí. No realmente. No queréis una esposa, cosa que no puedo obligaros a tener. Dios no permita que una mujer haga que un hombre se case antes de que esté listo, pero, ¿amigos? En realidad no, ni creéis verdaderamente que sea el caso. Hablamos cuando estamos cerca uno del otro, os ofrecéis a bailar conmigo y sois educado, pero amigos no somos.

Se acercó a ella, odiando que descartara lo que había entre ellos. Le cogió las manos y las agitó un poco para hacer que lo mirara. —Sois mi amiga, y no os besé por lástima ni por ninguna otra razón.

Os besé porque quería, no, porque necesitaba besaros, probar vuestros dulces labios —. Alzó la mano y pasó el pulgar por su labio inferior, suave y dócil como recordaba—. Quiero que seamos amigos para poder estar cerca de vos tanto como pueda. Me hacéis desear cosas que pensé que nunca volvería a querer. Incluso si el momento no es el adecuado, no dudéis de lo que me hacéis sentir.

—¿Y qué es eso, St. George, lo que sentís? —rugió el airado tenor de Ravensmere desde la puerta.

Capítulo

Diecinueve

—¡Su Excelencia! —exclamó Evangeline al ver al duque y a su hermana en el umbral de la habitación. El duque mostraba un profundo ceño fruncido y una mirada penetrante al encontrarlos solos, mientras que su hermana contemplaba la escena boquiabierta.

Evangeline se apartó de Lord St. George y juntó las manos frente a ella.

—Abandoné el baile un poco angustiada después de un baile y Lord St. George me encontró. Eso es todo lo que ocurrió. No hay necesidad de ser tan severo con ninguno de nosotros por habernos encontrado...

—A solas —el duque hizo entrar a Rosalind en la habitación y cerró la puerta con llave—. ¿Qué tienes que decir, St. George? Se supone que eres un caballero, un amigo cercano mío. Por Dios, ¿qué te hizo pensar que perseguir a Lady Evangeline hasta un lugar donde os encontrarais a solas era una buena idea?

—No es como si nos hubieran sorprendido besándonos.

—Y sin embargo —dijo el duque, acercándose a ellos—, sé que lo habéis hecho, después de haber escuchado vuestra pequeña conversación —se volvió hacia St. George, con los ojos desbordantes

de ira—. ¡Mentiste! Me dijiste que no había ocurrido nada entre vosotros y, sin embargo, os habéis besado... —hizo una pausa—. ¿Dónde ocurrió?

El duque los observó a ambos esperando una respuesta, pero Evangeline no podía articular palabra. Nunca había visto a Su Excelencia tan descontrolado por la ira, y ciertamente no quería añadir leña al fuego de su ya ardiente furia.

—Besé a Lady Evangeline en el carruaje mientras la llevaba a casa ayer por la tarde.

La duquesa intentó reprimir una sonrisa, pero Evangeline no la pasó por alto, y tampoco el duque, quien le lanzó una mirada de desaprobación.

—Te casarás con Lady Evangeline. No puedo permitir que trascienda que has molestado a mi cuñada soltera y debutante en un carruaje, completamente solos, añadiría, y que luego no te cases con ella.

—Por supuesto, lo entiendo —respondió St. George sin cuestionar.

Evangeline jadeó, nunca había oído algo tan absurdo.

—No me casaré con Lord St. George solo porque nos besamos en un carruaje. Un beso que nadie vio —susurró con vehemencia, no queriendo que nadie que pudiera estar merodeando por los pasillos en sombras la escuchara—. Rosalind, habla con el duque y hazle entrar en razón.

Rosalind se acercó a ella y tomó su mano, apretándola.

—Si esto llegara a saberse, si algún sirviente os vio durante vuestro viaje de regreso a Londres ayer, estarás arruinada, y no puedo permitir eso. Estoy de acuerdo con el duque. Debes casarte con el conde.

—No me ama —susurró a su hermana, esperando que entrara en razón y viera lo absurdo de esta decisión.

—Aunque así sea, hermana, la decisión está tomada. Ambos elegisteis ser imprudentes ayer y luego esta noche os hemos encontrado a solas. Y después de lo que escuchamos... Bien, esta es la consecuencia de esa decisión.

Evangeline apartó su mano del agarre de su hermana y dio un paso atrás, negándose a escuchar semejantes disparates.

—Tú besaste al duque antes de casarte con él, antes de que te ofreciera nada, y sin embargo me obligarás a tomar una decisión que no deseo.

—¿No la deseáis? —soltó Lord St. George antes de parecer avergonzado—. Es decir, pensé que no os desagradaba...

—Eso no viene al caso —dijo Evangeline—. No deseáis una esposa, y no me amáis, y ahora os obligan a casaros conmigo. Esto no acabará bien para nuestra futura situación.

—Bueno —resopló el duque—. Lo siento, pero escuché lo que dijo su señoría, y ahora sé que hubo relaciones íntimas entre vosotros en el carruaje. Ninguno de los dos tiene elección.

—Haré lo correcto.

Evangeline exhaló un suspiro de fastidio. Lo correcto para él y para la situación, pero ¿dónde la dejaba a ella? El desconocido de esta noche le había dicho que se mantuviera alejada de Lord St. George, aunque solo fuera para mantener a su familia a salvo. Y lo estaba intentando, pero de alguna manera ahora lo había empeorado todo.

Casarse con él no era mantenerse alejada de él. No es que una pequeña parte de ella no estuviera emocionada por casarse con St. George. ¿Quién no querría casarse con un hombre de tal refinamiento? Pero aun así, no quería poner a sus hermanas en

peligro. Ni quería casarse con un hombre que un día podría resentirse con ella por ser su esposa. Nadie obligado a la institución del matrimonio era feliz, estaba segura de ello.

Siempre podrías contarle a St. George sobre la amenaza de esta noche.

La idea no carecía de mérito, y decidió que era su única salida. Quizás él podría ayudarla. No permitiría que nada le sucediera a ella o a su familia, seguramente.

—Espero que vengas mañana por la mañana para discutir el contrato matrimonial, y haremos publicar las amonestaciones. Dentro de tres domingos a partir de ahora, os casaréis —declaró el duque, con un tono que no admitía discusión.

—Oh, mi queridísima hermana, felicidades —dijo Rosalind, abrazándola rápidamente—. Estoy tan feliz por ti —le susurró al oído —. Sé que estarás muy satisfecha casada con su señoría.

Evangeline asintió, y en el fondo también esperaba que fuera así. Pero un matrimonio de conveniencia, forzada a casarse debido a una ley arcaica de decoro para señoritas solteras, era absurdo. Sin mencionar el peligro que ahora acechaba sus pasos.

—Deseo hablar con St. George antes de regresar al baile. ¿Nos permitiréis un momento a solas?

El duque miró a la duquesa, y con el más leve asentimiento de Rosalind, cedió.

—Muy bien, pero no más de cinco minutos, y si no habéis regresado al baile para entonces, volveremos y habrá que pagar el infierno.

—No tardaremos —prometió Evangeline, esperando a que su familia saliera. Una vez que la puerta se cerró tras ellos, se encontró con los ojos de St. George—. Hay algo que debes saber sobre el caballero que bailó conmigo esta noche. No sé quién era, ni creo

haberlo conocido antes, pero nuestro baile no fue la razón por la que me encontraba tan alterada cuando me encontraste. Por la que fui tan cortante contigo, milord.

—Estamos comprometidos, Evangeline. Puedes llamarme Ezra.

El aleteo en su corazón no era bienvenido. No podía emocionarse por tener permiso para llamarle así en adelante, no cuando había otros asuntos más serios en juego.

—¿Qué te dijo el caballero? —continuó Ezra, observándola con más atención de la que a ella le gustaba.

—Me amenazó para que me mantuviera alejada de ti. Que si no quería resultar herida, o mi familia, debía mantenerme alejada de ti. Que las personas cercanas a ti acaban muertas —se mordió el labio, odiando haber permitido que un extraño la amenazara. Nunca le habían hablado así, y por mucho que quisiera considerarse fuerte, había algo en la amenaza del hombre que parecía genuina y que no podía ignorar. No podía poner a sus hermanas en riesgo, si el loco de antes esa noche estaba diciendo la verdad.

—¿Ves? Por eso no podemos casarnos. No conozco tu pasado, y aunque sé que has sufrido una pérdida importante en tu vida, no conozco los detalles de ese momento. ¿Qué quería decir ese hombre, Ezra? ¿Mi familia resultará herida, o peor, asesinada simplemente por estar cerca de ti?

Encontró la mirada de Ezra y vio que su rostro había palidecido. Sin pensar, se acercó a él.

—Ezra, di algo. No sé qué hacer.

Un músculo se tensó en su mandíbula y finalmente, al cabo de un rato, habló.

—Nos casaremos, y descubriré quién fue ese canalla que se atrevió a amenazar a alguien de mi círculo —sin previo aviso la atrajo hacia él, sujetándola contra su pecho. Ella agradeció su

abrazo, habiendo estado en ascuas de preocupación en el breve tiempo transcurrido desde que había hablado con el desconocido. Tener los brazos de Ezra a su alrededor era un consuelo que no sabía que necesitaba.

—Nada te sucederá a ti o a tu familia. Nada. No permitiré que os ocurra ningún daño. Averiguaré quién es ese bastardo, y lo quitaré de este mundo, te lo prometo.

Ella lo miró y pudo ver que hablaba en serio.

—No puedes matar a un hombre. Te enviarán a las colonias, o peor aún, a la horca.

—No pienses más en él. Todo irá bien.

Debatió discutir el punto de que la situación en la que ahora se encontraban no estaría bien ni sería tan fácilmente descartada.

—Lamento que tengas que casarte conmigo, pero fuiste tú quien me siguió hasta aquí, así que no es enteramente culpa mía.

—No te culpo —susurró él, su pulgar acariciando su espalda a través del dominó de seda, haciendo que su piel se erizara de conciencia—. Te seguí hasta aquí, y te besé ayer. Si es culpa de alguien la posición en la que ahora nos encontramos, es mía.

—¿Entonces no estás enfadado?

—No estoy en contra del matrimonio, Evangeline. Simplemente no deseaba casarme *todavía*. Pero —suspiró, inclinándose para besar sus labios suavemente. Su cuerpo cobró vida, y aunque intentó prolongar su beso, él se apartó—. Debemos casarnos, y pronto. Cuatro semanas es demasiado tiempo si quiero mantenerte cerca y a salvo.

—¿Crees que deberíamos casarnos antes?

—Así lo creo.

Capítulo

Veinte

Aunque Ezra no podía identificar qué había cambiado en el breve tiempo que llevaba abrazando a Evangeline, de repente deseaba seguir sosteniéndola. Olvidarse del baile que se celebraba a escasos muros de donde se encontraban. Quedarse allí, sosteniendo a su prometida, embriagándose de su belleza y calidez.

Le invadió una oleada de protección, y juró que nada le haría daño, ni a ella ni a la familia que tanto amaba. Ningún enemigo sin nombre ni rostro —por el momento— pondría jamás un dedo sobre su persona.

—¿Te he dicho esta noche lo hermosa que eres? No deberías llevar máscara para ocultar tales rasgos. Merecen ser adorados, aunque sea desde lejos.

Un ligero rubor se apoderó de sus mejillas y ella le miró con tal anhelo que el calor se anudó en su estómago. La acercó aún más a él y no pudo negarse a sí mismo probarla antes de regresar al baile.

Inclinó la cabeza y la besó de nuevo. El abrazo de ayer en el carruaje había sido demasiado breve, y no lo suficientemente largo. De hecho, casados o no, Ezra tuvo que admitir que había pensado durante toda la noche en su interludio y sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que la besara nuevamente.

Sin importar las mentiras que se contaba a sí mismo —y a ella—, su fuerza de voluntad no era tan fuerte como para mantenerse alejado de ella para siempre. Aunque no estaba seguro de si este deseo era amor, era algo peligrosamente cercano. Quizás era bueno que fueran a casarse para que pudiera saciarse de ella cuando quisiera, evitando cualquier escándalo.

Ella le devolvió el beso, deslizando sus dedos por las solapas de su abrigo y manteniéndolo cerca. Emitió un pequeño gemido —una súplica si alguna vez había escuchado una— y él no pudo negársele.

Solo tienes cinco minutos...

Ignoró la advertencia y la tomó en sus brazos, llevándola hasta un aparador cercano y sentándola encima. Ella no cuestionó sus motivos, simplemente continuó besándole.

Sus labios eran suaves pero insistentes, su lengua provocaba la suya con contención. El hambre luchaba contra el conocimiento de que no tenían tiempo, que no podía quedarse más de lo prometido.

Aun así, la deseaba.

—Ezra —gimió ella cuando su mano se deslizó por debajo de su pecho, acunando lo que pronto sería suyo para disfrutar cada noche —. Deberíamos volver al baile.

—Lo sé —suspiró contra sus labios, pellizcando suavemente su pezón a través del vestido.

Ella jadeó, presionándose contra su tacto. Él estaba duro, su miembro apretado contra sus calzones de seda, y anhelaba liberación. La atrajo hacia el borde del aparador y se colocó entre sus piernas. Incluso con todo el material que los separaba, presionar contra su sexo le proporcionó un momento de alivio.

Pero fue efímero. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura, con el pie presionando contra sus nalgas y urgiéndole a avanzar.

Tragó un gemido. El eje sobre el que se equilibraba su contención se tambaleó y cayó.

Evangeline echó la cabeza hacia atrás, su nombre una súplica en sus labios mientras él frotaba su miembro contra su monte. Aunque no podía sentir los detalles de su punto dulce, sabía que ella le deseaba, que si alcanzaba bajo su vestido para tocarla, la encontraría deliciosamente húmeda.

Se quedó inmóvil, con la respiración entrecortada contra su mejilla. Alguien la había amenazado. Un enemigo sin nombre había susurrado muerte en su oído. Y aquí estaba él, seduciéndola como un necio en lugar de protegerla como debería hacer un hombre.

Sin pensarlo, su mano alcanzó el dobladillo de su vestido. Tocó a lo largo de su pierna, deseando sentir la suavidad de su carne, el deslizamiento resbaladizo de su mano sobre la media de seda. Ella se abrió para él como una flor y él agarró la parte inferior de su muslo, apretándolo antes de alcanzar su monte.

—Dulce Evangeline, intuía que me deseabas, pero no creía que fuera tanto.

—Mmmm —su respuesta, profunda y seductora, fue directa a sus testículos—. Pues lo es —alcanzó entre ellos y colocó su mano sobre la de él, ayudándole, guiándole a acariciar su sexo—. Hazme sentir como lo hiciste ayer.

Dios mío, la había hecho llegar al clímax... Creía que lo había conseguido, pero no podía estar seguro, y en ese momento definitivamente no podía preguntarlo—. No tenemos tiempo —aun así, deslizó sus dedos sobre su hinchado botón, entre sus húmedos pliegues, para provocar su anhelante carne.

—Te deseo. Te anhelo tanto —su mano libre se deslizó por su cuello y aferró la parte posterior de su cabello—. Te quiero dentro de mí.

La besó profunda y largamente, dándole en parte lo que quería al introducir un dedo en su calor. La penetró, deseando en silencio que fuera su miembro el que se hundiera en su sexo y no su mano—. Yo también quiero estar dentro de ti.

Ella apartó su mano y presionó contra la bragueta de sus calzones. Ezra aspiró sorprendido, presionándose contra su agarre como un hombre hambriento de contacto.

Y en cierto modo, lo estaba. Habían pasado casi dos años desde que había estado con una mujer. Demasiado tiempo si quería mantener alguna apariencia de control.

Algo que claramente le faltaba en este momento.

El peligro acecha. No deberías estar aquí. Esto es imprudente.

—Soñé contigo anoche —admitió ella, envolviendo con sus dedos su miembro —tanto como podía estando aún vestido con sus calzones— y acariciándolo. Él gimió, besándola con una crudeza, una locura que no se aplacaba.

Ella se apartó, con esa risa seductora y profunda diferente a cualquier cosa que hubiera escuchado de ella antes y, sin embargo, no podía saciarse de oírla.

—¿No quieres saber con qué soñé?

—Hmmm. ¿Es seguro contármelo cuando ya llegamos tarde para volver al salón de baile?

Ella sonrió, una sonrisa traviesa que le dijo más que las palabras que estaba en problemas con la mujer en sus brazos. Muchos más problemas de los que había tenido jamás con cualquier otra persona.

—Posiblemente no, pero ahora que vamos a casarnos, no veo ningún daño —jadeó cuando él introdujo un segundo dedo en su calor—. ¿Implica que te penetre con mi mano, mi señora?

Ella se mordió el labio, sus ojos pesados de deseo. Estaba cerca de alcanzar el clímax. Podía sentirlo en su sexo y el temblor de su

cuerpo.

—Sí, pero más que eso —encontró sus ojos y él pudo ver que luchaba por expresar lo que quería decir—. Es decir —gimió cuando él curvó sus dedos y la provocó desde dentro—. Es decir, soñé contigo en mi cama. Tocándome así, y tomándome —hizo una pausa, recomponiéndose—. Aunque no sé qué implican tales actos, ahora tengo una idea más clara.

—¿Y todavía no estás segura de querer casarte conmigo? —cuestionó. Por qué, sin embargo, no podía discernir. Tenían que casarse, no había duda al respecto. Pero, ¿por qué le importaba si ella tenía dudas o no? Hasta esta noche, el matrimonio con Evangeline era impensable, pero ahora que debía hacerlo, no quería oír hablar de sus dudas. O que no quisiera ser su esposa.

La quería en su cama, eso estaba claro por lo duro y lleno de necesidad que ella le ponía. La elección había sido arrebatada de sus manos, y no podía estar descontento con lo que implicaría su matrimonio.

Días y noches de encuentros similares... Años de placer, siempre y cuando se librara de quien amenazaba con robarle tal futuro de nuevo.

—Por supuesto que aún tengo dudas, pero no tenemos elección, ¿verdad?

No era la respuesta que quería, pero cedió y no la presionó para obtener más—. No la tenemos —dijo.

La presión de su agarre aumentó y él onduló contra su mano—. Me harás terminar si continúas frotando mi miembro, Evangeline —jadeó cuando ella no cedió—. Aprendes rápido.

—No soy una jovencita, Ezra. No me avergüenza decir que he leído algo sobre las situaciones del lecho conyugal, pero esto ha superado mis expectativas, y descubro que no deseo parar. Quiero

hacer más contigo. Aquí y ahora. Quiero que me desees tanto como yo te deseo a ti.

—Oh, te deseo, pero debemos volver.

En ese momento, el sonido de pasos aproximándose por el pasillo alertó a Ezra, y justo cuando la puerta se abrió de par en par, logró arrancar a Evangeline del aparador y ponerla de nuevo sobre sus zapatillas. Su vestido, afortunadamente, cayó sobre sus tobillos como si nada impropio hubiera ocurrido.

La mirada descontenta y suspicaz del Duque de Ravensmere, sin embargo, dijo sin palabras que sus rápidas acciones no habían engañado al duque, y que era más que consciente de lo que había estado sucediendo.

—Ya íbamos —Ezra tomó la mano de Evangeline y la sacó de la habitación, ignorando el hecho de que su miembro estaba erecto y presionando contra su bragueta. Se cubrió más con su dominó para ocultar su virilidad, pero sabía que el duque lo había visto.

Solo esperaba que nadie más sospechara antes de que su anuncio se hiciera público.

Capítulo

Veintiuno

A la mañana siguiente, Ezra llegó a la residencia ducal y repasó los contratos matrimoniales con Ravensmere. Las condiciones eran sencillas, y se sorprendió al descubrir que Evangeline aportaba una dote mayor de lo que había creído.

—Hay solo una cosa más de la que debes ser consciente antes de que redacte los contratos para que sean firmados.

—¿Y qué es eso? —preguntó Ezra, sin sentirse completamente tranquilo por el tono sombrío del duque.

—Las hijas de Ravensmere tienen tres hermanas ilegítimas viviendo en Londres. El difunto duque las tuvo con su amante de muchos años y, bueno, creo que deberías saberlo antes de que procedamos, aunque el matrimonio entre tú y Lady Evangeline debe seguir adelante después de lo ocurrido tras el picnic... —El duque se aclaró la garganta.

Ezra arqueó las cejas, ya que no había oído hablar de la familia extendida vinculada al apellido Ravensmere, pero llevaba mucho tiempo alejado de la sociedad. —Lady Evangeline nunca las ha mencionado. ¿Sabe que existen?

—No, no lo sabe. Y tenemos un acuerdo desde la temporada de la duquesa el año pasado de que no causarían problemas a las hijas

legítimas del duque. Aunque no creo que lo hicieran, en cualquier caso. Parecen mujeres equilibradas y amables, incluso si nacieron del lado equivocado de las sábanas.

—No lo mencionaré a Lady Evangeline, pero creo que debería ser informada. Supongo que la duquesa sabe de ellas, ¿no?

—Lo sabe, y desea conocerlas, pero no creo que sea una buena idea. Las mujeres Ravensmere tienen corazones generosos, y sería cuestión de tiempo, si la duquesa se reuniera con sus medio hermanas, que las trajera a todas aquí y exigiera que también les organizara una temporada a cada una.

Ezra se rio, y sin embargo, podía entender que la duquesa deseara conocer a sus hermanas. Compartían un padre, y obviamente la duquesa no culpaba a las chicas por haber nacido de la amante del duque. Pero amables o no, el escándalo viajaba rápido en Londres. Y si alguien ya lo estaba vigilando a él y ahora a Evangeline, esta información, si se filtraba, podría convertirse en un arma.

La voz de Evangeline flotó hasta la biblioteca y todo dentro de Ezra se quedó inmóvil. Un hambre que no se había extinguido —ni siquiera después de una buena noche de sueño— se agitó, y supo que tenía que verla antes de regresar a casa.

—Hay algo que también necesita saber, Su Excelencia —Ezra se reclinó en su silla y esperó que lo que estaba a punto de revelar no alterara a Evangeline. No le había pedido permiso para compartirlo, pero en este caso el duque necesitaba saberlo, especialmente porque involucraba a su familia. Aunque había esperado que su pasado nunca manchara su nueva vida, esa promesa significaba poco cuando el pasado llamaba a la puerta con amenazas y sombras.

—Anoche, Lady Evangeline fue advertida por un invitado desconocido en el baile de máscaras. El hombre le dijo que se mantuviera alejada de mí o ella o sus hermanas podrían resultar heridas. Tengo la idea de que esto está relacionado de alguna manera con mi tiempo en el extranjero trabajando para la Oficina de Asuntos Exteriores, y que me han encontrado aquí en Londres. Fue una de las razones por las que no deseaba casarme, porque no quería poner a nadie en peligro. Pero con las manos atadas en ese aspecto...

No es que se arrepintiera de estar prometido con Evangeline. No después de anoche. Había mucho que esperar. —Pero con la amenaza hacia las hermanas de Lady Evangeline, que incluyen a la duquesa, pensé que debería saberlo.

—¡El canalla! —bramó el duque—. ¿Quién era? ¿Tenemos alguna idea?

—Ninguna. Llevaba máscara y fingió estar enamorado de Lady Evangeline por un tiempo. Esperaba poder hablar con ella antes de irme y posiblemente obtener más información.

—Por supuesto. Y me aseguraré de que mis lacayos más fornidos acompañen a las damas dondequiera que vayan y aumentaré la seguridad tanto en la residencia ducal aquí en Mayfair como en el campo.

—Creo que sería prudente —Ezra hizo una pausa—. Lamento que mi empleo anterior haya causado estos problemas para usted y su familia. No pretendía que esto fuera un problema, y pensé que tenía tiempo para asegurarme de que mi tapadera no fuera descubierta, pero parece que quien está amenazando a Lady Evangeline sabe quién soy y está tratando de llegar a mí a través de ella.

—No deberías estar en esta posición y lamento que esto esté sucediendo. ¿Vas a informar al gobierno de esta amenaza?

—Ya lo he hecho, y tienen hombres ocupándose del caso, pero aun así, estoy preocupado, lo cual es de esperar —Un carruaje a toda velocidad por Grosvenor Square hizo que levantara la mirada brevemente hacia la ventana, con el corazón detenido, hasta que pasó. Estaba demasiado tenso. Había demasiado en juego.

Se oyeron pasos y un ligero golpe en la puerta de la biblioteca antes de que la duquesa asomara la cabeza. —Me voy al almuerzo en casa de Lady Kenworthy. Evangeline está arriba en la sala. Al final no le apetecía asistir —La duquesa lo vio y sonrió—. Buenos días, Lord St. George. Qué agradable volver a verle.

—Buenos días, Su Excelencia —dijo él.

—La acompañaré —dijo el duque, poniéndose de pie—. Confío en que puedas encontrar la sala, St. George, y comportarte mientras discutes los asuntos pendientes con Lady Evangeline.

—Por supuesto —dijo, aunque una parte de él luchaba por controlar los lujuriosos pensamientos que invadían su mente cada vez que pensaba en Evangeline.

Después de anoche, tocarla y llevarla al éxtasis, bueno, anhelaba hacerlo de nuevo.

Y más.

Ezra siguió al duque y a la duquesa hasta el vestíbulo y luego subió las escaleras. Caminó por el pasillo, tratando de recordar el camino hacia el salón privado en el que no había estado durante muchos años. No desde antes de partir hacia el continente.

Encontró el salón y por un momento observó a Lady Evangeline, que estaba sentada cerca de una ventana, mirando hacia la plaza, con el rostro sereno y una pequeña sonrisa nostálgica en los labios.

Era tan hermosa y le recordaba a la última vez que había visto a Luisa admirando el jardín de su familia antes de que la escoltara a

dar un paseo en carruaje que acabó con su vida. El pánico le asaltó. No permitiría que el pasado se repitiera.

No otra vez.

Llamó y ella se sobresaltó con su intrusión. —¿Puedo pasar? —preguntó, abriendo la puerta de par en par para que pudiera ver quién estaba allí.

Su rostro se iluminó y ella le hizo un gesto para que entrara. —Por supuesto —Se puso de pie—. No pensé que te vería tan pronto.

—¿Era a mí a quien buscabas en la calle? —bromeó, cerrando la puerta tras de sí y arrepintiéndose ya de su promesa al duque de comportarse.

Sus mejillas adquirieron un bonito tono rosado y él se acercó, necesitando tenerla cerca. Las emociones que se agitaban en su interior eran tan inesperadas como indeseadas. No esperaba sentirse tan apegado a nadie, y menos a una mujer con la que ahora estaba prometido. Le hacía sentir nervioso, y más aún sabiendo que había una amenaza que conocía pero no podía eliminar.

Al menos no todavía.

—No, claro que no —Ella se rio y volvió a sentarse en el alféizar de la ventana—. Supongo que estoy un poco paranoica. Con el caballero de anoche que sabía quién era yo, pensé en vigilar la casa hoy y ver si descubría a alguien sospechoso merodeando por los arbustos o detrás de los árboles del parque, pero hasta ahora solo he visto a una niñera perseguida por su pupilo y a un pájaro ensuciar el hombro de un caballero, para su disgusto. Aunque no puedo quitarme la sensación de que me están observando —Se encogió de hombros—. Probablemente pienses que estoy siendo tonta, ¿no es así?

—En absoluto —discrepó, esperando que su intuición no fuera acertada—. No es mala idea estar alerta, pero el duque está

aumentando la seguridad aquí, y deberías dejar que otros monten guardia. Continúa con tu día y tu temporada y olvida esta locura. No necesitas cargar con esta preocupación.

Ella se volvió para mirarlo y un impulso abrumador de abrazarla se apoderó de él. No permitiría que le sucediera nada. No perdería a otra mujer a manos de alguien que buscaba vengarse de él simplemente por lo que su trabajo implicaba.

—No quiero que mis hermanas resulten heridas, y aunque sé que debemos casarnos, siento como si estuviera provocando al caballero para que haga algo, para que actúe, porque no he hecho caso a sus palabras —Hizo una pausa, con voz más suave—. ¿Y si sucede algo? ¿Y si casarme contigo las pone a todas en peligro? ¿Cómo podría vivir con eso?

—No se atrevería a tocar ni un pelo de tu cabeza, ni de tus hermanas. El duque y yo os mantendremos a todas a salvo. Lo prometo —Juró interiormente que esta vez sería diferente. Esta vez cumpliría su promesa y no causaría más angustia a nadie.

Sin pensar, extendió la mano y colocó un mechón suelto de su cabello detrás de la oreja. Era de un bonito color dorado, besado por el sol, que no podía esperar a ver suelto sobre sus hombros.

Ella lo observaba, con una pequeña sonrisa de complicidad en los labios. —¿Por qué estás aquí a solas conmigo otra vez? ¿Sabe el duque que estás aquí arriba conmigo?

—Lo sabe, y me dio permiso para venir a hablar contigo sobre lo de anoche con el desconocido, pero ya no quiero hablar del canalla. No deberíamos dejar que arruine el poco tiempo que tenemos juntos.

—La duquesa está fuera almorzando, pero el duque está abajo. No creo que debamos hacer nada más que hablar.

—El duque también fue al almuerzo.

—Oh... —Su atención se desvió hacia sus labios y el hambre se anuló en su estómago.

Maldita sea, ¿dónde estaba su control? ¿Su honor hacia su amigo de que mantendría las manos quietas?

No quería estar restringido por ninguno de los dos en este momento, y algo le decía que Evangeline también sabía muy bien ese hecho.

Capítulo

Veintidós

Evangeline no sabía exactamente qué le estaba pasando, pero lo que sí entendía era que su cuerpo cobraba vida cada vez que estaba cerca de Ezra.

Su prometido.

Aunque no quería casarse en las circunstancias en las que estaban siendo obligados, el hecho de que él estuviera aquí, visitándola, le daba un poco de esperanza de que quizás su futuro no sería tan sombrío como imaginaba.

Él no había querido una esposa, y ella no había querido un marido que no la adorara y amara. Verse forzados al matrimonio meramente porque su beso secreto había sido revelado no era el comienzo ideal para un matrimonio.

Y ahora esta amenaza externa que deseaba que ella se mantuviera alejada de él... Pues bien, no podía mantenerse alejada de él más de lo que podía dejar de respirar.

Le gustaba. Mucho más que cualquier otra persona de su conocimiento, y aunque no admitiría tales sentimientos ante él, estaban allí, y no podía ignorar que una pequeña parte de ella estaba feliz de que estuvieran comprometidos.

Aunque él no lo estuviera.

Era una persona terrible por sentirse así y debería dejar de regocijarse internamente por haber conseguido la mano de Lord St. George.

—Lamento que las circunstancias en las que nos vamos a casar no sean ideales, pero prometo que intentaré que nuestro matrimonio no te resulte tedioso.

—Tú no me aburres, Evangeline. En absoluto —extendió la mano hacia ella y jugueteó con sus dedos, con un pequeño ceño entre sus cejas—. Aunque no quisiera una esposa, tampoco quería verte casada con nadie más. Cada vez que te veía bailando con otro, quería arrancarte de su abrazo. Así que quizás, ahora que estamos comprometidos y me han forzado la mano, esto me ha salvado de cometer un error aún mayor que el que estamos a punto de hacer.

—¿Un error mayor? ¿En qué sentido? —preguntó ella, necesitando saber qué quería decir, escuchar todo lo que estaba pensando.

—Un error mayor en el sentido de que te habría perdido ante otro. Que te habrías casado y marchado, y yo no te habría visto. Hablado contigo. Bailado contigo —la miró a los ojos, los suyos de un azul tormentoso en el que ella podría perderse—. Besarte cuando quisiera.

—¿Disfrutas de mis besos, milord?

Él asintió, inclinándose hacia delante y casi rozando su nariz con la de ella.

—Me gusta besarte demasiado.

—¿Vas a besarme ahora? —Su cuerpo se encendió y ella se acercó a él, deslizando sus brazos alrededor de su cuello y presionándose contra él. Olvidó dónde estaban, sentados en la ventana frente a Grosvenor Square, o la amenaza bajo la cual ahora

vivían, pero tampoco pudo preocuparse ni un ápice por lo que cualquier otra persona pensara o viera.

Estaban comprometidos. Él era suyo y ella era suya. Que la gente hablara si eran lo suficientemente entrometidos como para estar observando la casa ducal.

—¿Quieres que te bese? —preguntó él con total seriedad.

Ella se empapó de su imagen. Por mucho que le asustara cómo sería su matrimonio, aún le deseaba más de lo que había deseado a nadie en su vida. Eso tenía que contar para algo y ser una bendición en una unión por lo demás desconcertante.

—Sí —Evangeline dudaba que hubiera alguna mujer en Londres que no deseara que Lord St. George la besara. Había un peligro en él, una naturaleza salvaje que había vislumbrado en el baile de máscaras de Lord y Lady Wilcox y que quería ver de nuevo.

Quería sentir la pasión que despertaba en ambos. Él era adictivo, su propio frasco de láudano.

—Bueno, ya que estamos prometidos, supongo que puedo complacerte por esta vez —se inclinó hacia delante y rozó sus labios con los suyos.

Algo dentro de ella se quebró al sentir su boca sobre la suya, y le devolvió el beso con toda la pasión que pudo reunir. Y con Ezra, había mucha de esa. Le besó, imitando todo lo que le había enseñado las dos últimas veces que se habían besado, y su entusiasmo dio sus frutos.

Él le devolvió el beso, arrastrándola a un mundo en el que ella se olvidaba de sí misma. Este beso nunca fue dulce, no fue una seducción lenta; era ardiente, salvaje y teñido de una necesidad que lo consumía todo. No podía negarse a sí misma el placer de él.

Después de todo, tenía veintidós años. Había esperado tanto tiempo para encontrar un marido, y tener uno que la hiciera sentir

tan maravillosa por dentro. Una bendición con la que solo podía soñar y estar agradecida.

Él la presionó contra el marco de la ventana, su mano deslizándose por su cintura para abarcar su pecho. Ella gimió en el beso y él se apartó, arrastrándola desde la ventana hacia el sofá.

Evangeline le siguió, sin cuestionar sus motivos o plan. Él se sentó y la miró, sus ojos cargados de deseo. Ella fue a sentarse a su lado, pero él la atrajo a su regazo en su lugar.

Ella se rió, pero pronto se serenó cuando su mano grande y cálida agarró el dobladillo de su vestido.

—No puedes hacer eso aquí. La puerta está sin llave.

—Déjame remediar eso —la levantó como si no pesara más que una pluma y la depositó en el sofá. Se dirigió a la puerta, el chasquido de la cerradura fue el único sonido en la habitación aparte de su acelerado latido.

Su mirada se clavó en la de ella mientras regresaba lentamente a su lado.

—Le prometí al duque que no te tocaría. Me temo, Lady Evangeline, que vas a convertirme en un hombre muy malo.

Ella se estremeció ante sus palabras y se mordió el labio. Él parecía salvaje e indómito, y la piel se le erizó de expectación.

—¿Cuán malo puedes ser? —Quería saber todo lo posible sobre cómo podría ser un futuro entre ellos. Ya estaba adicta a este aspecto del matrimonio. Si él llegara a enamorarse de ella, a adorarla, estaría perdida para siempre.

—Muy, muy malo —se arrodilló ante ella en el suelo y la empujó para que se recostara contra la silla. Ella hizo lo que le pedía sin cuestionar, su cuerpo encendido con ansiosa expectación.

Su mirada se clavó en la de ella mientras colocaba sus manos sobre sus rodillas, separando lentamente sus piernas. Incluso con las

yardas de tela, se sintió expuesta por su acción, y el calor besó sus mejillas.

No dejó de observarla mientras rodeaba la parte posterior de sus rodillas, acercándola un poco hacia él. Ella dejó escapar un pequeño chillido de alarma y sus labios se crisparon.

—¿Confías en mí?

Ella asintió, aunque no tenía la más mínima idea de lo que él estaba a punto de hacer, pero algo le decía que esto era travieso y no del todo permitido para una pareja recién prometida. Esto no era lo que se suponía que debía estar haciendo con un hombre que no era su marido, o en un salón de la casa de su hermana.

¿Y si alguien entraba? ¿O si su hermana la descubría? Y sin embargo, no le importaba ni podía detenerle. Una fascinación perversa se había apoderado de ella y no podía negárselo a ninguno de los dos.

—Confío en ti —respondió cuando su lengua decidió funcionar.

—Buena chica —deslizó el vestido sobre sus rodillas, exponiendo sus medias de seda. Se inclinó, su boca presionando besos húmedos y calientes en la sensible piel interior de su muslo. Su boca rindió homenaje a ambas piernas, sus dedos jugando con las cintas que sujetaban sus medias.

Ella le observaba, incapaz de apartar la mirada de su determinación y paciencia. Incapaz de comprender que había un hombre entre sus piernas besando su camino hacia arriba por su cuerpo.

Un escalofrío la atravesó, y se preguntó si sobreviviría a su plan. Evangeline no podía dejar de retorcerse. Una idea de lo que estaba a punto de hacer había echado a volar en su mente y no cesaba. Seguramente no lo haría. No era posible lo que estaba imaginando... El pensamiento era demasiado absurdo. Y, sin embargo, él

continuaba besando su camino hacia arriba por sus piernas, su lengua deslizándose contra su carne como si ella fuera una diosa a la que adorar.

Era demasiado: el hambre en sus ojos, su enfoque en ella era abrumador, y no estaba segura de que sobreviviría años siendo amada por este hombre. Ya consumía demasiado de sus pensamientos, y sus acciones hasta ahora la habían dejado un poco obsesionada.

Su vestido se arremolinaba alrededor de su cintura, y él lo empujó hacia atrás aún más, exponiendo sus calzones abiertos en la entrepierna. Evangeline no podía hablar, simplemente contuvo la lengua, esperando que a él le gustara lo que veía y que ella no muriera de vergüenza.

Ezra le lanzó una mirada que transmitía su placer y determinación.

Dios mío, era mortalmente guapo.

Bajó la cabeza y rozó sus labios sobre su monte de Venus y ella jadeó, perdida en la sensación que recorrió su cuerpo. Se aferró a la parte posterior de su cabeza, sus dedos apretando su pelo, anclándose a él, segura de que era la única manera en la que podía permanecer en la tierra.

Porque seguramente, iba camino al cielo.

Capítulo

Veintitrés

Maldita sea, Evangeline sabía a mujer y a pecado. Estaba hambriento de ella, su cuerpo ardía con una necesidad y una temeridad que no podía detener.

La atrajo bruscamente hacia el lado del sofá, besando su dulce piel como un hombre famélico. Ella se mecía contra él, su jadeo sorprendido —profundo y gutural— envió calor a su miembro. Le dolía, su verga dura como una roca mientras lamía su dulce hendidura hasta que ella se frotó contra su boca. —Eso es, Evangeline, toma lo que quieras.

Busca tu placer.

Tu dulce liberación.

Le lamió el botoncito, succionando su pequeño punto de placer en su boca hasta que ella gimió. —Ezra, oh sí.

No podía parar, sin importar el peligro que seguía acechando en sus vidas, o la posibilidad de que el personal les descubriera en cualquier momento. Quizás parte de la excitación surgía de lo desconocido, de la inquietud de que no estaban solos en la casa. Pero quería que ella se deshiciera contra su boca, sentir su liberación temblar contra sus labios y no podía parar hasta que lo hiciera.

—Sabes tan bien. Dime que te gusta mi boca sobre ti.

Sus ojos se encontraron con los suyos mientras él besaba su sexo, los de ella pesados de deseo. —Me gusta tu boca sobre mí —respondió sin vergüenza—. Me gusta todo lo que me haces.

—¿De verdad? —Se reclinó sobre sus talones y deslizó su pulgar sobre su botoncito, haciéndolo rodar bajo la yema—. Estás tan húmeda. Me deseas, ¿verdad? —No necesitaba oír la respuesta, podía ver que así era. Aun así, quería oírla decir las palabras, aunque solo fuera para aumentar su deseo.

—Sí. Sí te deseo —repitió.

Introdujo dos dedos en su calidez y bombeó con la mano, observándola completamente expuesta ante él, con las piernas abiertas, su bonito vestido veraniego arremolinado en su cintura, su coño a su disposición para provocar y saborear.

La visión era demasiado intensa, y no pudo negarse a sí mismo ni un momento más. Abrió violentamente su bragueta y tomó su verga con la mano, acariciándola e imaginando cosas que quería hacerle pero que no podía expresar en voz alta para no asustarla.

Un destello de culpa tiró de su pecho. ¿Y si alguien quisiera hacerle daño por su culpa? ¿Por su pasado? El peligro nunca había parecido más real. Y, sin embargo, allí estaba, incapaz de dejarla marchar. Obligándola a casarse porque no podía mantenerse alejado.

Evangeline le observaba con vivo interés. —Eres tan grande. ¿Puedo tocarte también?

Antes de que pudiera responder, ella se incorporó y le alcanzó, apartando su mano para acariciar su longitud. Cerró los ojos, saboreando la sensación de ella provocándole como él había hecho con ella. Estaba en apuros. Quería culminar. Quería ponerla boca abajo en el sofá frente a él y follarla sin sentido —enfundar su verga

en su apretado y caliente coño y cabalgarla hasta que ambos se deshicieran.

—Tan suave y, sin embargo, duro. Qué maravilla.

Rozó sus labios contra los suyos y él se perdió en un beso durante varios latidos. Dominó su boca, sus lenguas jugueteando, sus alientos mezclándose en el apasionado abrazo. Mordisqueó su labio, antes de lamerlo para aliviar el dolor, antes de que ella se apartara.

—Quiero sentirte contra mí. Te quiero dentro de mí, Ezra.

—No puedo tomar tu doncellez aquí y ahora. Eso debería ser para nuestra noche de bodas. —Pero maldita sea, quería hacerlo. Su cuerpo rugía por hacer lo que ella pedía, por no negarle nada, incluso por su propio placer egoísta.

—¿Tiene que ser entonces? Vamos a casarnos. ¿Realmente importa?

—A mí me importa.

Ella hizo un mohín y lo atrajo hacia sí hasta que la punta de su verga presionó contra sus pliegues.

—No hagas eso, Evangeline —gimió—. Tengo muy poco control como para no querer follarte aquí.

Por un fugaz segundo, se imaginó la puerta abriéndose de golpe, no con la furia de su cuñado, sino con algo mucho peor. Un hombre sin rostro con un dominó, igual que el del baile de máscaras. Su sangre se heló, incluso mientras su cuerpo ardía.

Una sonrisa traviesa elevó sus labios. —¿Y si quiero que me tomes aquí?

—¿Quieres que te folle? ¿No deseas que te haga el amor?

—¿Son diferentes? —preguntó ella—. ¿Qué prefieres tú?

Una buena pregunta. Una que no podía responder. Nunca había hecho el amor a nadie. O al menos, lo que estaba sintiendo ahora

con Evangeline era nuevo y desconocido. Los sentimientos y emociones que se enroscaban dentro de él eran extraños. Y eso en sí mismo le pinchaba con culpa.

—No puedo follarte. Eres doncella. Podría hacerte daño.

Ella se burló de sus palabras y movió su verga hacia su entrada, haciendo rodar la cabeza de su longitud alrededor de su sexo. —Oh, eso se siente tan bien...

Reprimió una maldición y respiró profundamente, intentó resistir las emociones desenfrenadas que luchaban por superar su control. Sujetó sus caderas y las mantuvo lo suficientemente alejadas para mantenerla a salvo.

—Tenemos toda la vida para hacer el amor en la cama. Ahora mismo te deseo tanto. Ahora mismo quiero que me folles.

—No sabes lo que pides —gruñó, arrastrándola hacia el suelo con él antes de darle la vuelta para que se apoyara contra el sofá, dándole la perfecta vista de su trasero respingón.

—Sé lo que quiero y lo que quiero que hagas. No soy una niña.

No, no lo era.

Se inclinó sobre su espalda y succionó el lóbulo de su oreja en su boca antes de darle un mordisco juguetón. —Esto puede doler al principio. ¿Estás segura de que quieres que lo haga?

—Sí —jadeó, estirándose hacia atrás para agarrar la nuca de él—. Te deseo tanto que me duele.

—Voy a quitarte ese dolor. —Ezra la presionó sobre el sofá y posicionó su verga en su entrada. Deslizó la cabeza de su hombría dentro, quedándose quieto un momento por la pura y dulce sensación que recorrió su columna. Se echó hacia atrás, cautivado por la visión de su verga presionando entre sus pliegues relucientes, abriéndola como una flor a punto de ser recogida.

—Joder, sí —respiró.

Ella gritó contra los cojines mientras él la estiraba para acomodarlo, sus dedos aferrándose al asiento mientras él presionaba lentamente dentro de ella.

—Tomarás todo de mí. —Sus palabras fueron una promesa, y se enfundaría hasta la empuñadura. Estaba tan húmeda. Y con presión constante, la hizo suya. Completamente alojado, se quedó inmóvil. Respiró a través del tumulto de emociones que invadía su cuerpo. Quería embestirla, tomarla, follarla como la locura que se apoderaba de su mente.

En cambio, esperó. Dejó que se adaptara.

Ella se presionó contra él, buscándolo más profundo, y su control se quebró. Sujetó sus caderas, salió y embistió dentro de ella. Bombeó su verga en su funda caliente y apretada, y perdió todo sentido de sí mismo.

—Tan, tan bueno.

Ella gimió contra el cojín. —Oh, sí, esto es lo que quiero. Quiero esto. Más, Ezra. —Su súplica era demasiado para negarla.

La reclamó, la marcó como suya desde este día en adelante. Sin importar cómo habían llegado a comprometerse, no podía arrepentirse de tener a Evangeline. Era maravillosa y la quería en su cama.

Alcanzó alrededor y rodó la yema de sus dedos contra su sexo, provocándola mientras la tomaba desde atrás.

Su mente quedó en blanco. Estaba seguro de que vio estrellas.

—Dime que te gusta. Dime que te gusta tenerme dentro de ti.

Ella gimió, su mano deslizándose sobre la suya y guiándolo para provocar su carne. Su verga se endureció aún más, y tomó un respiro calmante, tratando de negarse a sí mismo lo que su cuerpo ansiaba.

Liberación.

—Me encanta tenerte dentro de mí —gimió ella, empujando hacia atrás—. Pensé que esto dolería, pero es maravilloso. Quiero más.

Y él le daría más. Cualquier cosa que ella quisiera.

—Córrete para mí —ordenó, sintiendo sus testículos tensarse. Nunca se había sentido así —salvaje y fuera de control, una obsesión que ni siquiera este acoplamiento saciaría.

—Quiero hacerlo —jadeó ella contra los cojines—. Se siente tan bien, Ezra.

Él movió sus dedos con más determinación, tomándola en un ritmo que lo dejó completamente desconcertado. Se inclinó contra su espalda, respirando el bonito aroma a jazmín de su cabello. Besó la ligera capa de sudor que se había posado en su cuello.

—Córrete para mí, Evangeline —ordenó—. Sé una buena chica y haz lo que te digo.

—Sí —respondió ella, sin aliento.

Y entonces lo sintió. Los pequeños temblores que crecieron y aprisionaron su verga. Evangeline gritó su nombre contra los cojines, amortiguando su grito mientras él la follaba a través de su liberación. Sus testículos dolían. Su verga, rígida, cabalgaba su clímax, deleitándose en el empuje y tracción de su cuerpo a su alrededor mientras ella trabajaba sobre él.

Tan condenadamente caliente. Atrevida. Y suya.

Mía...

Su liberación rugió a través de él y llamó su nombre una y otra vez mientras se corría, derramándose en su dulce calor, bombeando su semilla en su cuerpo.

Sujetó su cintura, la usó como apoyo mientras sus rodillas se doblaban bajo el dulce alivio que lo recorría. Salió y deslizó el vestido

de ella sobre su trasero, luego se arrodilló detrás de ella, observando cómo lentamente se recomponía y se sentaba en el suelo frente a él.

—Vaya, nunca... —dijo ella, su rostro sonrojado, sus ojos brillantes de excitación.

—Ni yo —murmuró, inclinándose hacia delante y robando otro beso.

Su cuerpo estaba saciado, vibrando de placer, pero su mente bullía. ¿Qué había hecho? Incluso después de tal liberación, lo sentía —ese temor silencioso royendo el borde de algo bueno. Ella era más que deseo ahora. Era un riesgo. Una necesidad que ya no podía negar. Y si algo le pasaba a ella... nunca se lo perdonaría a sí mismo.

Sin estar seguro de dónde venía su necesidad de tocarla, de mostrar afecto, pero sabiendo que no podía negarse nada cuando se trataba de la mujer frente a él.

Su futura esposa.

Capítulo

Veinticuatro

Más tarde esa misma tarde, Evangeline se bañó y se preparó para el baile que se celebraría esa noche en la casa de Lord y Lady Abernathy, justo al otro lado de la plaza donde vivían.

Su cuerpo aún vibraba por la tarde que había pasado con Ezra. Se sentó ante su tocador y cogió su cepillo, pasándolo por su cabello mientras esperaba a su doncella. Su mente estaba perdida en el recuerdo de lo que habían hecho. La pasión ardiente. La innegable necesidad que la invadía y que no se saciaría hasta que él le diera lo que anhelaba.

A él.

La idea de estar casada con un hombre tan apasionado era algo que había esperado pero en lo que no había depositado todas sus esperanzas. Pero sentir lo que sentía cuando estaba con su futuro marido... había esperanza de que su unión pudiera convertirse en amor.

Una lástima que bajo esa esperanza, persistiera un escalofrío: un recordatorio de la amenaza del extraño enmascarado. Una advertencia que no podía simplemente olvidar, sin importar lo que Ezra le hiciera sentir.

Sonó un golpe en su puerta y entró su doncella, llevando su vestido de seda y tul rosa oscuro para la noche, seguida de su hermana, que entró tras ella.

—Ah, qué bien, ya te has bañado. Esperaba poder hablar contigo antes de que bajáramos a cenar.

—Por supuesto —Evangeline se giró para mirar a su hermana, que fue a sentarse frente a la chimenea apagada.

—¿Podrías dejarnos, por favor, Clare? Evangeline te llamará cuando te necesite de nuevo.

—Por supuesto, Su Excelencia —su doncella hizo una reverencia y salió de la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Evangeline, con el corazón acelerado por la seriedad del tono de Rosalind. Esperaba que el duque y la duquesa no se hubieran enterado de su encuentro con el conde esa tarde. No había pensado que hubiera personal merodeando, pero nunca se sabía en estas grandes casas.

—Ha llamado nuestra atención que el extraño que te abordó en el baile de máscaras de los Wilcox podría ser tan peligroso como amenazó. Por lo tanto, en cualquier excursión, ya sea de compras, paseos o cabalgatas por el parque, te acompañarán Henry y Charles, dos de nuestros lacayos más corpulentos, que han accedido a protegernos si fuera necesario. Además, el duque ha enviado órdenes a la finca para aumentar el personal y la seguridad hasta que regresemos al final de la temporada.

—Creo que es sensato —frunció el ceño ante la idea de ser herida debido a una situación que no tenía nada que ver con ninguno de ellos—. ¿Realmente crees que ese hombre busca venganza tan desesperadamente que estaría dispuesto a herir a personas inocentes? No le hemos hecho nada —su voz tembló al recordar el destello en los ojos del extraño. La certeza en su

amenaza. Esto era más que una venganza vana. Había un propósito detrás de su crueldad. Un mensaje destinado a Ezra.

Pero, ¿qué había hecho Ezra para merecer tal trato? No podía comprender semejante odio.

—Creo que cuando las personas están heridas y son incapaces de perdonar, entonces sí, son capaces de cualquier cosa. Debemos estar alerta.

Evangeline asintió. —Me aseguraré de no ponerme en riesgo, pero estoy segura de que Lord St. George me protegerá.

Su hermana sonrió. —Estoy segura de que lo hará —hizo una pausa—. ¿Cómo fue tu visita con él esta tarde? Mi doncella mencionó que se quedó bastante tiempo...

El calor encendió las mejillas de Evangeline, y se levantó, dirigiéndose a su mesita de noche y recolocando los libros que estaban apilados allí. —Hablamos de muchas cosas —dijo, recordando su rostro hundido en los cojines mientras él la poseía con una ferocidad que le provocaba un delicioso dolor—. Discutimos sobre la boda y cosas importantes como esas.

—Me estás mintiendo. Puedo notarlo.

Evangeline oyó los pasos de su hermana pero no pudo darse la vuelta para mirarla. Si lo hacía, Rosalind sabría la verdad, y no necesitaba ser reprendida por ser tan imprudente.

No cuando tenía tan poco control en lo que a Ezra se refería. No cuando el mundo fuera de su abrazo parecía mucho más aterrador que las consecuencias de ceder.

—Evangeline, mírame —exigió Rosalind, y sin esperar a que respondiera, la tomó por los hombros y la hizo volverse. Su hermana observó sus facciones antes de que sus labios se tensaran en una línea de desaprobación—. Hicisteis más que besaros. Puedo verlo escrito en toda tu cara culpable.

—No pretendía que pasara nada. Simplemente ocurrió —Evangeline había prometido dejar de mentir a su familia. Ella había iniciado todo lo que había sucedido en la sala, había provocado a Ezra hasta que él no se atrevió a negarse. Era una descarada y merecía ser reprendida.

—¿Te acostaste con él? Le prometió al duque que no te tocaría.

—Por favor, no digas nada —Evangeline alcanzó a Rosalind—. Podría arruinar su amistad, y vamos a casarnos de todos modos. No importa ahora. Todo saldrá bien.

Incluso mientras las palabras salían de sus labios, se preguntó si eso era cierto. ¿Y si la amenaza que acecha en las sombras consigue interponer una barrera entre ella y Ezra, o algo peor?

—¿Y qué pasará si le ocurre algo horrible a St. George y no puedes casarte, pero descubres que estás esperando? Estarás arruinada, junto con nuestras hermanas en casa.

La idea le robó el aliento. No solo su reputación, sino las reputaciones de sus hermanas. Serían condenadas junto a ella, todo por culpa de su corazón. —No me regañes, Rosalind. Sé que no fuiste ninguna santa en Londres con el duque antes de casarte con él —dijo en un intento de sentirse mejor—. He dicho que lo siento, y lo estoy, pero no puedo cambiar lo que siento por mi prometido. Creo... creo que me estoy enamorando de él, y por eso negarme algo cuando se trata de él me parece incorrecto y simplemente no puedo hacerlo. No soy lo suficientemente fuerte.

Rosalind suspiró y se desplomó en la cama. —Eso, desgraciadamente, lo entiendo. Pero ten cuidado. Hasta que pronuncies esos votos, te estás poniendo en riesgo y no quiero verte herida, ni a nuestras hermanas.

—No sé si puedo negarme algo cuando se trata de St. George. No soy yo misma cuando estoy con él. Me hace sentir cosas que no

sabía que fueran posibles. Creo que estoy un poco obsesionada, Rosalind.

Su hermana se rió, negando con la cabeza. —No le des tanto poder sobre ti, Evangeline, aunque sigas sintiendo todas esas cosas. Él no necesita saber cuánto ocupa tus pensamientos.

Su hermana tenía razón. Intentaría mantener su obsesión por su futuro marido más para sí misma que para nadie más. —Lo haré. Lo prometo —hizo una pausa—. Y tendré cuidado en los bailes y fiestas, me aseguraré de no estar nunca sola y en riesgo de encontrarme con el hombre que tanto desprecia a St. George.

—Me pregunto qué habrá pasado en la vida de Lord St. George para tener semejante enemigo. He intentado obtener información del duque, pero no dice una palabra. Sé que lo sabe, bueno, estoy segura de que lo sabe, pero sigue diciendo que hubo alguna pérdida por la que el conde se culpa, pero nada más. Quizás él tampoco lo sepa.

—Eso es todo lo que Ezra me ha contado también. Y quizás nunca lo sepamos —pero una parte creciente de ella quería saberlo. Necesitaba saberlo. Si iba a casarse con Ezra, tenía que entender el peligro al que se enfrentaban. Porque ya no solo era su vida la que estaba en juego.

—Hmm —Rosalind se levantó—. Bueno, será mejor que nos preparemos para la cena y el baile de esta noche. Te veré abajo dentro de una hora.

—Te veré entonces —después de llamar a su doncella, Evangeline volvió a su tocador, contenta de haber hablado con su hermana y de que ahora supiera lo que había hecho con el conde. No le gustaba guardar secretos, especialmente a sus hermanos.

Su doncella entró y cerró la puerta tras ella. —¿Cómo desea llevar el cabello esta noche, mi señora? —preguntó, colocándose

detrás de ella.

—Recogido esta noche. Y tal vez al estilo griego que vimos en *Lady's Magazine*. Deseo sentirme como una nueva mujer esta noche.

Su doncella arqueó las cejas pero no dijo una palabra, simplemente se puso a peinarla como deseaba. Evangeline observó y se maravilló de la habilidad de su doncella. Expectación y mariposas revoloteaban en su estómago ante la idea de ver a Ezra de nuevo. Se había visto tan desaliñado aquella tarde, sus labios enrojecidos por sus besos, sus ojos oscuros y salvajes de deseo, el cabello despeinado después de que ella pasara sus dedos por él.

Se estremeció ante ese pensamiento y esperó poder mantener la promesa que le había hecho a su hermana. Realmente necesitaba comportarse, y sin embargo, había algo en su prometido que la hacía querer ser traviesa.

Qué deliciosamente divertido era ser mala.

Siempre había sido una buena hija y hermana. Pero, entonces, todas lo habían sido. Habían intentado desesperadamente ganarse el amor de su padre, una esperanza fútil que nunca se había materializado.

Pero con Ezra, ya sentía que él se preocupaba por ella y que ese afecto inicial llevaría al amor. Tenía que creer que así sería. Había pasado gran parte de su vida sintiéndose despreciada (exceptuando por sus hermosas hermanas), no podría soportar una vida con un marido que la tolerara, pero nada más.

Ezra no le haría eso.

A menos que este extraño hiciera algo para arrebatarle ese futuro. A menos que el pasado del que Ezra se negaba a hablar volviera para atormentarlos a ambos.

—¿Debo usar sus joyas de zafiro rosa esta noche, las que le regaló la duquesa? El collar y los pendientes irán perfectamente con el vestido, Lady Evangeline.

Asintió, sabiendo que esta noche era la ocasión perfecta para tales accesorios. —Creo que sí, serían perfectos.

Su doncella terminó de peinarla, y ella se vistió para la cena, sabiendo que cambiaría nuevamente antes de ir al baile.

Pronto, muy pronto, vería a Ezra de nuevo. Y esta noche, el *ton* estaría al tanto de su compromiso. Podrían bailar dos veces sin levantar cejas. Podrían hablar y permanecer juntos toda la noche.

A menos que algo, o alguien, intentara impedirlo.

Apartó ese inquietante pensamiento. No, eso no ocurriría. Ezra y el duque las mantendrían a salvo, tenía que creer eso. No podía estar tan cerca de la felicidad para que se la arrebataran antes de que hubieran comenzado.

Capítulo

Veinticinco

El baile estaba en pleno apogeo cuando llegaron. El aire de la noche estaba perfumado con flores recién cortadas, y la música suave se filtraba por las altas ventanas, derramando una luz dorada sobre el camino de grava como si fuera miel. Esa noche, Lady Halverton había decorado sus salones de entretenimiento con follaje, dando la impresión de que todos bailaban dentro de un hermoso jardín lleno de flores.

En el interior, el techo del salón de baile estaba adornado con guirnaldas de flores primaverales, con hiedra que trepaba por las columnas y cruzaba los umbrales. Un sutil aroma a rosas y jazmín perfumaba el aire, mezclándose con la calidez de la luz de las velas de las arañas de cristal sobre sus cabezas. El vestido de seda rosa de Evangeline armonizaba con la colorida exhibición de atuendos que los invitados habían elegido para el evento de temática primaveral, y la sala parecía un ramo de flores.

—Ven, Evangeline, vamos a hablar con Lord y Lady Carrisford, a quienes veo de pie cerca de las puertas de la terraza.

—Por supuesto —Evangeline siguió a su hermana y al duque, pero después de saludar a Lord y Lady Carrisford, se mantuvo a un lado, observando el baile y comprobando constantemente la entrada

en busca de un prometido particularmente alto y apuesto que ahora era suyo.

Hasta el momento, no le había visto por ninguna parte, y solo podía suponer que aún no había llegado. Esperaba que no se hubiera retrasado demasiado. Deseaba desesperadamente volver a verlo.

Ya sentía su cuerpo en tensión, con la expectación vibrando por sus venas de estar cerca de él, compartiendo una mirada o un roce robados.

Apenas podía esperar.

Divisó a un caballero cojeando hacia ella y sintió que sus ojos se ensanchaban cuando se dio cuenta de que era el señor Fournier.

—Lady Evangeline —dijo, intentando hacer una reverencia, pero con dificultad debido a la lesión en su pierna.

—Señor Fournier, buenas noches. Y aunque me alegra ver que está nuevamente en sociedad, ¿cree que está preparado para asistir a un baile? —Se inclinó para asegurar la privacidad—. Su lesión, señor. Espero que se haya curado.

Él le lanzó una mirada que decía más que las palabras que ella no necesitaba preocuparse.

—Todo está bien, mi señora, pero le agradezco su preocupación —hizo una pausa, moviéndose para situarse a su lado—. Aunque sería una negligencia de mi parte no felicitarla por su próximo matrimonio con Lord St. George. Lo leí en el periódico esta mañana. Me sorprendió bastante ver el anuncio, pero así es como juega esta sociedad. Si estás ausente, te lo pierdes.

Evangeline le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Estoy muy contenta con mi elección, señor Fournier. Gracias por sus amables buenos deseos.

Él le dedicó una pequeña sonrisa, pero ella pudo notar que estaba decepcionado. El pobre hombre, a pesar de todas sus tonterías, era bastante amable.

—Bueno, no desperdiciaré más su tiempo. Me iré. Damas que cortejar y todo eso.

Evangeline se rio y le vio alejarse cojeando. La sala resplandecía con elegancia, la seda y el tul que llevaban las damas esa noche barriendo el suelo pulido mientras las parejas bailaban en un remolino de colores bajo un dosel de flores. El vello de la nuca se le erizó y miró hacia las puertas del salón de baile y vio la razón de su reacción.

Lord St. George estaba en el umbral, con los ojos clavados en ella antes de adentrarse entre la multitud y dirigirse hacia ella. Tomó un respiro para calmarse e intentó sosegar su corazón. El hombre era tan imponente, tan apuesto, y mirando alrededor de la sala, notó que no era la única dama que había advertido su llegada.

Aun así, el anuncio de su compromiso era ahora público, y las damas que lo miraban como un dulce para mordisquear tendrían que llorar en sus pañuelos, porque él era suyo.

Todo suyo, y no lo compartiría. Nunca jamás.

—Buenas noches, Excelencias —dijo, acercándose a su pequeño grupo antes de volverse hacia ella—. Lady Evangeline, buenas noches a usted también —Le tomó la mano y besó su guante de seda, sus ojos encontrándose con los de ella, prolongando el beso en su mano mucho más de lo que debería.

Su atención sobre ella le recordó lo ocurrido antes, cuando él estaba haciendo algo diferente con su boca antes de mirarla a los ojos. Se estremeció ante el recuerdo y no pudo evitar la pequeña sonrisa cómplice que curvó sus labios.

—Lord St. George. Me alegro de que pudiera venir. No pensé que vendría. Ya llevamos aquí media hora.

—Estaba en mi club y me entretuve —No dio más explicaciones, simplemente se colocó a su lado. Le tomó la mano y la besó antes de deslizarla sobre su brazo—. ¿Qué quería el señor Fournier contigo? Veo que está aquí, aunque cojeando como un hombre corneado por un ciervo salvaje.

El tono de condescendencia era claramente audible y ella negó con la cabeza.

—No seas cruel con él. Creo que ya se siente bastante tonto sin que otros le tomen el pelo o hablen así de él.

Los labios del conde se crisparon.

—Le vi besarte. ¿Dijo algo?

—Solo palabras para felicitarnos por nuestro compromiso —Bebió la imagen de Ezra con los ojos, deseando que estuvieran en cualquier lugar menos allí. Ya casados sería una bendición; en casa, en sus aposentos privados—. Estaba decepcionado de que haya aceptado ser tu esposa, pero fue lo bastante caballero como para no decir nada hiriente sobre nuestro compromiso.

—Como debe ser.

Evangeline entrecerró los ojos mirando al conde, preguntándose por qué parecía un poco contrariado.

—¿Está todo bien, mi señor? Pareces un poco distraído.

Él negó con la cabeza.

—En absoluto. Todo está tan bien como puede estar.

—¿Qué quieres decir con eso? —Esperó a que él respondiera, y aun así permaneció irritantemente silencioso. Un músculo se tensó en su mandíbula y ella supo con certeza que algo no iba bien—. Ezra, ¿qué ocurre? —preguntó directamente.

Él miró alrededor antes de alejarla un poco del duque y la duquesa.

—Casarte conmigo te está poniendo en peligro. Deberías casarte con un caballero seguro y embelesado como el señor Fournier. Hacerlo garantizaría tu seguridad, y posiblemente con el tiempo te daría el matrimonio por amor que quieres.

El temor se instaló en su estómago y se llevó la mano allí para combatir los nervios que le hacían girar la cabeza.

—No deseo casarme con el señor Fournier, ni con nadie más, y ciertamente no después de lo que hemos hecho juntos, mi señor. ¿Ya lo has olvidado? ¿Tan fácilmente me desechas?

Él la miró entonces. El dolor resonaba en sus ojos azules, pero ella no podía entender lo que estaba sucediendo. ¿Por qué decía tales cosas?

—Lo siento, Evangeline. Me preocupo por ti, y me siento culpable por haberte forzado a este matrimonio, eso es todo. No he olvidado nada de lo que hemos hecho.

—¿Así que te casarás conmigo igualmente? —La idea de que no lo hiciera le produjo un escalofrío en la columna vertebral. ¿Qué haría si él rompía el compromiso? ¿Y si quedaba embarazada de su hijo? Estaría arruinada y sus hermanas con ella. Incluso el duque y la duquesa tendrían dificultades para enfrentarse a la sociedad con un familiar escandaloso.

—Sí, sí, por supuesto —Extendió la mano y colocó un mechón suelto de su cabello detrás de la oreja—. Lo siento. Estoy preocupado y lleno de culpa esta noche, pero debes saber que no te abandonaré. Nunca te haría eso.

Ella suspiró aliviada, contenta de oír que no lo haría.

—Seré cuidadosa y seguiré las reglas que tú y el duque habéis establecido para mantenernos a salvo hasta que se solucione lo de

este misterioso hombre de tu pasado.

Él asintió, frunciendo el ceño hacia la multitud de invitados.

Evangeline se armó de valor para preguntar lo que desesperadamente quería saber.

—¿Me dirás por qué tienes enemigos? ¿Qué pasó cuando estabas en el extranjero para que esta amenaza te haya seguido hasta casa?

Un músculo se tensó en su mandíbula mientras miraba al frente, y por un momento ella pensó que no respondería.

—Ven —dijo, llevándola hacia una puerta lateral del salón de baile y lejos del entretenimiento. Los sonidos de la orquesta se amortiguaron mientras se escabullían. Caminó rápidamente por la casa hasta que se dirigieron por los jardines traseros hacia las caballerizas—. Mi carruaje está aparcado aquí, y si deseas saber la verdad sobre mi pasado, es mejor que nos marchemos y regresemos a tu casa. Enviaremos una nota al duque y a la duquesa informando que dejaste el baile debido a un dolor de cabeza o algo así.

Evangeline no se atrevió a discutir, por mucho que hubiera esperado celebrar su primera noche como pareja comprometida con la *ton*. En su lugar, subió al carruaje y se sentó en silencio mientras se dirigían a través de la plaza hacia la mansión ducal.

—Podríamos haber caminado hasta casa —comentó cuando se detuvieron frente a la residencia de su hermana.

—De todos modos necesitaré mi carruaje para regresar a casa, así que era más fácil asegurarlo ahora —Un lacayo abrió la puerta y Ezra bajó antes de volver a extender la mano para ayudarla a descender.

Entraron en la casa, y su estómago rugió, habiendo perdido la cena.

—¿Puedes hacer que lleven té y algunos sándwiches al salón de arriba, por favor, James?

—Por supuesto, mi señora —dijo el lacayo antes de dirigirse hacia las escaleras de la cocina.

Evangeline comenzó a subir las escaleras y podía sentir a Ezra detrás de ella. El peso de sus palabras se asentaba sobre ella como piedras. ¿Era malo su pasado? ¿Viviría siempre bajo esta nube de peligro?

Fuera lo que fuese, le hacía sentir que lo que estaba a punto de descubrir sobre su pasado cambiaría todo respecto a su futuro.

Capítulo

Veintiséis

Evangeline decidió no sentarse en el canapé que habían ocupado apenas ese mismo día y, en su lugar, fue a sentarse en el pequeño escritorio de señora. El mueble de nogal era delicado y refinado, adornado con plumas de mango de marfil, y una única flor prensada reposaba sobre algunas cartas, una clara señal de que estaba destinado a la correspondencia privada de la duquesa.

Ezra se sentó frente a Evangeline y se preparó para contarle la verdad sobre su vida. Al menos las partes que ella necesitaba conocer. Por supuesto, ella no podía saberlo todo —nadie podía—, pero él podía disipar algunas de sus dudas y explicarle el aprieto en el que ahora se encontraban.

Ella se sentó y lo observó, sus hermosos rasgos haciéndole olvidar por un momento todas las preocupaciones que los agobiaban en ese instante. Podría perderse en sus ojos, en su dulzura. El simple hecho de estar aquí con ella, a solas y comprometidos, le hacía querer olvidarse del mundo exterior y dedicarse solo a hacerla feliz.

—Estoy lista para escuchar lo que ocurrió, Ezra —dijo ella, prestándole toda su atención.

Él se reclinó en su silla y cruzó las piernas. —Cuando vivía en el extranjero, trabajaba para la Oficina de Asuntos Exteriores como Hombre del Rey —continuó contándole dónde había estado destinado y las modificaciones a su apariencia para poder mantener el anonimato. Le contó lo que ella podía saber, mientras mantenía ciertos hechos para sí mismo.

—¿Un espía? —Lo miró como si le hubiera brotado una segunda cabeza.

No podía culparla. La posición que una vez ocupó en el extranjero no era lo normal, y muy pocas personas de su clase eran contratadas para tales funciones.

—No sé qué decir —dijo ella. Él podía ver que su mente estaba acelerada, pensando, saltando a quién sabe qué imaginaciones—. Así que el caballero que me amenazó obviamente sabe quién eres. ¿Eso no ayuda de algún modo a descubrir quién es? Me imagino que tu círculo de personas de confianza era pequeño. Evidentemente, alguno de ellos ha revelado tu identidad.

—Nadie en Italia sabía quién era yo, de ahí que no sepa quién podría ser —excepto Luisa, a quien se lo había contado, pero ella había fallecido. Ella no habría traicionado su confianza. Lo había amado. Se pasó una mano por el pelo, odiando que la culpa por su muerte todavía lo atormentara. El fuego parpadeante en la chimenea proyectaba sombras en las paredes, coincidiendo con la oscuridad que se acumulaba dentro de él ante el recuerdo. Una señal segura de que su muerte lo perseguiría por el resto de su vida.

—Bueno, alguien lo sabe —hizo una pausa, frunciendo el ceño pensativa—. Quiero ayudar, pero todo lo que puedo decirte es que el hombre tenía pestañas largas y oscuras y labios similares a los tuyos. Es por eso que pensé que eras tú al principio, pero por lo demás era irreconocible, aunque no me corrigió cuando supuse que

eras tú. Sonaba británico, pero podría haber estado intentando ese acento, no lo sé.

Un hecho preocupante que no hacía sentir mejor a Ezra. —No puedes contarle a nadie lo que una vez ocupó mi tiempo. Hay personas investigando esta amenaza, y pronto nos libraremos de él.

—No vas a matarlo, ¿verdad? A pesar de toda su ira hacia nosotros, no deseo que nadie muera.

—Si pone una mano encima de ti o de tu familia, se enfrentará a toda mi ira, antes de que la ley intervenga en su futuro —eso Ezra podía prometerlo, y no estaba suavizando sus palabras—. Perdí a una persona bajo mi cuidado en el pasado. No perderé a otra. Ciertamente no a la mujer que va a ser mi esposa.

Ella le lanzó una pequeña sonrisa secreta antes de bajar la mirada al escritorio. Frunció el ceño y recogió una misiva dirigida a ella, una que solo podía suponer que su hermana había olvidado entregarle. Evangeline rompió el sello y la abrió.

—¿De quién es la carta? —preguntó él.

Su ceño se profundizó. —Es una nota realmente, solo unas pocas palabras, pero...

—¿Puedo leerla? —preguntó.

Evangeline lo miró y sus ojos se enfriaron de emoción. —Dice que estabas comprometido para casarte cuando estabas en el extranjero. Que tu prometida murió en tus manos —hizo una pausa —. ¿Es eso cierto?

Ezra alcanzó la misiva y la leyó rápidamente. Maldita sea, no había pretendido que Evangeline se enterara de su compromiso anterior de esta manera. Había querido contárselo, explicarle... La misiva temblaba ligeramente en su agarre como si el mero recuerdo de la muerte de Luisa hubiera encontrado su camino en la tinta.

¿Entonces por qué no le has contado todo ya?

Colocó la misiva de nuevo en el escritorio y la enfrentó. —Estuve prometido a una mujer llamada Luisa Rossi. Tenía una edad similar, y la apreciaba profundamente. Y debido a mi posición, la mataron. Un error con el que vivo a diario y que no permitiré que vuelva a suceder. No toleraré ni cederé un ápice a cualquier villano que se atreva a amenazarte como lo hicieron con ella.

—¿Estabas comprometido? —repitió ella, con asombro en su rostro—. ¿La amabas?

Oh, demonios. No había querido responder a esa pregunta. No cuando, hasta ahora, no habían hablado ni discutido sobre las emociones o sentimientos que nadaban entre ellos. O lo que él había sentido en una vida que parecía haber ocurrido hace cien años.

—La apreciaba profundamente y supongo que admitiré que estaba enamorado de ella. No digo esto para herirte, Evangeline. No quita nada de lo que está sucediendo entre nosotros. Estamos separados de mi pasado.

Ella miró la nota, pero él podía ver que debatía sus palabras. —Y si te dijera que creo que me estoy enamorando de ti, ¿cuál sería tu respuesta? ¿Me dirás que sientes lo mismo que sentías por tu prometida en Italia? ¿O me dirás lo que ya temo que sea verdad?

¿Temer que sea verdad? ¿Qué estaría pensando? —Evangeline, lo que siento por ti es independiente de lo que sucedió en mi vida antes de regresar a Londres. No me preguntes sobre ese tiempo. Era un hombre diferente entonces. Creía que podía controlar cosas que no podía. Quizás incluso era arrogante al pensar que nada me ocurriría excepto a mí. No quiero responder a esa pregunta porque no creo que sea algo que deba discutirse.

—Porque no quieres admitir que amabas a la señorita Rossi y no me amas a mí. Que nuestro matrimonio nos está siendo impuesto porque nos sorprendieron juntos y nuestro beso se hizo conocido.

Admítelo —dijo, con tono frío, sus ojos desprovistos de emoción—. Admite que, aunque pueda gustarte mucho, y no dudo que me desees, no me amas. Y sería una tonta si pensara que este compromiso es algo más que un acuerdo que mantiene el escándalo lejos de las puertas de Ravensmere y St. George.

Ezra se inclinó hacia adelante, necesitando que ella entendiera. —Aunque no sé lo que siento —apenas nos conocemos desde hace un mes— sé que me gustas. Que espero con ansias casarme contigo. Te deseo, siempre. Verte incluso ahora me hace querer alcanzarte, abrazarte y besarte. ¿No es eso suficiente para comenzar un matrimonio feliz?

Ella cruzó los brazos y se reclinó en su silla, poniendo espacio entre ellos. —Tengo poca elección ahora más que aceptar tal comienzo, ¿no es así?

La habitación pareció encogerse, cargada con las palabras no dichas y el silencio persistente entre su conversación. —Evangeline, tengo un pasado. Un pasado que no puedo cambiar, y uno que ya terminó. No quiero que estemos en desacuerdo por esto. No hay necesidad de ser así.

—Estabas tan en contra del matrimonio. Antes de nuestro beso mencionaste que no buscabas esposa, y ahora me entero de que estabas comprometido. ¿Cómo crees que me hace sentir eso? Aunque sé que tienes un pasado, y sé que cometí un error al pedirte que me besaras en Richmond, una pequeña parte de mí esperaba... —hizo una pausa, mirando a través de la habitación lejos de él, recomponiéndose—. Supongo que una pequeña parte de mí esperaba ganarme tu afecto y que cambiaras de opinión. Que me pidieras ser tu esposa porque querías que lo fuera, no porque fuéramos obligados. Y aunque eso no sucedió, escuchar que amabas tanto a otra que querías que fuera tu esposa, mientras que yo solo

me convertiré en la próxima Condesa St. George porque mi tutor descubrió que nos habíamos besado... bueno, es humillante, por no mencionar desgarrador.

Ezra miró fijamente a Evangeline, inseguro de cómo arreglar esto. La verdad era como ella la había expuesto, pero eso no significaba que siempre sería así. —Con el tiempo mi afecto por ti —y tengo mucho hacia ti, no te habría besado, no me habría sentido atraído por ti si no me gustaras— crecerá —suspiró—. No pensé en conocer a una mujer como tú cuando regresé a Londres. No sabía que me sentiría tan atraído por ti como lo he estado. Por favor, no te angusties por lo que has descubierto esta noche. Intentaré hacerte feliz, te lo prometo.

Evangeline lo miró, pero él podía ver la duda, el dolor en su mirada. —En cualquier caso, poco puedo hacer al respecto ahora. Estamos comprometidos y no hay nada que se pueda hacer sobre eso.

Capítulo

Veintisiete

Durante los dos días siguientes, Evangeline permaneció en casa y pidió a Rosalind que la excusara de cualquiera de los eventos a los que debían asistir. Rosalind había sido dulce y le había concedido tiempo alejada de la sociedad, y afortunadamente no insistió en saber qué le preocupaba.

Lo cual, desafortunadamente, era bastante.

El salón de baile resplandecía con la luz de las velas, las arañas reflejaban cientos de puntos dorados fragmentados a través del suelo de parqué y las cornisas doradas. El aire perfumado a rosas flotaba desde grandes urnas rebosantes de flores primaverales: peonías, tulipanes, lilas. La orquesta en el extremo opuesto de la sala tocaba una melodía ligera y elegante de violines y flauta, su sonido casi ahogado bajo el murmullo de las conversaciones y el roce de las zapatillas de satén sobre los suelos de roble pulido.

Ella permanecía en los márgenes de la pista de baile, bebiendo a sorbos una copa de ratafia mientras observaba a quienes disfrutaban de un minué, aunque en realidad veía muy poco. Su mente no podía dejar de dar vueltas a lo que Lord St. George había dicho. O más bien, a lo que no había dicho.

Él no la amaba.

Su matrimonio no sería por amor, y quizás nunca llegaría a serlo. Y aunque ella se casaría con él —tenía pocas opciones al respecto—, un vacío se había abierto en su interior con sus palabras y no se cerraba.

No quería ser la única ocupante del matrimonio que estuviera enamorada.

Porque se había enamorado de él, posiblemente desde el primer momento en que lo vio. ¿Cómo no maravillarse y caer bajo el hechizo de un hombre tan apuesto? Un hombre con un buen corazón, aunque ese corazón hubiera sido entregado a otra años atrás, y que ahora no tenía uno para dar.

Al menos no a ella.

¿Seguiría amando a Luisa? ¿Seguiría lamentando su pérdida? Él no había querido una esposa, así que solo podía suponer que esa era una de las razones, además de su ocupación como espía.

Se puso rígida, con los finos cabellos de la nuca erizados. El calor de su tacto le quemó a través de la fina muselina de la manga, demasiado deliberado para ser accidental, antes de que las palabras profundas y susurradas a su lado le robaran el aliento. Evangeline fue a girarse, a enfrentarse al enemigo sin nombre, pero él le sujetó el brazo y la sacudió para que permaneciera mirando al frente.

—No se gire, mi señora, pero me he enterado de que no ha prestado atención a mi advertencia. Habrá repercusiones por no hacer lo que le dije.

Apretó los labios, reprimiendo el grito que pugnaba por salir de su garganta. No aquí. No ahora. Pero, Dios mío, quería gritar. —Con un solo grito será usted descubierto, señor. No me amenace.

Él se rio, su mano en el brazo pellizcándole la delicada piel. —Si lo hace, tengo preparada mi venganza contra Lord St. George y

contra usted, ahora que está prometida con ese asesino. Tal acción sería poco aconsejable.

Evangeline permaneció en silencio mientras asimilaba sus palabras. ¿Asesino? ¿Qué quería decir con eso? —¿Qué quiere? —preguntó.

—Bien, esa es la respuesta que prefiero recibir. —Hizo una pausa —. Solo me pregunto, Lady Evangeline, si alguna vez le ha preguntado a Lord St. George cómo era la señorita Luisa Rossi.

Evangeline frunció el ceño. —¿Cómo era? ¿Qué tiene eso que ver con nada? —Qué cosa más extraña para decir... ¿y qué importaba el aspecto de la difunta? Este malvado tenía poco sentido.

—No pretendo herirla más de lo que ya está herida, sin duda por conocer el pasado del conde en el extranjero, que ha dañado su corazón. La he observado esta noche y puedo ver que está preocupada.

Todo era cierto, y no podía negar lo que él estaba diciendo. Pero tampoco le daría ninguna indicación de que sus palabras le desgarraban el corazón.

—El conde gravitó hacia usted casi desde el momento en que la conoció. ¿No se preguntó por qué no podía dejarla en paz?

Evangeline parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban, teniendo a este extraño susurrando cosas horribles en su oído. Palabras que cuestionaban su valía, su esperanza de un matrimonio feliz con Ezra. —Eso es entre su señoría y yo, señor. No será usted conocedor de los sentimientos que tenemos el uno por el otro.

Él se rio, y el sonido carecía de diversión. En su lugar, ella se estremeció ante el frío cálculo de su tono. —¿Sentimientos? —Volvió a reírse—. Pídale a Lord St. George que le muestre el pequeño retrato en miniatura de la señorita Luisa Rossi que siempre lleva

consigo. Cuando vea este pequeño retrato, entonces sabrá por qué Lord St. George la favoreció por encima de cualquier otra. Incluso a mí me cuesta pensar en hacerle daño por su aspecto... pero no se engañe. Obtendré mi venganza, de una forma u otra.

Sintió que se alejaba y se giró, solo alcanzando a ver a un hombre alto de cabello oscuro moviéndose entre la multitud. Lo observó todo lo que pudo antes de que desapareciera. Su aroma —algo penetrante y extranjero— permaneció en el aire mucho después de que desapareciera entre la muchedumbre.

Evangeline se mordió el labio, sabiendo que debería haber gritado por Ravensmere. Pero tampoco podía ignorar las palabras del extraño.

¿Llevaba St. George un pequeño retrato de su amor perdido?

¿Por qué era tan importante que ella lo supiera?

Divisó a St. George antes de que él la viera mientras se movía entre la multitud de invitados. Parecía tan perfectamente tranquilo, tan dolorosamente inconsciente del abismo que ahora se abría entre ellos.

Estaba mirando alrededor —quizás la estaba buscando a ella—, pero no podía evitar sentirse como una segunda opción. Que quizás lo era, pero si su amor perdido estuviera aquí, a ella nunca le habrían dedicado una segunda mirada.

Ella no era la primera. Y nunca sería la única. Esa verdad se asentó como ceniza en su pecho.

Basta, Evangeline. Estás siendo tonta y celosa de una mujer que ya no camina por la tierra.

Aun así, los celos y el dolor que surgieron en su interior —que él había amado a Luisa, y que no la amaba a ella— era una medicina difícil de tragar.

A pocos pasos de distancia, observó cómo St. George deseaba buenas noches a su hermana y cuñado, antes de dirigir su atención hacia donde ella estaba. Él le dedicó una pequeña sonrisa, pero la confusión, el miedo que la atenazaba significaba que ella solo podía mirarlo fijamente, con la mente trabajando furiosamente sobre qué hacer.

¿Debería preguntarle sobre el retrato en miniatura?

Por supuesto que deberías. Necesitas saber cómo es el retrato...

El conde se excusó ante su familia y se unió a ella, tomó su mano y besó sus dedos enguantados. —Estás preciosa esta noche. Te he echado de menos estos últimos días. La duquesa dijo que estabas indispuesta.

—Ah, sí, una jaqueca —mintió, sin querer decirle que se había mantenido alejada porque no podía enfrentarse a él. No sabía cómo actuar a su alrededor ahora que conocía sus sentimientos por otra.

Siempre había creído que cuando uno encontraba a la persona con la que deseaba pasar el resto de su vida, también encontraba a su alma gemela por primera vez. Que él hubiera amado antes le dolía. Por mucho que no deseara sentirse menospreciada, sus sentimientos por él estaban comprometidos —completamente comprometidos—, mientras que los de él no.

El aroma a violetas de un ramo cercano hizo poco por aliviar el dolor que se retorcía en su pecho. ¿Cómo no sentir que estaba cometiendo un error, uno del que ahora no podía desligarse?

Él la observaba y ella luchó por controlar sus facciones para parecer la prometida complacida y encantada hacia el hombre que tenía delante. Un hombre amable y apasionado que la hacía sentir maravillosa. Pero, ¿era eso suficiente? Ella quería más. Quería que él la amara. ¿Por qué tal resultado tenía que ser tan difícil de conseguir?

—Estás desanimada. Puedo ver que lo estás. Dime qué ocurre —preguntó él.

Sus manos temblaban, la copa de ratafia peligrosamente cerca de resbalar de su agarre. Reunió valor y encontró su mirada. —¿Llevas contigo ahora mismo un retrato en miniatura de la señorita Luisa Rossi?

El rostro de Ezra palideció y ella supo la respuesta a su pregunta antes de que pudiera decir otra palabra.

La sugerencia del extraño de que preguntara resultó ser correcta. Y sin importar lo que él dijera —negación o admisión—, ella sabía que lo tenía. Aunque no tuviera la miniatura consigo en este momento, ciertamente aún conservaba una de su amor pasado.

—¿Perdón? —preguntó él, claramente desconcertado. Se frotó la nuca y miró alrededor—. ¿Por qué me harías una pregunta tan extraña?

—¿Lo tienes? —preguntó ella de nuevo—. Muéstramelo si lo tienes. Quiero ver el retrato.

—Evangeline... —comenzó en un tono persuasivo—. ¿Qué ha provocado esta petición? ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo sabes siquiera...? —Cerró la boca de golpe y dio un paso atrás, dándose cuenta de lo que había dicho.

—¿Cómo sé que tienes una imagen de tu prometida?

—Ella ya no es mi prometida. Tú eres mi futura esposa, nadie más. Por favor, no hables de esa manera. —Extendió la mano hacia ella y ella se alejó.

—No me toques en este momento. —Hizo una pausa—. Quiero ver la miniatura. Deja de darle vueltas y muéstramela ahora antes de que se pronuncie otra palabra. —Mantuvo su mirada y se negó a parpadear hasta que él cedió. Afortunadamente, lo hizo. Suspirando,

metió la mano dentro de su chaqueta y sacó un pequeño marco circular antes de entregárselo.

No dijo ni una palabra, y Evangeline le dio la vuelta y contempló la imagen que le devolvía la mirada.

Una imagen que no podía concebir como real.

El parecido era asombroso, aterrador. No era una mera similitud. Era una duplicación. Un espejo. Una cruel broma del destino.

La señorita Luisa Rossi era, en efecto, tan hermosa y atemporal como temía, sus ojos brillando con amor y afecto. ¿Estaba Ezra allí el día en que se pintó la miniatura? Algo le decía por la mirada en los ojos de la mujer que así era.

Pero al mirar la imagen, otra cosa quedó perfectamente clara.

Él no se había enamorado de ella. Se había enamorado de un fantasma con su rostro.

No podía casarse con St. George. No ahora. No nunca.

Capítulo

Veintiocho

Ezra permaneció en silencio mientras observaba a Evangeline mirar el retrato en miniatura de Luisa que guardaba en su bolsillo. No tanto como un recordatorio de la mujer que había perdido, sino como una advertencia para mantenerse siempre alerta, o las almas preciosas podrían serle arrebatadas en cualquier momento. El peso de su pasado presionaba contra su pecho como una piedra, implacable e inflexible.

Como la mujer que tenía delante, que ahora también estaba en peligro simplemente por estar asociada con él.

Pero, ¿cómo sabía ella que llevaba la miniatura? Su mente daba vueltas con diferentes escenarios hasta que se aferró a uno que tenía sentido, la única respuesta a lo que estaba sucediendo.

Gabriel Rossi.

Estaba aquí. En Londres. Y era el agresor desconocido que buscaba venganza. Todo encajaba. El odio. La elección de Evangeline. La mujer con la que Rossi suponía que estaba reemplazando a su hermana.

Nunca podría reemplazar a Luisa. Ella ocupaba un lugar especial en su corazón, solo para ella. Pero eso no significaba que no tuviera espacio para otros en su vida. En su futuro.

Había pensado que nunca volvería a querer a nadie más. Pero estaba equivocado. Ahora, de pie frente a Evangeline, viendo cómo la aflicción inundaba sus facciones al ver el rostro de Luisa, sabía que la quería mucho más profundamente de lo que jamás creyó posible. No era solo culpa lo que le atenazaba ahora, era la aterradora constatación de que perderla podría destruirlo por completo.

—Di algo —dijo él—. Lo que sea, por favor —suplicó, necesitando que ella hablara, aunque solo fuera para avanzar, para reparar el daño que había causado.

Ella levantó la mirada hacia él, con la mano extendida y la miniatura sobre su palma. Él la recuperó y la guardó en su bolsillo.

—Esa imagen, ese retrato parece como si yo hubiera posado para él —apretó los labios y sus ojos se llenaron de lágrimas contenidas —. Ahora lo entiendo. Sé por qué te sentiste atraído hacia mí, tal como él dijo que lo habías hecho.

El suelo bajo sus pies parecía inestable, el ornamentado salón de baile giraba ligeramente mientras su certeza se fracturaba. —¿Cuándo lo viste de nuevo? —preguntó, acortando la distancia entre ellos.

Evangeline se alejó, sus ojos entornándose en señal de advertencia. —No importa cuándo. Pero ahora entiendo. Nunca quisiste estar conmigo por mí. Jamás te habrías molestado conmigo si no me pareciera exactamente a la mujer que amaste y perdiste.

Pasó junto a él, dirigiéndose hacia la puerta lateral del salón de baile, y Ezra la siguió. Ella no se detuvo, ni siquiera cuando él la llamó por su nombre.

Llegó al final del pasillo y giró hacia el vestíbulo principal de la casa. —No me sigas, St. George. No quiero estar cerca de ti ahora mismo —se detuvo tan repentinamente que casi chocó con ella—.

De hecho —dijo, volviéndose para mirarlo—, no quiero estar cerca de ti nunca. El compromiso se cancela. No me casaré con un hombre tan obsesionado con una mujer que ya no está viva que se casaría con la única otra que se le parece. ¿Cómo pudiste?

El pecho de Ezra se contrajo. No porque ella lo hubiera rechazado, sino porque sabía que tenía razón.

Ella se giró y huyó hacia la puerta, y él la siguió, intentando que su persecución por la casa no fuera obvia para aquellos que permanecían fuera del salón de baile. Pero sabía que su interacción —y la energía cargada entre ellos— sería el tema de conversación del *ton* a la mañana siguiente.

Ella no esperó a que llamaran a su carruaje, sino que comenzó a cruzar la calle hacia el parque, con dirección obvia hacia la residencia ducal.

—Evangeline, no puedes irte sin avisar al duque y a la duquesa de tu partida, y regresar a casa a través del parque tampoco es una idea sensata.

—Me estás siguiendo, lo que tampoco es una idea sensata, y sin embargo ambos persistimos —lanzó por encima del hombro.

Él contuvo una maldición y la siguió, escrutando la línea de árboles. Cada forma oscura y destello de sombra le helaba la sangre. La amenaza ya no estaba distante. Estaba aquí. Y ella acababa de despedir al único hombre que podía protegerla.

No pasó mucho tiempo antes de que llegaran a la residencia ducal. Al llegar sin previo aviso, ningún lacayo acudió a abrir la puerta. Evangeline simplemente subió las escaleras pisando con fuerza y abrió la puerta ella misma. Ezra la siguió y, al entrar en el vestíbulo, ignoró la mirada sorprendida del lacayo y agarró la mano de Evangeline, arrastrándola hasta la biblioteca.

—Por favor, no te enfades conmigo. Todos tenemos un pasado, Evangeline. No puedo evitar haber tenido uno.

Ella se volvió hacia él, su rostro una máscara de dolor. Él odiaba haberla herido. Y sin embargo, ¿qué podía hacer? No había nada que hacer, ninguna respuesta razonable a sus preguntas que ella aceptara o que él pudiera dar.

—¿Por qué estás aquí? Vete. No hay nada para ti aquí. No soy la señorita Luisa Rossi, por mucho que desees que lo fuera.

—Por favor, Evangeline. No te ofrecí mi mano debido a lo similar que te ves a Luisa.

—¿No? —preguntó ella—. ¿Me notaste o no por primera vez, quisiste estar cerca de mí por mi apariencia y lo parecida que soy a tu difunta prometida, de quien, debo añadir, estabas enamorado?

Su voz se quebró en la palabra "enamorado" y él intentó alcanzarla, pero ella apartó sus manos de un manotazo.

—Responde a la pregunta, Ezra.

Él tragó la bilis que subía por su garganta. No quería responder a esa pregunta; demonios, no quería admitir nada que pudiera separarlos aún más.

—Evangeline, por favor.

—No me vengas con «Evangeline, por favor» —gritó ella, sobresaltándolo—. ¿Tu atracción hacia mí se debió a que me parecía a tu difunta prometida? Responde a la pregunta, milord.

Ezra se aclaró la garganta, detestando la respuesta que estaba a punto de dar. —Al principio, sí. Eso es cierto —los ojos de ella se agrandaron y retrocedió varios pasos—. Al principio, entiende. Pero han pasado semanas desde que te veo por quién eres, no solo por cómo te ves. Sí, eres similar a Luisa. Pero hay aspectos diferentes que adoro. Aspectos de tu carácter y corazón que han cautivado el mío. Por favor, debes saber que lo que digo es verdad.

Ella negó con la cabeza, su boca fija en una línea de desagrado. —¿Me habrías besado, te habrías sentido atraído a estar cerca de mí si no me pareciera a ella?

—No, no lo habría hecho. Pero escucha... —comenzó cuando ella se dirigía hacia la puerta de la biblioteca. Logró abrirla, pero él estaba detrás de ella, cerrándola de golpe y presionándola contra ella.

—Tan pronto como nuestros labios se tocaron, todo cambió. Mientras bebía tu imagen porque me recordabas a mi pasado, en el momento en que te besé, supe que eras tú, no ella. Te quiero a ti, Evangeline. A nadie más. Quiero casarme contigo.

Ella temblaba, y él inclinó la cabeza para besar el arco de su cuello. —Por favor, créeme. Eres tú, Lady Evangeline Ravensmere, con quien quiero casarme, a quien quiero en mi cama, no el pasado que no puede deshacerse.

—Pero deseas que pudiera —se giró y con toda la fuerza que pudo reunir, lo empujó lejos.

Él tropezó hacia atrás y se agarró al sillón para evitar caerse.

—Esta farsa de compromiso ha terminado, y con ella se va el riesgo para mi familia. No me casaré con un hombre cuyo único interés en mí fue porque le recordaba a su prometida muerta.

Ezra se estremeció, pero no podía culparla. —Hemos sido íntimos. ¿Y si estás esperando? —le lanzó, desesperado por retenerla.

—No lo estoy. Comencé a manchar esta mañana, y si mi ciclo transcurre como siempre, para mañana estaré con el sangrado completo. Así que no te preocupes por eso.

—No podemos cancelar el matrimonio. El escándalo arruinará a ambas familias.

Ella se encogió de hombros y alcanzó la puerta. —No me importa. Vuelvo a Hampshire, lejos de ti y lejos de Londres. Por lo que a mí respecta, milord, todos podéis iros al diablo.

Con estas palabras, se dio la vuelta y huyó, la puerta golpeando contra la pared.

Ezra caminó hasta la puerta y divisó al duque y a la duquesa, sin duda habiendo escuchado todo lo que acababa de decirse.

Observó cómo Evangeline subía furiosa las escaleras, desapareciendo de la vista. Y por primera vez en años, el desgarro en su pecho volvió a abrirse hasta el tamaño de un abismo, y esta vez, temía que nunca se cerraría.

Capítulo

Veintinueve

Evangeline llamó a su doncella, queriendo que empaquetase sus cosas para poder abandonar Londres. Poner distancia entre ella y el dolor. Alejarse lo más posible de Lord St. George y la herida que había infligido en su corazón. Recorrió la habitación, apilando sus libros, moviendo baratijas —pequeños movimientos sin sentido para enmascarar la tormenta interior—, pero sin saber bien por dónde empezar primero.

La puerta de su habitación se abrió y entró su hermana, cerrándola suavemente antes de acercarse a ella. La atrajo en un cálido abrazo, y Evangeline no rechazó el consuelo que le brindaban los brazos de su hermana.

Era solo cuando alguien la abrazaba que las lágrimas amenazaban con caer. Su corazón se aceleraba, el dolor le subía por la garganta, y su pecho dolía con cada segundo que pasaba.

—¿Qué ha ocurrido, querida? Te vimos salir del baile con prisa y te seguimos, y bueno, escuchamos la conversación...

Evangeline se apartó y caminó hacia su tocador, cogió su pañuelo y se secó las mejillas. —Soy una tonta. No me ama. Soy algún fantasmal recordatorio de su amor pasado, su difunta prometida. Esa es la única razón por la que se acercó a mí, se sintió inclinado a

besarme, y al final no se opuso a la orden del duque de casarse. Todo está mal, todo este fiasco, y no me casaré con él. No me casaré con un hombre que no deseaba una esposa, y luego solo aceptó tomar una porque me parecía a la que perdió. Preferiría ser expulsada de la sociedad para siempre antes que entrar en una unión sin amor, vacía como esa.

Rosalind se sentó en el canapé frente al hogar apagado y juntó las manos en su regazo. —Dijo que su atracción inicial se basaba en su difunta prometida, pero que ha cambiado estas últimas semanas, convirtiéndose en un afecto genuino. ¿No crees que eso sea cierto?

—No lo creo. —Evangeline se unió a Rosalind y se sentó, mirando fijamente la alfombra Aubusson como si pudiera darle alguna perspectiva mágica sobre cómo funcionaba la mente de los hombres. Pero en ese momento, no creía que funcionaran en absoluto.

—Puede decir todo lo que quiera sobre que ahora me ve como Evangeline Ravensmere, pero ¿cómo podré estar segura jamás? No podré. No hay forma de que pueda demostrar su cambio de pensamiento. —Se encogió de hombros, con el peso de la noche presionando fuertemente sobre sus hombros—. Lamento haberos decepcionado a ti y al duque. No pretendía que nada de esto ocurriera y bueno... creo que sería mejor si regresara a Hampshire.

Rosalind jadeó y buscó sus manos, apretándolas con fuerza. —No, querida, te casarás, y te casarás por amor. No puedes volver a casa todavía. Debes intentar encontrar alguna solución para ti y el conde. Sé que le amas, y creo que él también te ama, aunque no lo haya dicho. Parecía devastado cuando lo dejaste en la biblioteca hace un momento. Nunca he visto a un hombre tan destrozado.

—Solo está destrozado porque me parezco a Luisa Rossi, y no desea perderla por segunda vez.

Rosalind frunció el ceño. —Seguramente no os parecéis tanto como para que él piense eso.

—Vi un retrato, Rosalind. Podríamos ser gemelas, y no lo digo en broma. —La imagen estaba grabada en su mente. Y cada vez que se miraba al espejo ahora, temía ver el reflejo del fantasma de otra mujer.

—Evangeline, piensa con claridad. Podrías estar esperando un hijo suyo.

—No lo estoy. Hoy he tenido un manchado, y eso siempre señala el comienzo de mi periodo. —Hizo una pausa—. Y solo tú y el duque sabéis lo que ha ocurrido entre St. George y yo. Nadie más. Los sirvientes no cuchichean, o mi doncella me habría informado si sospecharan algo indebido. Por lo tanto, creo que debería poder librarme de este compromiso y volver a casa. Por favor, Rosalind, no me hagas quedarme y casarme con él. No puedo soportar amar a un hombre que no me ama. O, al menos, que solo se preocupa por mí porque soy su segunda oportunidad con el pasado.

—No creo que St. George te vea así, Evangeline. Eres tu propia persona, y él lo ha visto. Sí, puede que os parezcáis, pero tú estás aquí. Estás viva. No dejes que el fantasma del pasado te robe el futuro. Por muy triste que sea lo que le ocurrió a St. George, esa joven no va a volver. No es una amenaza para ti, querida, y no deberías empezar a luchar contra fantasmas.

Pero, ¿no era ese el peor tipo de rival? Uno que nunca envejecía, nunca decepcionaba, nunca abandonaba su corazón. —De cualquier manera, es mejor así —dijo Evangeline, levantándose y dirigiéndose a su tocador donde comenzó a quitarse las horquillas del pelo—. El hombre que busca vengarse del conde ya no estará interesado en dañar a ningún miembro de mi familia. Con el fin del compromiso, Lord St. George puede concentrarse en descubrir quién es ese

hombre y no preocuparse de que nos hagan daño. —Un largo rizo cayó sobre su hombro y ella lo miró fijamente. Un tirabuzón suave y juvenil. Del tipo que Luisa podría haber tenido—. Es mejor para todos de esta manera. Podré encontrar un matrimonio por amor. —Aunque hacía tiempo que sabía que amaba a Ezra. Pero si los sentimientos no eran mutuos, ¿qué alegría podría haber en eso?—. Y Lord St. George podrá terminar de llorar a su difunta prometida, eliminar la amenaza que le ha seguido hasta Inglaterra, antes de buscar una nueva esposa y futuro. Una que, preferiblemente, no le recuerde a su amor perdido.

Incluso para Evangeline, su tono sonaba amargado y frío, pero no podía evitarlo. No podía detener el dolor que desgarraba su pecho, dejándolo abierto y sangrante.

Mientras ella regresaría a casa, sanaría, y tal vez algún día se enamoraría de un hombre que la amara como se merecía, una pequeña parte de ella siempre se rompería al recordar a Ezra. De lo que podría haber sido, si simplemente hubiera sido otra persona.

—Si eso es lo que realmente deseas hacer, querida, no te lo impediré, ni tampoco el duque. Pero creo que deberíamos esperar para anunciar el fin de tu compromiso. Regresa a Hampshire, y encontraremos alguna excusa para tu ausencia. Y con suerte, algún otro escándalo sacudirá a la *ton* y tu compromiso será olvidado. St. George puede lidiar con su pasado aquí, y luego elegir lo que desee hacer.

—¿Elegir qué? —preguntó Evangeline, volviéndose para mirar a su hermana—. No lo aceptaré de vuelta, Rosalind. Tú no te habrías casado con un hombre que amaba a otra y luego te utilizaba como sustituta de lo que había perdido. Pensar que cada vez que me besaba, cada caricia, cada palabra... bueno, no puedo evitar pensar que nada de eso fue para mí. Es un mentiroso y nunca le perdonaré.

—Creo que deberías tomarte tiempo para procesar todo lo que has descubierto hoy. Y cuando no estés tan herida y conmocionada, ese será el momento en que deberías tomar una decisión sobre tu futuro. Hasta entonces, no diremos ni una palabra a la sociedad. No necesitan saberlo todo en todo momento.

—Gracias, Rosalind. No sé qué haría sin ti. —Su hermana se levantó y se acercó a ella, y agachándose, la atrajo en un rápido abrazo.

—Siempre estaré ahí para ti, Evangeline. Y para todas nuestras hermanas. Y aunque entiendo tu punto de vista y simpatizo contigo respecto a todo lo que hemos descubierto, también puedo ver el de Lord St. George.

Evangeline asimiló las palabras de su hermana pero no respondió. Se tomaría su tiempo. Pero su corazón ya había tomado su decisión. Él no la amaba. Y ella no podía hacer que se enamorara de ella sin preguntarse siempre si él pensaba en otra cada vez que la miraba.

No. No había futuro entre ellos.

—¿Entonces puedo irme a casa a Hampshire como deseo? ¿Puedo marcharme mañana? Me gustaría regresar a casa ahora si pudiera. Ya no deseo estar en Londres.

—Por supuesto, querida. Ordenaré los preparativos esta noche y partirás a primera hora. —Su hermana hizo una pausa—. ¿Te gustaría informar a St. George de tu partida, o prefieres que el duque le dé la noticia?

—El duque, si no te importa. —Cobardía, quizás, pero su dignidad ya había recibido suficientes golpes. No podía enfrentarse a él. No aún. No de nuevo. Necesitaba tiempo. Y el viaje a casa se lo concedería.

La mañana no podía llegar lo suficientemente pronto.

Capítulo

Treinta

—¿Evangeline se ha marchado? —Ezra se desplomó en la silla frente al escritorio de Ravensmere, mirando fijamente a su amigo. Las palabras se sintieron como un golpe en las costillas. ¿De verdad acababa de comunicarle tal noticia? Sacudió la cabeza para aclarar su mente, incapaz de comprender que ella se había ido y que la amenaza de anoche era completamente cierta—. ¿Adónde? —preguntó—. ¿Por qué no me habéis mandado llamar antes? Habría venido, habría hablado con ella... esto no está bien, Ravensmere, y lo sabéis.

El duque suspiró y se pasó una mano por la mandíbula. —No deseaba que Evangeline se marchara más que vos, pero Rosalind insistió. No temáis. Solo ha regresado a Hampshire, y he enviado con ella a un Bow Street Runner de confianza para mantenerla a salvo. No le ocurrirá nada, y espero que en unos días recibamos noticias de que ha llegado a la Abadía de Ebonmere, sana y salva.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ezra y se inclinó apoyándose en las rodillas. —¿Qué agente es ese? ¿Estáis seguro de que es legítimo? —La imagen de Evangeline, sola, disgustada y vigilada sin saberlo, le provocó un súbito temor. Ella viajaba lejos de él en compañía de alguien a quien no conocía, y la amenaza aún persistía.

Incluso ahora, la sociedad aún no sabría que su compromiso había terminado, y habían acordado no decir nada. El hombre que le deseaba mal seguía ahí fuera, sin conocer el cambio en las circunstancias de su cortejo.

No es que él permitiría que el cambio persistiera. Se casaría con ella. Debía hacerlo. No podía imaginar una vida que no incluyera a Evangeline.

—Mi administrador lo encontró anoche tarde y ha sido verificado, St. George. No os preocupéis, no he puesto a Evangeline en peligro.

—Sé que no lo haríais intencionadamente. Pero la amenaza desconocida estuvo en el baile anoche... le contó a Evangeline cosas de mi pasado que han provocado su huida hoy. Un pasado que no tiene influencia en mi futuro, pues no puede cambiarse, como sabéis. Pero ella está herida, y si ese hombre sabe que viaja sola, con guardias o no... —Negó con la cabeza—. Temo lo que pueda intentar hacer.

—Sé lo que ocurrió en el baile anoche. Pero por favor, sabed que Evangeline está segura y bien, simplemente necesita tiempo. Creo firmemente que entrará en razón. Como dijisteis, el pasado no puede deshacerse. —Ravensmere hizo una pausa—. Rosalind mencionó que lleváis un retrato en miniatura de la señorita Luisa Rossi. ¿Puedo verlo?

Se estremeció ante el hecho de que aún lo llevaba esta mañana, incluso después de todo lo ocurrido anoche. Ezra lo sacó de su bolsillo y lo deslizó por la mesa hacia el duque. El duque alzó las cejas pero no lo cogió ni lo miró.

—¿Qué? —preguntó Ezra, con el ceño fruncido—. ¿Por qué no lo miráis?

—Incluso después de lo de anoche y todo lo que se dijo, todo el daño infligido en esta habitación, seguís llevando el retrato. ¿Estáis

seguro de que el pasado está donde debe estar, St. George? Ciertamente parece que lo mantenéis cerca de vuestro corazón.

El estómago se le hundió ante las palabras del duque y comprendió cómo se veía... y lo que Ravensmere estaba diciendo. —Los viejos hábitos son difíciles de matar, pero lo guardaré bajo llave hoy mismo y nunca volveré a mirarlo. Os doy mi palabra. Llevarlo conmigo fue un acto inconsciente, y me disculpo por ello.

El duque asintió y finalmente alcanzó la miniatura. Sus ojos se ensancharon. Se aclaró la garganta. —Puedo entender por qué Lady Evangeline está tan disgustada. Son tan similares que podrían ser la misma persona. Me temo que ganarse el corazón de Lady Evangeline puede ser la misión más difícil a la que os hayáis enfrentado jamás.

Ezra se levantó y caminó hacia la ventana, mirando hacia Grosvenor Square. —Temo que también lo será. Pero no fallaré en esta misión, puedo prometéroslo. —Se volvió y miró al duque—. Voy a ir tras Evangeline. Preparaos para viajar a Hampshire para una boda en cuestión de días.

—Os seguiremos al campo mañana, para que no haya tiempo perdido entre ahora y vuestra boda. Tengo fe en que haréis las paces y calmaréis sus temores. Confío en que la haréis feliz.

—No os decepcionaré, Ravensmere. —Y tampoco decepcionaría a Evangeline. Nunca más.

La posada White Hart se alzaba modesta al borde del camino principal hacia el pueblo, su exterior desgastado por el clima brillando ámbar en el crepúsculo. El humo se elevaba desde la chimenea torcida, y el aroma de carne asada flotaba en la brisa.

Evangeline llegó a la posada para pasar la noche, con el estómago contraído por la falta de comida y el trasero dolorido después de varias horas en el carruaje, sintiendo casi cada bache y

piedra del camino. Bajó de un salto, su doncella ya estaba fuera estirándose y esperando antes de que entraran.

—Os conseguiré una habitación, Lady Evangeline —anunció el señor Smith, el hombre que Ravensmere había contratado para mantenerlas a salvo.

—Gracias —dijo ella, observándolo entrar en la posada mientras ella permanecía afuera, dejando que la luz restante del sol le calentara el rostro y el aire fresco del campo aclarara sus pensamientos. Apenas podía esperar para llegar a casa, ver a sus hermanas, dormir en su propia cama. Solo entonces, una vez que estuviera en casa y sola, se permitiría el duelo. Llorar la pérdida del único hombre que había amado verdaderamente.

El señor Smith regresó y se reunió con ellas cerca del carruaje. —Hay una habitación que tiene una antecámara para vuestra doncella. ¿Queréis que os acompañe arriba?

—Sí, creo que es lo mejor —dijo, dirigiéndose hacia la posada.

El interior olía a humo de pipa, cordero asado y vino especiado. Los suelos estaban bien barridos pero desgastados, las vigas bajas oscurecidas por años de humo. Los lugareños murmuraban cerca del hogar mientras las jarras tintineaban tras la barra. Evangeline subió por la estrecha escalera, la madera crujiendo suavemente bajo sus zapatillas.

—Es la habitación dos, mi señora. —Su voz estaba más cerca de lo que esperaba.

Llegó a la puerta y entró, dirigiéndose hacia las ventanas para poner distancia entre ella y el guardia. —Esto estará muy bien. Por favor, asegurad vuestro propio alojamiento para la noche.

—Me quedaré en el pasillo, mi señora. No debo dejaros sola.

Evangeline no discutió. Él estaba siguiendo órdenes y cumpliendo con su deber, no diferente de cualquier soldado. —Muy bien, gracias.

Por favor, cerrad la puerta al salir.

Él asintió y obedeció. Su doncella inspeccionó la cámara contigua, justo al lado del hogar. Evangeline se volvió hacia la ventana. A pesar de su alivio por regresar a Hampshire, una parte de su corazón había quedado en Londres. ¿Sabría ya St. George que había abandonado la ciudad? ¿Le importaría?

Algo en su interior le susurraba que sí. Pero la voz más fuerte, la herida, insistía en lo contrario.

Se dejó caer en una silla cercana y luchó por no dejar que las emociones de los últimos días la alcanzaran. No aquí. No ahora. Quería estar en casa cuando llorase. No en alguna taberna al azar en medio del campo inglés.

Un ligero golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos. —Adelante —dijo.

El señor Smith abrió la puerta, y una joven criada entró detrás de él, llevando una bandeja de comida. —Vuestra cena, mi señora. —La chica colocó la bandeja junto al fuego—. Traeré la comida de vuestra doncella enseguida.

—Gracias, eres muy amable.

Su guardia permaneció en la puerta, observando la interacción con contemplación silenciosa. Un escalofrío recorrió su espalda ante la mirada desinteresada que cruzó el rostro de él antes de parpadear... y desapareció.

Evangeline esperó a que ambos salieran antes de sentarse y coger la servilleta, colocándola sobre su regazo. Quizás su guardia simplemente estaba cansado. O quizás no le gustaba haber sido enviado a cuidar de la hija arruinada de un duque.

Un día más, y estaría en casa. Entonces todos podrían volver a sus vidas normales... incluso el hombre en su puerta.

Pero ella... Ella tendría que empezar de nuevo. Sin Ezra. Sin su corazón.

Capítulo

Treinta Y Uno

A la mañana siguiente, Evangeline iba sentada en el carruaje luchando contra el aburrimiento que amenazaba con sumirla en un profundo sueño, justo como su doncella, que estaba sentada frente a ella. Clare no se había movido en más de una hora y, considerando lo poco que Evangeline había dormido la noche anterior, dudaba que pudiera descansar ahora. No con sus pensamientos agitándose como lo hacían.

—Llegaremos a la finca ducal al anochecer, mi señora —dijo el Sr. Smith, sentado frente a ella.

Un cambio respecto a antes: había insistido en acompañarla dentro del carruaje antes de partir de la posada. En ese momento, le había parecido extraño, pero no lo suficiente como para negarse. —¿Cuándo regresará a Londres, Sr. Smith? ¿O permanecerá en la finca durante las próximas semanas?

—Regresaré inmediatamente después de nuestra llegada —miró hacia Clare y luego se inclinó hacia adelante, pinchando inesperadamente el brazo de su doncella—. Está profundamente dormida.

Se rió, pero el sonido no contenía humor alguno. Si acaso, le revolvió el estómago. —Por favor, no toque a mi doncella —dijo

Evangeline, estirándose para tomar la mano inerte de Clare—. ¿Clare? Despierta. ¿Te encuentras bien, querida?

—No despertará —dijo el Sr. Smith con calma—. No con todo el láudano que deslicé en su té esta mañana. Dormirá durante horas.

—¿Perdón? —Evangeline se echó hacia atrás, su columna poniéndose rígida. Miró directamente a sus ojos y no vio nada más que vacío tras ellos—. ¿Qué quiere decir con que deslizó láudano en su té? ¿Por qué haría semejante cosa?

—Porque estaba en mi camino —dijo simplemente—. Y quería tener una conversación franca con usted sin su interferencia.

Evangeline intentó dar sentido a sus palabras, pero su mente titubeó. ¿De qué estaba hablando? —Puede hablar libremente delante de mi doncella. Hay pocos secretos entre nosotras.

—No —sus labios se torcieron en una sonrisa—. No quería que me molestara mientras hablábamos.

Había algo en su boca... una familiaridad que no podía ignorar. Sin pensarlo dos veces, alcanzó la puerta del carruaje, repentinamente segura de dónde había visto esa sonrisa burlona antes: bajo una máscara. Fingiendo ser otra persona.

Evangeline logró soltar el pestillo, pero antes de que pudiera abrirla, el brazo de él se cerró alrededor de su cintura y la arrojó contra los cojines. Gritó cuando el dolor atravesó su columna. Él se inclinó sobre ella, con un dedo apuntando peligrosamente cerca de su cara.

—No intente eso de nuevo, Lady Evangeline. No querrá hacerme enfadar más de lo que ya estoy.

Ella tragó su miedo y asintió, dispuesta a decir lo que fuera necesario para mantenerse a salvo junto con Clare. —¿Qué quiere, señor?

—Nada que pueda devolverme. Pero eso no significa que no pueda hacer que otros sufran tanto como yo y mi familia hemos sufrido.

—¿Quién es usted? —preguntó, necesitando saberlo. Tenía que saberlo.

—Gabriel Rossi —dijo con serenidad—. El hermano mayor de la señorita Luisa Rossi. Un hombre que perdió a su hermana, y todo por culpa de Lord St. George. Un hombre que ahora pretende arrebatar lo que ese bastardo más aprecia, tal como él me arrebató lo que yo más amaba.

Un escalofrío recorrió su espalda y sus pensamientos se dispersaron.

—¿La señorita Rossi era su hermana? —su corazón martilleaba y un fuerte zumbido sonaba en sus oídos—. Lamento mucho su pérdida, Sr. Rossi. Sé que no debe haber sido fácil.

Él la miró con desdén, el disgusto evidente en su rostro. —No quiero su lástima, Lady Evangeline. Quiero su vida. Nada más, nada menos. Y lo haré indoloro, a diferencia de mi hermana, que recibió un disparo y se desangró sin que nadie la ayudara. Sin nadie que sostuviera su mano mientras moría —se inclinó de nuevo hacia adelante—. Lord St. George no la ama. Usted es simplemente un reemplazo. Un vendaje para sanar la herida que siente por la pérdida de mi hermana y su preciada amada. Una mujer a quien no logró proteger, como había prometido.

Sus palabras fueron como un puñal en su pecho, pero Evangeline se forzó a mantener la calma. Tenía que conservar la serenidad. ¿Cómo iba a salir de esta situación? —Esto es una locura, Sr. Rossi. No he hecho nada a su familia. No merezco esto... Seguramente, si su hermana supiera cómo me está tratando, se avergonzaría...

—¡No hable de Luisa! —bramó, tan fuerte que las paredes del carruaje retumbaron. La agarró por los brazos y la empujó hacia atrás una vez más, estrellándola contra los cojines—. Está aquí sentada, viva, una réplica viviente de mi hermana, ¿y se atreve a intentar hacerme sentir culpable para que cambie de rumbo? Hace tiempo que dejé de preocuparme por lo que está bien y lo que está mal. Y la mataré, Lady Evangeline, aunque solo sea para asegurarme de que St. George no consiga lo que quiere. Ese bastardo siempre cae de pie. Esta vez no. Esta vez, lo haré caer de rodillas.

La mente de Evangeline daba vueltas. *Piensa, Evangeline. Piensa. ¿Qué puedes hacer?* —Sr. Rossi —dijo, con la voz temblorosa—. Está rodeado por mi personal. No se saldrá con la suya en esta locura.

—No me importa si me salgo con la mía o no —dijo, con voz vacía de emoción—. Ese es el punto que no está entendiendo, querida.

La soltó y se desplomó contra el asiento, exhalando con fuerza. Su rostro estaba húmedo de sudor, su expresión tallada por el dolor y la rabia.

En ese momento, Evangeline sintió que cualquier esperanza comenzaba a escurrirse entre sus dedos. Este hombre estaba trastornado, maldecido por el dolor y la incapacidad de dejar ir a alguien a quien amaba.

Sabía que St. George todavía luchaba con la muerte de su prometida, y solo podía imaginar cuánto peor sería para su familia. Pero, ¿significaba eso que Ezra no podía seguir adelante? ¿No podía amar de nuevo?

—Luisa no querría que hiciera esto, Sr. Rossi. Esto está mal, y usted lo sabe.

Un músculo se crispó en su mandíbula, pero no la miró, simplemente miraba por la ventana, como perdido en el pasado. —Si tan solo pudiera preguntarle a Luisa, Lady Evangeline. Cuáles serían sus pensamientos. Pero no puedo, ¿verdad? Porque está muerta. Fría en la tierra. Nunca más sentirá el sol en su rostro. Y todo gracias a ese bastardo de St. George.

Dios mío. ¿Qué voy a hacer?

El Sr. Rossi metió la mano en su abrigo y sacó una pistola de chispa. Evangeline se quedó inmóvil, su pulso latiendo tan fuerte que apenas podía pensar con claridad. Él no levantó el arma, simplemente la colocó sobre su regazo, con la misma naturalidad con la que un hombre dejaría un guante.

Pero la amenaza era clara.

—Verá —dijo, con voz baja y tranquila—, nunca debería haber regresado a Londres. Nunca debería haberla encontrado a usted. Y ciertamente nunca debería haber intentado reemplazarla.

—No soy ella —susurró Evangeline, con la garganta áspera por el miedo—. Usted lo sabe. Lo ve.

Su mirada se posó en su rostro. —Sí —dijo en voz baja—. Ese es el problema.

El carruaje golpeó un bache en el camino, sacudiéndolos a ambos, y los ojos de Evangeline se dirigieron a la puerta. Miró a Clare, todavía profundamente dormida, con los labios ligeramente entreabiertos, ajena al peligro a pocos pasos de distancia. No podía abandonar a su amiga.

—Va a escribir una nota —dijo Rossi—. Le dirá a su familia que desea estar sola. Que está a salvo. Que necesita tiempo.

Ella no se movió.

—Ahora —recogió la pistola y apuntó a Clare.

La sangre de Evangeline se convirtió en hielo.

—No lo pediré dos veces, Lady Evangeline.

Con manos temblorosas, alcanzó su escritorio portátil, con la mente acelerada, desesperada por encontrar algo, cualquier cosa, para retrasarlo. El Sr. Rossi sonrió con suficiencia, satisfecho, y se reclinó como si el asunto estuviera resuelto. Pero Evangeline juró en ese momento que no moriría en este carruaje. Y no dejaría que Clare sufriera en su lugar.

No moriría por un fantasma.

Comenzó a escribir.

Capítulo

Treinta Y Dos

Ezra les había fallado en la posada White Hart por apenas una hora. El posadero le informó que el carruaje de Ravensmere había partido hacia el sureste, lo que le tranquilizó un poco: aún se dirigían en dirección a la finca.

Pero su estómago se revolvía de inquietud. El miedo no disminuía, y el nudo de temor de que Evangeline estuviera en peligro crecía por momentos. Que su corazonada de que el hombre que escoltaba a su prometida era Gabriel Rossi, quien podría utilizar a una mujer inocente para vengarse. Para superar las comprobaciones de Ravensmere sobre el carácter del guardia significaba que Rossi estaba usando sus viejos trucos y manipulando cómo le percibía la gente. Y el hermano de Luisa era lo suficientemente siniestro como para hacer algo tan temerario. Tan imperdonable.

Siempre había sido demasiado reactivo, demasiado impulsivo, y hasta su muerte, Luisa había sido la única guía en la vida de su hermano. Ella le mantenía con los pies en la tierra, le impedía caer al abismo.

Pero ahora no había nadie que le detuviera.

Ezra espoleó su montura fresca para que galopara, exigiendo velocidad al animal mientras rezaba para que no se derrumbara antes de encontrarla.

Llegó a una bifurcación en el camino y detuvo bruscamente el caballo. El animal jadeaba bajo él, los flancos agitados, mientras Ezra examinaba el sendero. A la derecha les llevaría directamente a la finca Ravensmere, en las profundidades de Hampshire. A la izquierda se desviaba hacia caminos rurales menos transitados.

Pero por allí era donde conducían las huellas frescas de ruedas y cascos.

Ezra maldijo por lo bajo. *No la lleva a casa.* Por supuesto que no. ¿Por qué lo haría, cuando pretendía algo mucho peor que una reunión familiar?

Giró su caballo a la izquierda y avanzó de nuevo. Durante kilómetros, la duda le carcomió. ¿Habría malinterpretado las señales? ¿Se dirigían realmente a la finca después de todo? ¿Sus propios errores —su negativa a decir la verdad, a ser honesto con Evangeline— le habían costado a ella y a él todo?

Un escalofrío le recorrió. *No perdería a otra mujer que le importaba.*

Que amaba.

Maldita sea, la amaba.

Y no permitiría que sufriera el mismo destino que Luisa.

Ezra solo redujo la velocidad una vez más, esforzándose por oír algo más allá del canto de los pájaros y la brisa que agitaba las hojas. Pero no había nada. Solo silencio. Continuó. Entonces... un movimiento más adelante. Un destello negro entre los árboles.

Un carruaje.

Su corazón se aceleró. Se inclinó hacia delante y espoleó su caballo para que galopara. Después de lo que pareció una

persecución interminable, el familiar carruaje negro de Ravensmere apareció a la vista. El alivio le invadió. La había encontrado. Por ahora, aún había una oportunidad.

—¡Detengan el carruaje! —bramó.

El carruaje siguió rodando durante una docena de metros antes de detenerse bruscamente. Ezra permaneció montado, con la pistola desenfundada pero oculta, el corazón palpitando mientras examinaba el límite del bosque. Necesitaba que Gabriel escuchara. Que entrara en razón. Que fuera detenido.

—¡Gabriel! —gritó—. Sal. Sé que estás ahí.

No hubo respuesta. Entonces la puerta crujió al abrirse. Gabriel Rossi bajó, pero no sin antes arrastrar a Evangeline con él, con la mano cruelmente enredada en su cabello, sosteniéndola frente a él como un escudo. Su rostro se contorsionó de dolor.

La furia se encendió dentro de Ezra. No permitiría que esto continuara. Gabriel podría marcharse hoy, pero no ileso.

—Vaya, vaya, vaya —se burló Rossi—. Si no es el bastardo que mató a mi hermana. Finalmente, después de todos estos años, nos volvemos a encontrar. —Rossi miró alrededor—. ¿Sin guardias? ¿Sin aliados? ¿Me encontraste tú solo? Tu inteligencia debe haber mejorado desde Italia.

Ezra no mordió el anzuelo. —¿Qué estás haciendo, Gabriel? Este no eres tú. Esto no es lo que Luisa habría querido.

La sonrisa de Gabriel se torció con locura. —Haré lo que me plazca. No te irás intacto una segunda vez, St. George. Ese *es* tu nombre, ¿no es así?

—Lo es. Y si crees que Luisa no sabía quién era yo realmente, estás equivocado. Ella lo sabía todo... muy poco le oculté.

El rostro de Gabriel se endureció. —Lástima que no le dijiste cómo mantenerse con vida.

Arrancó una pistola de chispa del interior de su abrigo y la presionó contra el costado de Evangeline.

Ezra se quedó inmóvil, con recuerdos de cuando llegó demasiado tarde para salvar a Luisa atravesando su mente. De su corazón, la sangre vital de ella extendida por la calle donde había sido asesinada. —Ella es inocente, Gabriel. Si quieres culpar a alguien, dispárame a mí. Llévame a mí. Pero deja a Lady Evangeline en paz.

—¡No, Ezra! —jadeó Evangeline, su voz ronca de pánico—. No digas eso. No...

Gabriel le echó la cabeza hacia atrás, arrancando un grito de dolor de sus labios. —Cállate.

Todo el cuerpo de Ezra se tensó. —Déjala ir, Gabriel. Esto no acabará como piensas. Matarla no traerá a Luisa de vuelta.

—Y tu cobardía tampoco —espetó Gabriel—. Le fallaste a Luisa, a nuestra familia. Igual que estás a punto de fallarles a los Ravensmere.

El corazón de Ezra latía como un tambor de guerra, cada instinto le gritaba que actuara, pero un movimiento en falso, y ella desaparecería. La mano de Gabriel se retorció en el cabello de Evangeline, tirando de su cabeza hacia atrás, mientras el cañón de la pistola presionaba con fuerza su costado.

Ella no gritó. No luchó. En cambio, para asombro de Ezra, miró a su captor con algo que incluso a él le dejó frío: lástima.

—Tienes razón —dijo ella suavemente—. Le fallaste a Luisa.

Ezra se tensó. *¿Qué está haciendo?*

Gabriel se quedó inmóvil.

—Te perdono, Gabriel —susurró ella, con voz temblorosa—. Y sé que Luisa también lo haría.

—No te atrevas a pronunciar su nombre —escupió Gabriel.

—Soy ella —dijo Evangeline, y Ezra contuvo la respiración—. ¿No puedes verlo? Estoy aquí, hablándote. Tu hermana.

Ezra vio que los dedos de Gabriel se crispaban. Su respiración se volvió irregular. La pistola vaciló, bajando ligeramente.

—Soy Luisa —dijo ella de nuevo, con voz baja, persuasiva, inquietante—. Tú no eres el hermano que yo amaba. No así. Nunca harías daño a alguien de esta manera. Nunca.

La mano de Ezra se tensó sobre las riendas. Sus músculos se agruparon, listos para saltar. Un escalofrío le recorrió la espalda al oír a Evangeline intentar un acento que era el timbre natural de Luisa. La observó, fascinado, casi capaz de creer que lo que decía era cierto y que su pasado estaba ante él nuevamente, hablando desde la tumba.

Gabriel parpadeó. Su mandíbula tembló. La pistola bajó de nuevo.

—Te amaba —dijo Evangeline, con un hilo de angustia en cada sílaba—. Pero no sé en quién te has convertido.

La boca de Gabriel se abrió y luego se cerró. El arma se deslizó de su mano, y él la soltó como si fuera fuego, tropezando hacia atrás con un grito estrangulado. Cayó de rodillas en la tierra como un hombre roto desde dentro.

Ezra se movió.

Se bajó del caballo y se abalanzó sobre Gabriel en un instante, con rabia y alivio chocando juntos. Golpeó la mandíbula de Gabriel con la culata de su pistola. El hombre se desplomó hacia un lado, inconsciente antes de tocar el suelo.

Y entonces Evangeline estaba en sus brazos.

Ella tropezó hacia él, y Ezra la atrajo contra su pecho, sosteniéndola con fuerza, presionando su cabeza bajo su barbilla,

como si pudiera protegerla del mismísimo recuerdo de lo que acababa de ocurrir.

—Evangeline. —Su voz se quebró—. Dios mío, estás a salvo. Estás a salvo.

Ella se aferró a la parte delantera de su abrigo, enterrándose en él. Temblaba en su abrazo, las secuelas del terror finalmente liberándose en sus miembros.

—Me encontraste —respiró.

—Siempre te encontraré —dijo él, presionando un beso en su sien—. Pensé que te había perdido otra vez. Habría destrozado el mundo entero si hubiera sido necesario.

Ella no respondió, solo lo abrazó con más fuerza, sus dedos enroscándose en las solapas de su abrigo. Y allí, rodeados por los restos de lo que podría haber sido, Ezra la sintió temblar contra él. Y entonces, finalmente, ella se permitió llorar.

Capítulo

Treinta Y Tres

Por suerte, el desvío que Rossi había tomado los situó más cerca de la finca ducal, y después de serpentear por una serie de caminos rurales, llegaron a la Abadía de Ebonmere antes del anochecer.

Ezra se mantuvo al margen mientras Evangeline era recibida con chillidos de alegría, una avalancha de preguntas y el cálido abrazo de sus hermanas. Ella lo tomó todo con calma, sin revelar ni una sola vez el tormento que había sufrido a manos de un loco.

Un hombre que, en este preciso momento, iba de camino a Londres, atado hasta casi la inmovilidad y asegurado en la parte trasera del carruaje. Ezra había enviado a la doncella de Evangeline con él, encargada de asegurarse de que se cumplieran sus instrucciones y que Gabriel Rossi fuera entregado en la comisaría más cercana para su custodia... Al menos hasta que Ezra decidiera qué hacer con él.

Con una mezcla de alivio y profunda diversión, la observó rodeada de tanto amor y afecto, todo lo que ella merecía, especialmente hoy.

Bebió de su imagen. Sin importar lo que ella pudiera decir, sin importar cómo pudiera seguir protestando, ahora sabía, sin lugar a dudas, que lo que sentía por ella era auténtico. Era amor. Un amor

tan feroz y arraigado en la verdad que temía que, si la hubiera conocido después de Luisa, se habría desgarrado con decisiones que ningún hombre desea tomar.

Se odiaba a sí mismo por pensar tal cosa. Pero ya no podía negar la verdad: la mujer que tenía delante —sonriendo a pesar del cansancio en sus ojos y los rizos despeinados por el maltrato de Rossi— nunca había parecido más hermosa.

Ezra salió del salón y detuvo a una doncella que pasaba. —Prepare un baño en las habitaciones de Lady Evangeline. Un camisón limpio y la cama abierta, por favor.

—Por supuesto, mi señor —dijo con una reverencia antes de marcharse apresuradamente.

Regresó al umbral del salón, apoyándose en el marco de la puerta mientras las hermanas continuaban con su charla y muestras de afecto. Evangeline lo miró a los ojos y, tras ese intercambio silencioso, decidió interrumpir.

—Vamos, señoritas —dijo con suavidad—. Vuestra hermana ha tenido un día difícil y necesita descansar. Mañana, cuando haya dormido bien, podréis hacerle todas las preguntas que queráis.

Lady Angelica arqueó una ceja. —Todavía no estáis casado con nuestra hermana, mi señor. Somos más que capaces de cuidar de Evangeline.

Ezra apretó los labios, sin querer ofender, pero antes de que pudiera responder, Evangeline dio un paso adelante y se separó de sus hermanas. —Vamos, vamos, Angelica. Sé amable, querida. Estoy muy cansada y necesito dormir. Os veré a todas por la mañana.

Un murmullo de protestas surgió de las jóvenes, pero no discutieron, simplemente permitieron que Evangeline se marchara. Él tomó su mano y la condujo fuera de la habitación. —Me quedaré contigo esta noche. Quiero asegurarme de que duermes sin miedo.

—Gracias —dijo ella suavemente, sin discutir.

Arriba, los lacayos iban y venían, llevando cubos de agua caliente para su baño. Sus ojos se iluminaron al ver la bañera humeante colocada frente al fuego, y Ezra se movió para cerrar las cortinas. Cuando el último sirviente se fue, se volvió y cerró la puerta con llave, asegurando el espacio. No le importaba que el personal cotilleara. Que lo hicieran.

—¿Puedes ayudarme con mi vestido, Ezra? —preguntó ella, dándole la espalda.

Él se acercó a ella, sorprendido —y secretamente agradecido— de que no le hubiera pedido que se marchara. Apenas habían hablado desde el incidente, y no sabía cómo se sentía ella. Si aún lo quería cerca. Trabajó con los corchetes en la espalda de su vestido, deslizando la tela hacia abajo hasta que se acumuló a sus pies, sus dedos aflojando hábilmente los cordones de su corsé.

—Lo siento, Evangeline —dijo en voz baja—. Por todo. Puse tu vida en peligro y te hice daño. No sé cómo podré compensártelo.

Ella no dijo nada. Simplemente salió de su camisola, se quitó las medias y las zapatillas, y entró en el baño. El agua lamió su piel mientras se hundía, y aún así, él no podía apartar la mirada. Era perfecta. Era todo. Y incluso ahora, cansada y desgastada por el día, la deseaba más que nunca.

—Puedes lavarme el pelo —dijo ella suavemente—. Ese será un comienzo.

Él se arrodilló junto a la bañera, sus labios contrayéndose en una leve sonrisa mientras alcanzaba el jabón. —Te amo —dijo simplemente. Encontró su mirada sorprendida y esperó que ella supiera que sus palabras eran verdad—. Sé que no puedo demostrarte que lo significas todo para mí —no en un solo día— pero si me das una segunda oportunidad, te juro que nunca volverás

a dudarlo. Te amaré y te adoraré en cada momento que nos sea concedido. Eres amada, Evangeline. Por quien eres. No por un parecido. No como un reemplazo, sino tú.

Ella lo observó durante un largo y silencioso momento antes de incorporarse, enviando agua por los costados de la bañera y empapando sus pantalones. Él no se movió. Todo dependía de lo que ella diría a continuación.

—Yo también lo siento —susurró ella, con voz baja—. Dejé que mis propias inseguridades —lo que nunca recibí de mi padre, de ningún hombre— envenenaran cómo te veía. Me dije a mí misma que no era suficiente. Que nadie me vería jamás como más que una segunda opción. Y coloqué todo eso sobre ti... y eso no fue justo. Ahora lo sé mejor. Sé que me ves. Y te amo, Ezra. Muchísimo. No quiero que nuestro compromiso termine.

—Yo también quiero eso. —La atrajo suavemente a sus brazos, rozando sus labios sobre su mejilla húmeda, su sien y finalmente sus labios—. Te amo por ser tú. Estoy enamorado de Evangeline Ravensmere. No de un fantasma de mi pasado, sino de ti.

Las lágrimas brillaban en sus ojos y ella bajó la mirada. —Me avergüenza haber sentido celos de una mujer que no merecía mi enfado. No cuando sufrió tanto.

—Le fallé a Luisa —murmuró él, acunando su mejilla—. Pero no te fallaré a ti. No puedo perderte, Evangeline. Moriría si te pasara algo.

—Pero no pasó —dijo ella con firmeza, sujetando su mandíbula —. Estamos a salvo. Somos felices. Y no puedo esperar para casarme contigo.

—El duque y la duquesa llegarán mañana. ¿Es lo suficientemente pronto? —preguntó—. Porque no esperaré ni un día más para convertirte en mi condesa.

Su sonrisa floreció como la primavera y todo, por primera vez en semanas, se sintió correcto. —Mañana suena perfecto.

Epílogo

Se casaron al mediodía, y por la tarde la duquesa estaba ofreciendo un improvisado desayuno de boda para la familia y el personal que se unió a las celebraciones.

El gran comedor de la Abadía de Ebonmere era un bullicio de risas y charlas, la larga mesa vestida con manteles blancos, flores frescas desbordándose de jarrones de plata, y platos repletos de carnes, tartas y pasteles dulces.

Evangeline se sentó junto a Ezra en la cabecera de la mesa, sus dedos entrelazados suavemente con los de él. De vez en cuando, él la miraba, con una suave sonrisa jugando en sus labios, una que hacía que su corazón se retorciera y aleteara una y otra vez.

—Me estás mirando otra vez —dijo ella, inclinándose con una sonrisa juguetona.

—Tengo permiso. Ahora eres mi esposa —llevó la mano de ella a sus labios y presionó un beso en sus nudillos—. Además, estoy intentando memorizar cada peca y curva para no olvidar jamás lo afortunado que soy.

Evangeline se sonrojó y negó con la cabeza, riendo.

—Tendrás tiempo de sobra para memorizarlas, mi lord. Toda una vida, creo.

Él asintió solemnemente, pero sus ojos bailaban.

—Eso todavía no me parece tiempo suficiente.

Estaban a mitad del último plato cuando Ezra se inclinó más cerca, con voz baja.

—¿Cariño?

—¿Sí?

—No quiero alarmarte, pero... —dudó, apartando un mechón de pelo de su mejilla—. Mencionaste en Londres que habías comenzado tu regla, pero no has dicho nada desde entonces. Anoche no hubo señal...

Ella parpadeó, sorprendida.

—No... no la he tenido.

Ezra se quedó inmóvil.

—¿Y ha comenzado hoy?

Ella se irguió, con el corazón dando un repentino e inesperado aleteo.

—No... No, no ha comenzado —hubo una larga pausa mientras ambos se miraban fijamente. Su respiración se entrecortó—. Ezra, yo... yo pensé que había comenzado. Solo manché un día. No pensé que...

Él se puso de pie antes de que ella pudiera terminar, su silla cayendo al suelo mientras la alcanzaba.

—¿Estás encinta? —susurró, sin aliento—. ¿Vamos a tener un bebé?

—Creo... creo que sí —dijo ella, con una alegría atónita floreciendo detrás de sus costillas.

Ezra se rio —profundo y sin restricciones— antes de cogerla en sus brazos y hacerla girar, provocando jadeos sorprendidos y risas encantadas de su familia a su alrededor.

—¡Mi hermosa esposa! —exclamó, triunfante—. ¡La nueva Condesa de St. George!

La duquesa aplaudió con deleite mientras sus hermanas se ponían de pie de un salto, corriendo hacia ella. Evangeline se aferró a su marido, riendo mientras lágrimas de alegría le picaban los ojos.

—¡Bájame, hombre ridículo!

—Nunca —susurró él, abrazándola con fuerza—. Me has dado todo, Evangeline. Nunca pensé que podría sentirme tan feliz de nuevo. Te amo. Con todo lo que soy.

Ella acunó su rostro, acariciando con sus pulgares la curva de su mandíbula.

—Y yo te amo. Exactamente por quien eres, con defectos y todo.

Él la besó, lento y seguro, sin importarle en absoluto que toda la casa estuviera mirando. Su futuro se extendía ante ellos, salvaje y desconocido, pero lleno de esperanza. De amor. Y por primera vez, ninguno de los dos lo temía. Juntos, lo tenían todo.

Otras Obras de Tamara Gill

La Heredera

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

Acerca de la autora

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se orginó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.